





AÑO VII

NÚM. LXXVI

LA

ESPAÑA MODERNA

---

Director: J. LÁZARO

ABRIL 1895

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

1.054.—*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

CENTRO DE LA BIBLIOTECA DEL  
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA

## EL ÚLTIMO VALS

---

### CONCLUSIÓN

Puedes imaginar cómo le sabría esto al pobre Manuel y el nuevo tormento que sufriría. Ardía en celos, y aunque trataba de disimularlos y aun negarlos, se le salían por los poros. Cuando en paseo ó en el teatro desde su butaca me dirigía los gemelos y veía á mi lado á Roberto, á través de los míos yo le veía palidecer, inquieto, nervioso, á veces casi provocativo como un matón, á veces casi lloroso como un niño. Yo trataba de calmarle con mis protestas, seguridades y juramentos. Yo, que ignoraba lo que son celos, hasta me reía de él y le llamaba ridículo. Los celos me parecían una estupidez, una ofensa, una grosería, casi una ordinariéz impropia de personas de talento. Y lo peor del caso es que también Roberto dió en tener celos de Manuel. Entre los dos se encendió la más negra de las rivalidades con los más malignos de los celos. Dos hombres guapos, ó dos valientes, ó dos sabios, pueden soportar la rivalidad, porque cada uno se cree el más sabio, el más valiente ó el más guapo de los dos; pero la rivalidad, los celos de las calidades opuestas, son los más incurables. Roberto, al ver de lejos á Manuel, enrojecía de ira; Manuel, al ver de cerca á Roberto, palidecía de despecho. A uno se le

revolvía la sangre y al otro la bilis. Roberto tenía envidia del talento de Manuel, y Manuel de la hermosura de Roberto. Cada rival reconocía la superioridad de su contrario. Cuando Roberto oía elogiar á las gentes el talento extraordinario y el saber de Manuel; cuando leía en los periódicos sus discursos y los elogios casi unánimes de la prensa, se sentía tan inferior, tan humillado, que apenas podía reprimir su ira y disimular su envidia. Cuando Manuel veía la gallardía de Roberto y oía lo que de él decían los militares y lo que por él hacían las mujeres, sentíase casi avergonzado de su fragilidad corporal, de su salud agostada, de su impotencia; y temblaba al ver tan cerca de mí al diablo tentador, al húsar de Belvedere, como solía llamarle con celosa ironía.

Yo vivía en perpetuo sobresalto, en un verdadero martirio; yo veía que casi se insultaban con los ojos, y temía que á lo mejor las palabras, cuando no las manos, sustituyesen á los ojos. En sociedad solían hallarse cerca, y cuando Roberto quería bailar conmigo, yo tenía que excusarme con él y con todos, pretextando calor, cansancio, mareos, qué sé yo; yo que, como sabes, era la más incansable de las valsadoras. Un choque entre aquellos dos hombres tenía que ser terrible. Roberto despreciaba la muerte, Manuel despreciaba la vida, y el heroísmo, ¿qué es sino el desprecio de la muerte y de la vida? Yo bien veía que si chocaban, como los agravios se ventilan por la fuerza, como la fuerza, la resistencia, la agilidad, la *brutalidad* deciden el triunfo, mi pobre, mi sabio, mi ideal Manuel sería aplastado, pulverizado por el terrible poder físico de Roberto. Sería la lucha del toro y la gacela. Más que duelo sería un asesinato. Si el duelo pudiese ser á echar discursos ó escribir artículos... ¡pobre Roberto! Pero á estocadas ó pistoletazos... ¡pobre, pobre Manuel de mi alma! Por él yo vivía temblando. Los celos se aliaron á la tisis para consumirle y atormentarle. Decayó y empeoró. Le ofrecieron ser ministro, y renunció por el estado de su salud y ánimo. Uno de sus grandes discursos le costó un nuevo vómito de sangre.

Le prohibieron el trabajo, le obligaron, ó, mejor dicho, yo le obligué á ir otra vez á Panticosa, y le sometieron á un estricto y riguroso régimen de reposo corporal y mental. Casi tuvimos que dejar de vernos, y aun tuvimos que escribirnos con menos frecuencia. Roberto, desembarazado de su rival, apretaba el cerco; pero ni su plaza se rendía ni su plazo se cumplía, y esto le traía desesperado y sombrío. A veces me juraba por su Virgen del Pilar que iba á matar á Manuel. Mátale, le decía yo con fingida serenidad; pero yo te juro que no el sobrevivirás mucho. Ya sabes que, aunque soy mujer, tengo alma y mano de hombre. Soy más valiente que tú, y sabré vengar, no á mi amante, sino á mi verdadero marido. Roberto me conocía y me tenía miedo. Bajaba la cabeza y me juraba refrenarse.

A fines de Octubre volvió Manuel á Madrid, y, al parecer, los baños de Panticosa habían hecho prodigios. O quizá no fué Panticosa; pero ello es que un largo período de absoluto reposo mental, la vida del campo, la buena alimentación, un severo régimen higiénico, unido á las medicinas y cuidados, le repusieron, hasta el punto de hacer creer en el milagro de su resurrección. Por el plan de vida que le impusieron nos veíamos poco y con dificultad; pero estaba tan mejorado, que la esperanza renació en mí. Confié en su curación, y como su enfermedad era el principal, mejor diré, el único motivo racional para la obstinada oposición de mi padre, vi, en término más ó menos lejano, la posibilidad de casarme con Manuel, de realizar el sueño de mi felicidad.

Así se lo manifestaba yo una mañana á Josefina, construyendo mil castillos, no en el aire, muchísimo más altos, en la misma Vía Láctea, y trazando el plan de mi futura vida conyugal, que para mí y Manuel sería, por supuesto, una eterna luna de miel. «¿Que, no lo crees así?—pregunté á Josefina, viendo en su rostro cierta sonrisita y gesto de incredulidad irónica y casi hasta burlona.—Psch... sí... es decir, hasta cierto punto... puede ser...—¿Cómo puede ser?... ¿Te pasa

por la cabeza—le dije—que Manuel deje de quererme? Quedó un rato pensativa, y respondió con firmeza:—¿Por qué no? —¡Porque es imposible!—dije con la energía de la convicción.—¡Bah, bah, bah! Manuel es hombre.—Sí, pero no es hombre como los demás.—Julia, no seas inocente, no seas tonta; al principio todos los hombres enamorados no son como los demás; son para nosotras una excepción; casi no son de carne y hueso; son unos benditos, unos santos, unos ángeles; no pueden vivir, respirar, comer ni beber sin nosotras, y después viven sin nosotras, comen sin nosotras, y, lo que es peor, viven, beben, comen y cenan, y gastan y triunfan con las otras.—Josefina—dije casi indignada—tú no conoces á Manuel.—Manuel es hombre, te lo repito.» Había en su acento algo tan cortante, acerbo y hasta provocativo, que se me heló la sangre. «¿Sabes algo de él?—pregunté alarmada.—Vaciló en responder, y su vacilación me exasperó y me punzó con el aguijón de la sospecha.—¿Sabes algo—repetí—que te autorice á esas dudas que me hieren?—Quizá—dijo después de una pausa y como venciendo su propia indecisión.—¡Quizá! No hay quizá, Josefina: ó hay ó no hay motivo. Habla claro; responde sin vacilaciones ni reticencias. ¿Sabes algo de Manuel que te dé razón para dudar de su amor y de su absoluta fidelidad hacia mí?»

No quiero cansarte, Perico, con la repetición de mi ansioso interrogatorio y de sus respuestas, al principio evasivas y después misteriosas y significativas. Bástete saber que, después de insistir yo y rogar y casi amenazar, Josefina, cediendo á mis ruegos, y como dándome la mayor prueba de amistad é interés, y, por supuesto, exigiéndome el secreto y hasta el juramento de no darme por entendida, me dijo estas palabras que me hirieron como puñaladas en el corazón: «Manuel me ha hecho una declaración.»

La sangre se me agolpó al cerebro; no sé qué extraña transformación se operó en mí, que me pareció que dejé de ser mujer y me volví fiera. Cogí á Josefina por el cuello, la arrojé



contra un sofá, la pegué, creo que hasta la mordí; la llamé infame, embustera, calumniadora... ¡qué sé yo!... ¡Ah, la locura, la infernal demencia de los celos me había atacado como una especie de apoplejía del alma! ¡Qué ceguedad! ¡Qué ira! ¡Qué volcán! Yo, que ignoraba los celos, que me había reído de ellos; yo, Perico, que sólo había sentido los arrebatos de esa Julieta, las *rêveries* de esa Margarita, las ternuras de esa Desdémona, los éxtasis divinos de esa Beatriz que tenemos grabadas y pintadas en estos cuadros que nos rodean, me volví loca como esa pobre Ofelia, y feroz, salvaje y con el alma, si no la cara, negra como ese pobre Otelo... Al oír á Josefina, mi Mefistófeles, mi pérfido Yago, parece como que me nacieron espinas y serpientes en el corazón, como que se me envenenó de repente la sangre, y el amor, que me hacía un cielo la vida, se tornó en un infierno encendido en el fondo de mi pecho. Me volví ciega, bestial, histérica. Tuve una verdadera enajenación mental.

Josefina era fuerte y animosa y logró desasirse de mis garras de leona. Jadeante, airada, ofendida por mi brutalidad, mi ingratitud y mi locura, me amenazó con castigarme, delatando á mi padre el secreto de mis amores con Manuel, aun á riesgo de denunciar su propia complicidad. Aterrada con tal amenaza, arrepentida, avergonzada de mi insensatez, volví en mí, recobré la razón, caí de rodillas ante Josefina, la besé, la bañé en mis lágrimas, la pedí mil y mil perdones y la crisis nerviosa terminó en una terrible convulsión. Tuve que meterme en la cama, y Josefina, reconciliada conmigo, me atendió con el mayor cariño en prueba de perdón y completo olvido.

Cuando me di cuenta de lo sucedido y desperté de mi locura, y medí el significado de la revelación de Josefina, sentí un desconsuelo inmenso, una especie de aniquilamiento de todo mi ser. ¡Cómo! Manuel el puro, el ángel, el incorpóreo (pues para mí casi no tenía cuerpo ni sentidos), el que yo creía mío, el que era mi ídolo, el que, como él decía, sólo

vivía hasta que yo le diese permiso para morir; el grande y espiritualista é idealista Manuel Montesa era un hombre frágil, torpe, falso, carnal como los demás. ¡Manuel hacerme traición, engañarme, ofrecer, ¿qué digo ofrecer?, no, tirar su corazón á la frívola y casquivana Josefina, á mi propia amiga y confidenta! ¡Ah! Manuel me apareció como un monstruo, como un hipócrita, más repugnante que el mayor libertino. Le despojé de su aureola, se me tornó de tierra, casi de lodo. Sentí que el corrosivo de los celos operaba una transformación en mi corazón herido. El amor se convertía en odio, y se apoderó de mí esa sed diabólica que se llama la sed de la venganza. Anhelaba escupir, cruzar á latigazos aquel rostro que para mí antes era como la santa faz. A haber aparecido entonces á mi lado, creo que le hubiera clavado un puñal sin la menor vacilación. Los celos son tan estúpidos, tan ciegos, que cuando creemos ver más claro es cuando estamos más á oscuras. Si Josefina me hubiera dicho que Manuel le daba citas en el Polo Norte ó en la luna, me hubiera parecido la cosa más natural. Con esa imbécil lógica de los celos empecé á analizar los actos de Manuel, y saqué como consecuencia, ¡figúrate qué desatino!, que su tisis era efecto de sus vicios, su pasión una farsa, sus ausencias un pretexto, su silencio cansancio, su virtud misma una *pose*. Cuanto más grande era mi amor, más intenso fué el odio que se apoderó de mí. Necesitaba castigar al pérfido, clavarle su propio puñal. ¡Ah, el puñal le tenía á mano! Quien á celos mata, á celos muere. Roberto sería mi vengador, el instrumento de mi venganza; con él haría sufrir á Manuel la pena del talió; le haría arder en la llama infernal de mis propios celos. Tal alivio, tal fuerza y hasta como amargo deleite me dió aquella idea, que me levanté de la cama resuelta á castigar, á atormentar al traidor aquella misma noche. Sí, precisamente aquella misma noche era nuestro turno en el teatro Real. A pesar de sentirme mala, quebrantada, con dolor de cabeza y una horrible opresión, el deseo de la venganza me hizo sacar fuerzas de flaqueza; me

esmeré en mi *toilette* como si fuera á mis bodas; traté de estar todo lo guapa posible, y, francamente, creo que lo conseguí. Sea que el ardor de la fiebre y la fiebre de los celos die-ran á mi cara y á mis ojos una viveza é intensidad de expresión inusitada, lo cierto es que yo me encontré bien; estaba, como suele decirse, en mi noche. ¿Quién me había de decir que yo me podría hermostear con la diabólica intención de atormentar á mi pobre Manuel? Parece mentira que en un minuto el corazón cambie completamente, como si se volviera del revés ó como si fuera una esponja que, apretándola, queda vacía del líquido que contiene. Sí, mi corazón como una esponja, parece que después de exprimirle el líquido del amor le metí en una vasija de hiel, según la amargura que de él rebosaba. Yo creo que el secreto de toda esa transformación se explica con una sola palabra: el orgullo. Bien mirado, los celos no son sino el desbordamiento, la inundación del orgullo, que, estancado como un lago, duerme en el fondo del corazón y rompe sus diques. Sólo el orgullo, el maldito orgullo, en su egoísta, en su degradante forma de celos, podía cegarme y envilecerme hasta el punto de ir gozosa á triturar el corazón inmenso, puro y generoso de Manuel. Pero yo estaba ciega, y los ciegos no ven el sol.

Cuando llegué al teatro, Manuel estaba en su butaca, y en vez de echarle, como de costumbre, una de aquellas miradas rápidas, casi imperceptibles á los demás, pero que para nosotros eran todo un poema de ternura y adoración, le miré con frialdad desdeñosa, volví la cabeza y me puse á coquetear y cuchichear con Roberto, que aquella noche, sin explicarse la causa de mi cambio, se deshacía en amabilidades é insinuaciones. Con gran disimulo dirigí mis anteojos á Manuel en un momento en que no miraba hacia mí. Estaba pálido como un muerto. En un momento en que Roberto redoblaba sus amabilidades y me hablaba con cierto misterio, casi al oído, diciéndome palabras de amor, á que yo le alentaba con satánica complacencia, Manuel se levantó sin esperar el fin del acto, y

se marchó para no volver. El golpe estaba dado; mi puñal le había entrado en el corazón; sentía lo que yo sentía; estábamos iguales. Y sin embargo, al propio tiempo que mi orgullo herido se complacía en aquella ruin venganza, mi corazón de enamorada se partía de dolor, de lástima y de remordimiento. Para ser asesino hay que no tener corazón, y el mío, aunque lleno de espinas, se me fué tras de Manuel. Apenas se fué, quedé sumida en el silencio, tan absorta y ensimismada, que Roberto se sorprendió y aun ofendió más de mi frialdad repentina que de mi inesperada amabilidad de antes. Había momentos en que las palabras de Josefina me parecían una horrible, una inicua calumnia, y me pasaban tentaciones de escribir á Manuel y pedirle una explicación que pusiese fin á mi tormento y me curase con el bálsamo de la reconciliación y la confianza. Pero luego los celos volvían á punzarme como ortigas y la rabia me daba energías y ferocidades de Medea. Yo esperaba al día siguiente carta de Manuel pidiéndome cuenta de mi conducta, para él sin duda inexplicable; pero fuera que el orgullo y el despecho le contuvieran y aconsejaran, ó que lo tomó con estoica resignación, ello es que ni me escribió ni procuró verme, cosa que, con esa lógica imbécil de los celos que lo ven todo al revés, interpreté como confirmación de las palabras de Josefina, como inequívoco signo de indiferencia hacia mí. Despechada, y como sintiéndome de nuevo ultrajada por aquel silencio que en realidad le imponía su propia dignidad, resolví consumir mi venganza y duplicar el castigo, aguzar el arma y hacer más punzante el latigazo. La ocasión se me venía pronta y á la mano.

Tres días después de esto que te cuento, el general marqués de Torrefiel, íntimo amigo y camarada de mi padre, daba un magnífico baile en su soberbio hotel de la fuente Castellana, y yo calculaba que Manuel, que era abogado de la casa, no faltaría, tanto más, cuanto que yo le suponía deseoso de tener una entrevista conmigo.

Llegó la noche del baile, y excuso decirte que, con la más

sana intención que puedes imaginar, eché como quien dice el resto, refiné todos los primores de mi tocado, estrené un vestido elegantísimo, me hice un peinado *à ravir*. ¡Perico, si me hubieras visto aquella noche!

—Te hubiera hecho la centésima declaración, y me hubiera llevado la milésima calabaza. ¡Me figuro cómo estarías!

Roberto estaba derretido y exaltado. El imaginaba que su plazo se cumplía, y mi plaza se rendía, y batía la brecha, preparaba el asalto, y contaba por seguro el triunfo, y esto le daba una expresión de alegría y soberbia de conquistador que embellecía su persona. Estaba arrogante mozo. ¡Qué poco sospechaba el papel de simple *marionette* que yo le hacía representar!

Era el rigor del invierno y el mes de Diciembre, que aquel año fué rigurosísimo. Parecía que aquella noche había desencadenado el furor de los elementos y había concentrado todos los primores de este delicioso clima madrileño. Era una de esas noches que llamamos noches de pulmonía. Nevaba copiosamente, y el viento homicida del Guadarrama arremolinaba los copos y los estrellaba contra los cristales, casi hechos granizo de puro helados.

Cuando entramos en el coche Josefina, Roberto y yo (pues mi padre no pudo ir por no sentirse bueno), sentí una angustia mortal, una especie de terror supersticioso, una sensación como de miedo, á la idea de verme cara á cara de Manuel; algo así como un remordimiento del que va á cometer un crimen. Qué sé yo lo que sentí. Tuve hasta intención de volverme á casa y fingirme mala; pero luego miraba á Josefina, y al pensar que en el fondo era mi rival y que si yo no iba coquetearían y me engañarían con más libertad, se disipaban mis temores y escrúpulos; y el maldito orgullo y los satánicos celos me endurecían el corazón y me daban, no sólo aliento y firmeza, sino hasta impaciencia de castigar cuanto antes la perfidia y la traición de Manuel.

Cuando llegamos al baile, ya un poco tarde, busqué á Ma-

nuel con mis ojos de lince, y cuando me convencí de que no estaba y me pasó la idea de que tal vez no fuera y mis planes caerían por tierra, me puse del humor que puedes imaginar. Para disimular mi secreta impaciencia y mi ansiedad nerviosa, coqueteé con todo el mundo y rompí mis votos de no bailar. En un momento tuve mi corte de aduladores y adoradores, entre los que Roberto se daba aires de triunfador sin separarse de mí un instante.

Serían cerca de las dos cuando me hallaba yo en el momento culminante de mis triunfos de mujer, ó mejor dicho, de coqueta. Un cronista de salón, muy gracioso y decidor, y que por su mala lengua firmaba sus escritos con el pseudónimo de *Scorpio*, había propuesto rifar entre mis galanteadores una flor que llevaba yo en mi prendido. Aquella flor debía ser adjudicada al que me echase la flor que fuese más de mi agrado. Era flor por flor, y excuso decirte que cada cual me echó la suya, formando el ramo más inodoro é incoloro imaginable, pues todas eran flores arrancadas del jardín de la banalidad que es el que surte á casi todos los salones. La flor había de consistir en un solo adjetivo ó nombre calificativo, y Roberto, con una oportunidad y un *á propos* de que él mismo no se daba cuenta, me llamó *puntillera*. Aquél calificativo acerbo, punzante como la puntilla cruel del cachetero, casi ofensivo, correspondía de tal modo á mis propósitos y al estado de mi ánimo, que arrancándome la flor la prendí en el ojal de su frac. En el momento en que lo verificaba, entre aplausos y protestas de los vencidos, volví por casualidad la cabeza, y me quedé helada al ver á Manuel apoyado sobre el mármol de una chimenea, con la cara más pálida que aquel mismo mármol. Me dirigió una mirada, no sé si de fuego ó de hielo, ello es que me sentí á punto de desfallecer, y toda mi sangre afluyó al corazón. Hubo de reflejarse en mi rostro y mi actitud mi emoción, pues Roberto volvió su cabeza y cruzó una mirada rápida, celosa, provocativa con Manuel, quien la sostuvo impassible, sin turbación ni amenaza, pero con una

firmeza más temible que todas las iras. Yo deseaba hablar con Manuel para insultarle y pedirle perdón, para decirle que le adoraba y que le aborrecía. Qué sé yo lo que pasaba por mí y los opuestos sentimientos que luchaban en mi corazón, según los azuzaba el orgullo ó los aplacaba el amor. Pero me era imposible hablarle, porque Roberto no se apartaba de mi lado y me asediaba con su galantería, su vigilancia y sus celos. Por más triturado que pudiera estar el corazón de Manuel, no podría estarlo más que el mío. Los dos llorábamos hacia dentro, con ese llanto sin lágrimas que es el más abrasador.

Para cortar la tirantez de la situación, para arrancarme del influjo acusador de la tranquila mirada de Manuel y apagar los rayos de la de Roberto, tomé su brazo y empezamos á circular por los salones. Con el rabo del ojo yo veía más que con diez pupilas de águila, y observé que Manuel nos seguía con disimulo y nos expiaba desde lejos. Al comprender que padecía como yo, experimenté dos sentimientos, uno de ángel compasivo y otro de demonio implacable. Ese placer de la venganza que llaman sabroso, me embriagaba y me abrasaba al mismo tiempo como ciertas bebidas espirituosas. Yo creo que hay momentos en que el corazón se vuelve de piedra. ¡Cómo, si no, podía yo atormentar á aquella seráfica, á aquella divina criatura?

Roberto, que estaba inquieto y sombrío al ver mi transformación, me pidió bailar el primer vals que tocasen. Hubiera rehusado, pues me faltaba el valor y la crueldad necesarias para remachar los clavos de mi venganza; pero mi negativa hubiera equivalido á azuzarle como un león contra Manuel, y á tanto no me atreví. Acepté con repugnancia y miedo, y seguí observando á Manuel, que también me observaba con disimulo.

Manuel se había enterado de la invitación al vals de Roberto, y aprovechando un momento en que yo me hallaba algo separada de él, hablando con una amiga mía, pasó con

rapidez junto á mí y en voz baja pero imperativa—me dijo:— «Si bailas con Roberto, mañana nos matamos.» — ¡Pues mataos!—respondí, casi sin saber lo que decía. ¡Horrible contestación! El pobrecito no manejaba arma ninguna, pero su orgullo y su valor eran temerarios. Decirle «mataos», era decirle «que te mate». Cuando pienso que mi labio pudo pronunciar aquellas dos inicuas, monstruosas palabras, tengo horror, vergüenza de mí misma. Hay cosas que jamás se perdona uno, y aquella frase quema todavía mi lengua y me consume de remordimiento.

—Está bien—respondió Manuel, alejándose con una expresión sombría que me aterró, y en seguida, afectando una risueña serenidad, se acercó precisamente á Josefina que estaba cerca de mí y empezó á bromear con ella.

Sonaron por fin los preludios del vals, de ese vals antiguo y ya casi olvidado, que esta noche ha venido á quitarme la poca alegría que traje á este baile y á clavarme el puñal del más amargo, del más trágico de mis recuerdos. Roberto se acercó á mí, y nos dispusimos á bailar, aunque yo sentía que mis piernas flaqueaban y mi cabeza se trastornaba. En un momento en que Roberto quedó un poco atrás de mí, no sé con qué pretexto, vi que Manuel se le acercó y le dijo unas breves palabras al oído, á las que Roberto respondió con rapidez y ademán enérgico. Comprendí lo terrible de la situación. Manuel le había provocado; los dos eran caballeros, orgullosos y de una susceptibilidad extrema. Roberto tenía el brazo de hierro y Manuel la voluntad de acero. Era evidente que de mí vals pendía la vida de un hombre. Trémula y casi llorosa, le dije á Roberto:—No quiero bailar.—Si no bailas—me respondió Roberto con expresión feroz;—le abofeteo el rostro aquí mismo delante de todo el mundo.—No había modo de rehusar: me sometí; Roberto pasó su brazo alrededor de mi cintura, y nos dispusimos á lanzarnos al torbellino del baile. ¡Figúrate que baile! bailar con el corazón triturado, bailar con el hombre que acaso en breves horas iba á matar al ser que yo ido-



latraba. Aquello era para mí una verdadera danza de la muerte.

Cuando empezábamos á dar los pasos preparatorios para coger el compás, vi que Manuel, excitado por los celos y el despecho, con la mira quizá de vengarse de mí, usando mis propias armas y castigándome con la pena del talión, tomó á Josefina, es decir, á mi supuesta rival, del brazo y se dispuso á valsar también. ¡Bailar él! ¡él que nunca bailaba, ni por afición ni por su salud, que se lo vedaba! Aquello era inverosímil, inaudito, era una locura, era casi ridículo, sobre todo dada la situación trágica en que estábamos. Era más: una provocación, una afrenta, casi una bofetada en mi rostro. Debía estar loco. Ardí en celos; todas las iras del amor propio estallaron en mi corazón de hiena hidrófoba. Ya sólo pensé en torturar á Manuel y devolverle golpe por golpe y desdén por desdén. Me dejé estrechar con extremada intimidad por Roberto, y empezamos á valsar. Manuel hizo lo mismo con Josefina, y se lanzaron á bailar con un arrebató y un *entrain* inconcebibles en aquel frágil y agotado cuerpo. Era indudable que el corazón transmitía sus prestadas energías y sus latidos hirvientes de rabia al pulmón empobrecido.

El calor era sofocante; y yo, al ver á Manuel sufriendo, jadeante, casi sin respiración y tosiendo con el esfuerzo que aquel cerebro delirante imponía á aquel pecho impotente, temblaba de espanto. A pesar de mis iras, sentía intenciones de gritarle: detente, Manuel mío; ese vals va á costarte la vida. Hubiera querido desasirme de mi implacable pareja, correr hacia Manuel, detenerle, arrodillarme ante él, suplicarle, salvarle... qué sé yo lo que pasó por mi cabeza en aquellos angustiosos momentos. Pero desasirme de los brazos, de las garras celosas de Roberto, era casi imposible, pues yo ante todo deseaba evitar el escándalo y aplazaba para después interponer entre aquellos dos hombres mi voluntad, mis súplicas, mis lágrimas, mis mandatos, todas las energías de mi carácter firme, indomable y valeroso. Por grande que fuese mi

resentimiento, yo estaba decidida á ser un escudo de hierro para Manuel; pero su vals imprudente, frenético, era el mayor de los peligros, y yo no veía modo de detener aquella carrera que podía costarle la vida. Una vez que nos detuvimos cerca de él, le vi bañado en sudor, casi sin aliento y con la cara desencajada. ¡Dios mío! Y aquel vals no terminaba, y sus partes se repetían y sus notas parecían infinitas. Por fin cesó la música y con ella el suplicio de mi valsar. Roberto me condujo á mi asiento sin hablarme, y en seguida se dirigió en busca de un amigo suyo, militar, á quien llamó aparte. Comprendí que le elegía para testigo de su duelo, y temblé de espanto. ¿Qué hacer? Era preciso evitarlo á toda costa. Vi á Manuel jadeante y cadavérico cerca de una puerta del salón. Me dirigí hacia él resuelta, pasando por cima de mis celos y movida solo por el amor y la compasión; dispuesta á afrontar su enojo, sus reconvenciones, hasta sus insultos. Cuando llegué cerca de él, antes de que yo le dirigiese la palabra me dijo con una voz de irresistible mandato: «Sígueme.»

Le seguí callada, trémula, fascinada y llorosa, hasta que llegamos á una *serre* que había contigua á uno de los salones extremos de la casa. Manuel, sin hablar, sin siquiera volver la cabeza, se dirigió á uno de los ángulos, hasta llegar delante de una ventana que daba sobre el nevado jardín. Allí se detuvo, y volviéndose hacia mí con los ojos aterradores, desencajados, con la voz ahogada por el cansancio y la emoción y con la expresión de la más reconcentrada cólera: «¡Infame!» me dijo echándome las nerviosas y crispadas manos al cuello y apretando con tal violencia que en un momento creí morir estrangulada. Por fortuna aquel momento brutal, aquel verdadero relámpago de ferocidad y delirio, pasó pronto y al salvaje sucedió el caballero, mejor dicho, el ángel, porque Manuel era solo un ángel celoso á quien el soplo momentáneo de las bajezas humanas habían apagado por un instante la aureola de su divinidad.

sos y dulcificados por el arrepentimiento. Perdona si he manchado mis manos lastimándote y ofendiéndote. Estoy loco, ciego, moribundo. Estas serán mis últimas palabras; mi adiós eterno. Toda ha concluido entre nosotros.

Imposible sería, Perico, que yo te repitiera el terrible diálogo, la dramática escena de celos mutuos, reconvenciones, ironías, cargos abrumadores que nos lanzamos en la ceguedad de nuestros celos y nuestro amor; esas dos verdaderas cataratas de los ojos del alma que nos impiden ver la luz y la evidencia de las cosas más claras y nos vuelven verdaderos idiotas y malvados. Manuel estaba tan ofuscado que no escuchaba razones ni súplicas. Después de insistir en la necesidad de nuestro rompimiento y de desatarse en iracundas imprecaciones contra Roberto:

—Mañana nos mataremos, exclamó, apretando los puños y con una expresión feroz y absolutamente extraña á aquellos ojos siempre radiantes de bondad y de inteligencia.

—No, Manuel,—exclamé, rompiendo á llorar;—no os mataréis: te matará.

—¡Mejor! Que me mate, para que así te consuma el remordimiento de haberme hecho asesinar por ese matón afortunado, por tu amante...

—Manuel, Manuel mio, estás loco.

—Pero, no—exclamó con una sonrisa irónica—no me matará Roberto, tu Roberto. No se dará aires de triunfador matándome como á un niño, como á un cordero, con una estocada más vil que un navajazo á traición, y ofreciéndote después la mano de esposo, manchada con la sangre del pobre, del frágil, del tísico Manuel Montesa. ¡Oh, no! Eso jamás, Julia; para morir, me basto yo mismo: voy á hacerte libre para siempre.

Diciendo esto abrió con rapidez la ventana, presentando su pecho agitado, bañado en sudor, desabrigado, á la violencia del terrible viento glacial que penetró como un puñal invisible, lanzando sobre la blanca y humedecida pechera de su ca-

misa un remolino de copos de nieve. El puñal de un asesino, el trabuco de un bandido, el florete de Roberto, todo era menos temible, menos mortal que aquella bocanada de viento helado del Guadarrama cayendo sobre el pecho del loco Manuel, del suicida Manuel; pues, como comprenderás, aquello era un verdadero suicidio, sin necesidad de usar arma alguna que diese derecho á aplicarle ese infamante calificativo.

—¿Qué haces?—grité, arrojándome sobre Manuel, cogiéndole por la cintura y tirando de él con todas mis fuerzas, redobladas por el espanto y la excitación de mis nervios, para arrancarle de aquella ventana, más espantosa que un abismo. Pero él se aferró como con dos garfios de hierro, y empezó á absorber con afán, como quien bebe con deleite un veneno, aquel aire maldito, que á cada aspiración le metía á puñaladas la muerte en el pecho.

Poseído de una verdadera demencia de suicida, me decía: «Mírame; me mato y me matas. Moriré suicidado y asesinado al mismo tiempo. Mi mano me mata, pero tu perfidia la mueve.»

Ni mis esfuerzos desesperados ni mis lágrimas servían.—Tu ingratitud, siguió diciendo, abrió esta ventana; tu falsedad empuja este viento, y tu corazón de hielo se torna en esta nieve que ha de helar para siempre el mío.—Aterrada, y conociendo que había perdido la razón y que estaba luchando con un loco furioso, grité pidiendo socorro; pero con el ahogo de mi voz, la distancia y el ruido del baile, nadie la oyó ni acudió en mi auxilio.—Manuel, grité soltándole y cayendo de rodillas ante él, ahogada por los sollozos. Manuel de mi vida, si me amas todavía, sálvate, sálvame de la desesperación. Yo te adoro.—¡Falsa! gritó; y si me adoras, ¿por qué me asesinas á celos?—Porque ellos me matan á mí.—¿Celos tú? me dijo. ¿De quién? Habla, nómbrame la persona que los causa.—¡Josefina!—¡Josefina, Josefina! exclamó con expresión de gran extrañeza.—Sí, Manuel mío; ella me dijo que la amabas, que la habías hecho una declaración, y esta es la clave de mi conducta. Prometí callar, pero juré vengarme.—¡Ella!

¡Oh infamia de las infamias!, gritó Manuel, tirándose del pelo con ansiosa desesperación. ¡Oh traición inicua! ¡Oh pérfida mujer! Ella, ella es la que se ha vengado de mis desdenes matándonos á los dos. Ella, ella, sábelo Julia mía, me dijo que me amaba; y porque rechacé su amor y la acusé por su traición á ti, juró sin duda vengarse, y, como Yago, formó ese plan maquiavélico. Ella te dijo que yo la amaba, y á mí que amabas á Roberto. Los celos y el orgullo nos han cegado, y nuestros actos parecían confirmar sus palabras. ¡Oh ceguera! ¡oh estupidez! ¡Julia, Julia, ídolo mío, perdóname! Y un indecible abrazo confundió nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestras lágrimas y nuestro inmenso perdón. En aquel momento apareció Josefina, y, desasiéndonos, la miramos con tal expresión de ira, odio y amenaza, que, dando un grito de terror, huyó despavorida; comprendió lo ocurrido, y desde entonces jamás volvió á presentarse ante mi vista.

Ibamos á seguirla para cogerla, para aniquilarla, cuando Manuel se detuvo de pronto, palideció horriblemente, dió un grito comprimido, se llevó la mano al pecho con expresión de agudísimo dolor, y con su pañuelo empapado en lágrimas trató en vano de contener las verdaderas olas de un espantoso vómito de sangre.—Julia, dijo, con desmayada voz: estoy herido de muerte, la pulmonía fulminante me ha clavado el puñal. Con esta sangre se va mi vida. Perdona mis dudas, mis ofensas y mi crueldad. Que nadie sospeche que soy un suicida, ya que mi muerte toma la forma de un accidente natural é involuntario. Vaciló como si fuera á desplomarse, pero yo le sostuve en mis brazos que quedaron manchados con su sangre. En este espantoso momento en que trataba de sostenerle, y muerta de terror, ni sabía lo que me pasaba, ni qué hacer, ni á quién acudir, sentí una mano vigorosa que sostuvo y aun me arrancó el vacilante cuerpo de Manuel. Era Roberto, que, guiado sin duda por los celos me buscaba, sospechando el motivo de mi ausencia del salón ó acudía avisado por la pérfida Josefina. Manuel le miró con serena y dulce expresión; pero

no pudo hablar por faltarle el aliento. Roberto le ayudó á sentarse en una silla mecedora que había á poca distancia, y Manuel inclinó atrás la cabeza, cerró los ojos y perdió el sentido.

—Roberto—dije con suplicante é imperativa energía.—Si eres caballero, si tu honor está más alto que tus pasiones de hombre, si mi dolor y mis súplicas valen algo para ti, mira á este hombre como si fuese tu hermano, como si fuese mi esposo, y ayúdame á salvarle la vida.—Vaciló un instante.—¡Júramelo! insistí.—Te lo juro! respondió con un arranque de infinita nobleza.—Corre, le dije; trae un abrigo, y antes de que nadie se entere saquémosle de aquí y llevémosle á su casa. Roberto era un león, pero de león tenía los arranques en cuanto se apelaba á su honor. Lleno de generosidad voló, y en un instante volvió, trayendo su propio capote, en el que envolvió con fraternal interés el cuerpo yerto del pobre Manuel, quien vuelto en sí, apenas tuvo fuerza para darle las gracias más que con la profunda expresión de aquellos ojos tan elocuentes.

Entre los dos, y tratando, con la ayuda de un criado de confianza que había servido en mi casa, de sacarle sin que lo ocurrido se divulgase y turbase la alegría del baile, condujimos por una escalera falsa á Manuel, y los tres entramos en su berlina, que por fortuna le esperaba á la puerta, y á todo correr le llevamos á su casa que casualmente no estaba muy distante.

La nobleza de Roberto rayó en heroísmo. Manuel no era ya para él el rival de sus amores, el antagonista de su duelo: era el hermano moribundo á quien prestaba sus más exquisitas atenciones y cariño. Le metió en la cama, y después, por encargo mío, fué á buscar á mi médico y á mi padre. Dí á mi padre,—le encargué—que aunque me mate, aquí le espero. Todo lo arrostro: su cólera, su castigo, tus celos, la opinión del mundo. Manuel se muere, á Manuel le miro como si fuera mi marido, y á su lado quedo cumpliendo mi deber. Suceda lo que quiera. Si mi padre es quien es, yo soy quien soy.

Roberto, dominado por mi energía, se sometió sin hacer la menor resistencia á mi mandato, y mientras corrió á cumplirle, yo quedé asistiendo á Manuel, acompañada de una semi parienta lejana de Manuel que con él vivía y un criado que le cuidaban y querían como á un hijo. Dos nuevos vómitos de sangre le hicieron casi perder el conocimiento, y la calentura empezó á invadir aquel cerebro y aquellas venas agotadas.

Puedes imaginar mi suplicio y ansiedades. La pulmonía crecía, crecía y le ahogaba, y yo me ahogaba de dolor y desesperación. Llegó por fin Roberto acompañado del médico y de mi padre. Entró primero el doctor y yo salí entonces á recibir á mi padre, llena de temor, pero al mismo tiempo valiente, con la firmeza que da en ocasiones supremas la conciencia de un deber y la resolución de arrostrar hasta la muerte. Fuera que Roberto hubiese aplacado los primeros terribles impulsos de mi padre, ó que éste, como hombre al fin conocedor de las pasiones, se diese cuenta de la mía y de lo excepcional de mi situación, ó que conociendo la firmeza de mi carácter temiese exasperarme, ello es que, contra lo que yo temía, mi padre me recibió con expresión de ansiedad más que de enojo. Caí en sus brazos anegada en lágrimas, y la cariñosa presión con que respondió á mi abrazo me probó que en aquel pecho de guerrero latía para mí un corazón henchido de perdón y de caballeridad. Me acarició sin decirme una palabra, y se dirigió con paternal interés cerca de Manuel; le hizo algunas preguntas, y hasta trató de animarle con palabras de consuelo y confianza. Pero Manuel se moría, y así lo declaró sin vacilar el médico en cuanto le examinó y vió los estragos incurables de la enfermedad. Cuantos remedios se emplearon para salvarle fueron inútiles. Al convencerse de su sentencia de muerte, venciendo las resistencias mías y de Roberto, mi padre se decidió á notificarle la gravedad de su mal y la necesidad de recibir el auxilio espiritual de la confesión, pues, para su fe religiosa y su filosofía de militar, el morir no era nada pero el salvar el alma era lo más importante.

Nada humano le asustaba, pero al infierno le tenía un miedo atroz, y en esta cuestión se jactaba hasta de ser cobarde.

Contra lo que esperábamos, Manuel recibió la noticia con una serenidad y un valor increíble.—Sé que me muero—dijo—y la muerte no me espanta; hace tiempo que vive conmigo y hoy celebramos nuestras bodas. Ya que V., mi general, quiere que me confiese, me confesaré; pero mi confesión será en voz alta, para que todos Vds. sean mis confesores y me den su perdón y su absolución. Mi conciencia está tan limpia, que de nada me acusa ni por nada me remuerde. No tengo fe cristiana, pero por el amor al bien y á mi prójimo, mi vida fué la imitación de Cristo. Jamás falté al honor, al deber, ni á mi palabra. Huérfano y sólo en el mundo, el trabajo fué mi padre y la ciencia mi madre. Cuanto tengo me lo debo, y no dejo deudas ni enemigos. Amé en mi vida sólo á una mujer: la suerte, la enfermedad y una voluntad paterna, para mi respetable, me impidieron hacerla mía, pero muero adorándola. Julia es la esposa de mi alma, y si no la dejo mi nombre, la dejo mi corazón, que sólo latió por ella y por ella morirá. Tuve sólo un enemigo: sólo á un hombre odié y ofendí por un momento; pero él es grande y me perdona, y ese hombre es ahora mi hermano.

Y tendió su mano á Roberto, que sollozando la estrechó y besó con efusión diciendo:—Sí, hermano, yo te perdono como tú me perdonas.—Mi padre y yo cogimos y besamos casi con veneración aquellas manos benditas de santo y de mártir.

Manuel, haciendo un supremo esfuerzo y como concentrando el poco aliento y la poca razón que la fiebre, el dolor y el estertor ya iniciado le dejaban, dijo con solemnidad:—General, Roberto, amigos míos: en este instante os instituyo albaceas y testamentarios de mi última voluntad. Por mi testamento, que mi fiel secretario os entregará, dejo por heredera universal de cuanto poseo, á la que, si no por la ley, por mi voluntad y por la suya, considero como mi legítima esposa: á Julia Torrente. Antes de una hora estaré en el seno de la



nada. Ahora, esposa, padre, hermano, dadme vuestras manos, vuestro adiós y vuestro perdón.

¿A qué pintarte las lágrimas que vertimos, las ternuras de la despedida y las torturas y agonía de mi adorado Manuel? En nuestros brazos expiró, bañado en nuestro llanto y glorificado por nuestras bendiciones. Si hay ángeles, y los ángeles murieran, morirían con el valor, la calma, la resignación y santidad de Manuel. Expiró al amanecer: Roberto le amortajó como á hermano, y mi padre le lloró como á hijo, y yo le veneré como á mi verdadero esposo; coroné de flores su sepulcro y de espinas mi corazón.

Sí, Perico; yo soy en realidad la viuda de Manuel Montesa. Si hoy soy rica, es porque Manuel salvó mi fortuna del naufragio. De la considerable fortuna suya que me legó tan generosamente, soy sólo fiel administradora, y la dedico á ejercer con ella el bien, la caridad y la filantropía en nombre suyo. Su nombre lleva un asilo de huérfanos que he fundado; su nombre una escuela de niñas; su nombre un premio literario instituido. De todo esto te enteraré algún día, y verás que he sabido hacer del oro de aquel ángel lluvia de beneficios en vez de moneda de mis vanidades y ambiciones.

Roberto es hoy general, y aunque me adora, jamás me ofrecerá su mano ni pedirá la mía sabiendo que Manuel la posee desde su sepulcro, que para mí, y aun para Roberto, es un verdadero altar. Si yo hubiera sido una devota, hubiera entrado en un convento; pero la fe de Manuel es la mía y su filosofía dueña de mi conciencia me manda seguir en el mundo, no alzando solitarias oraciones, sino ejerciendo el bien y la fraternidad para con los desdichados y desvalidos. Cuanto bien haga es en su nombre y para gloria de su nombre; he publicado sus obras póstumas y sus poesías, joyas de un alma de poeta, un corazón de santo y una mente de sabio. Los hombres para mí no existen. Quien amó y fué amada por Manuel, debe amputarse el corazón.

Pero hay dos corazones: uno aquí á la izquierda lleno de

adoración para Manuel, lleno de remordimiento inextinguible, clavado como un puñal, por haber con mis celos, mi orgullo y mi silencio, sido causa de su trágica muerte; otro aquí á la derecha para la amistad, los afectos vulgares y las pequeñeces de la vida. Entregada á la meditación, al estudio y á los viajes, que son mi mayor placer, algunas veces me dejo arrastrar al mundo, y esta noche aquí vine para acompañar y complacer á mi mejor amiga, á quien luego te presentaré. En medio de mi incurable tedio, tuve en este baile una alegría inesperada, la de hallarte como á un resucitado, mi buen Perico; pero, ya lo ves, ese vals vino á disipar esa alegría.

Ya sabes la historia de mi vida, ya sabes todo el poema de dolores, la sin igual tragedia sencilla en sus hechos pero original en su fondo, la novela romántica de mi último vals.

.....  
 —¡Julia, hermosa Julia, elocuentísima Julia: eres una mujer extraordinaria!

—Basta de adjetivos y piropos, Perico. Y ahora puedes cambiarme el nombre de Venus Uraña.

—¿Qué nombre puedo darte?

—Llámame... llámame...

*Venus Lacrimosa.*

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

# EN TORNO AL CASTICISMO

---

## EL ESPÍRITU CASTELLANO

**C**asticísimo es en nuestras letras castizas el teatro, y en éste el de Calderón, porque si otros de nuestros dramaturgos le aventajaron en sendas cualidades, él es quien mejor encarna el espíritu local y transitorio de la España castellana castiza y de su eco prolongado por los siglos posteriores, más bien que la humanidad eterna de su casta; es un «símbolo de raza (1)». Da cuerpo á lo diferencial y exclusivo de su casta, á sus notas individuantes, por lo cual, á pesar de haber galvanizado su memoria tudescos rebuscadores de ejemplares típicos, es á quien «leemos con más fatiga» los *españoles* de hoy, mientras Cervantes vive eterna vida dentro y fuera de su pueblo.

Calderón, el símbolo de casta, fué á buscar carne para su pensamiento al teatro, en que se ha de presentar al mundo en

---

(1) Así le llama en sus conferencias acerca de «Calderón y su teatro» el Sr. Menéndez y Pelayo, añadiendo de él que es «poeta españolísimo», «nuestro poeta nacional por excelencia», el que «cifra, compendia y resume en sí todas las grandezas intelectuales y poéticas de nuestra edad de oro... la España antigua con toda la mezcla de luz y de sombra, de grandeza y de defectos».

compendio compacto y vivo, en sucesión de hechos significativos, vistos desde afuera, desvaneciéndose á último término, hasta perderse á las veces, el nimbo que los envuelve, el coro irrepresentable de las cosas (1).

Y de todos los teatros, el más rápido y teatral es el castellano, en que no pocas veces se corta, más bien que se desata, el nudo gordiano dramático. Lope, sobre todo, suele precipitar el desenlace, la *anagnórisis*.

Por toda la literatura castellana campea esa sucesión caleidoscópica, y donde más, en otra su casticísima manifestación, en los romances, donde pasan los hombres y los sucesos grabados al agua fuerte, sobre un fondo monótono, cual las precisas siluetas de los gañanes á la caída de la tarde, sobre el bruñido cielo. El didactismo á que propende esta misma literatura suele por su parte resolverse en rosario de sentencias graves, en sarta sin cuerda á las veces.

En el teatro calderoniano se revela de bulto esa suerte de ver los hechos en bruto y yuxtapuestos por de fuera. El argumento es casi siempre de una sencillez y pobreza grandes, los episodios pegadizos y que antes estorban que ayudan á la acción principal. No se combinan, como en Shakespeare, dos ó más acciones. Una intriga enredosa á las veces, pero superficial, caleidoscópica, y sobre todo enorme monotonía en caracteres, en recursos dramáticos, en todo (2).

Por ver los hombres en perfil duro no sabe crear caracteres; no hay en sus personajes el rico proceso psicológico interno de un Hamlet ó un Macbeth, es «psicología de primer grado, como las imágenes coloreadas de Alemania son pintura elemental», dice Amiel (*Journal intime*, 8 janvier 1863, juzgando de refilón de nuestro teatro.

---

(1) En la ópera es donde halla representación. Así es que el genuino teatro alemán es Wagner con el *leitmotiv* de melodía infinita que se desarrolla en sinfonía armónica é inarticulada.

(2) «Pecado capital de Calderón», llama el Sr. Menéndez á la monotonía.

«Todas las cosas están allí apuntadas y casi ninguna llevada á cabal desarrollo», lo que se atribuye á «condiciones del ingenio español (castellano)... la rapidez y la facilidad para comprender un carácter y lo incompleto de su desarrollo». (M. y P.) *¿Rapidez para comprender?* Es que pasan el hecho ó la idea recortados, sin quebrar su cáscara y derramar sus entrañas en el espíritu del que los recibe, sin entrar á él envueltos en su nimbo y en éste desarrollarse.

El desarrollo es la única comprensión verdadera y viva, la del contenido; todo lo demás se reduce á atrapar un pobre dermatoesqueleto encasillable en el tablero de las categorías lógicas. La idea *comprendida* se ejecuta sola, *sponte sua*, como en la mente shakespeariana. En la de Calderón se petrifica. Superar en ejecución lo es en verdadera comprensión, porque la ejecución revela la continuidad y vida íntimas de la idea.

Como las buriladas representaciones calderonianas no rompían su caparazón duro, fué el poeta, no viéndolas en su nimbo, á buscarles alma al reino de los conceptos obtenidos por vía de remoción excluyente, á un idealismo dissociativo (1), y no al fondo del mar lleno de vida, sino á un cielo frío y pétreo.

Este espíritu castizo no llegó, á pesar de sus intentonas, á la entrañable armonía de lo ideal y lo real, á su identidad oculta, no consiguió soldar los conceptos anegándolos en sus nimbos, ni alcanzó la inmensa sinfonía del tiempo eterno y del infinito espacio de donde brota con trabajo, cual melodía en formación y lucha, el Ideal de nuestro propio Espíritu. Para él dos mundos, un caleidoscopio de hechos y un sistema de conceptos, y sobre ellos un Motor inmóvil.

Espíritu este dualista y polarizador. Don Quijote y Sancho caminan juntos, se ayudan, riñen, se quieren, pero no se funden. Los extremos se tocan sin confundirse y se busca la virtud en un pobre justo *medio*, no en el *dentro* en donde está y debe

(1) Calderón es poeta idealista «porque ha excluido absolutamente de su teatro todos los lados prosaicos de la naturaleza humana.» (M. y P.)  
 ¡Prosa de la vida, fondo inmenso de eterna poesía!

buscarse. Sáltase de los hechos tomados en bruto y sin nimbo á conceptos categóricos. Cuando Quevedo no nos cuenta al buscón D. Pablos comenta á Marco Bruto, y el grave Hurtado de Mendoza narra las picardías del lazarillo del Tormes.

Calderón nos presenta la realidad «con sus contrastes de luz y de sombra, de alegrías y de tristezas», sin derretir tales contrastes en la penumbra del nimbo de la vida, «mezcla lo trágico y lo cómico», sí, los mezcla, no los combina químicamente. Y así «en nuestro teatro más que idealismo hay convencionalismo, y más que realismo la realidad histórica de un tiempo dado» y «cierta ligereza y superficialidad», la de no pasar de la superficie.

Genuinamente castizos son nuestros dramas teológicos y autos sacramentales, con sus personajes sin vida, la Fe, la Esperanza, el Aire, el Fuego, el Agua, la Encarnación, la Trinidad, no seres vivos, sino

tumba de huesos, cubierta  
con un paño de brocado.

En su idealismo se pone lo grande de Calderón, su «genio sintético y comprensivo», viendo en él grandeza de concepción y una alteza tal de ideas teológicas, intelectuales y filosóficas, que resultaba mezquina toda forma para encerrarlas, «alteza de la idea inicial de sus obras». Mas como aun así no pueda proponérsele cual modelo de belleza, ni supo hallar «lo que es universal y eterno del corazón humano», se nos dice que «no bastan por sí solas las grandes ideas para hacer con ellas grandes dramas».

Las grandes ideas categóricas y abstractas, no.

Distinguen al ingenio castellano «grandeza inicial y luz pasmosa para sorprender las ideas; poca calma, poca atención para desarrollarlas». (M. y P.) ¡Es claro!, como las *sorprende*, se le escapan sin entrar en él é imponerse á su atención, para desarrollar por sí, en virtud propia, su contenido.

La «intuición rápida» de «proceder como por adivinación y relámpagos», es falta de comprensión viva, genética; los relámpagos deslumbran, no alumbran.

¡Genio  *sintético y comprensivo*  el que ni vislumbró la unidad de los dos mundos! ¡*Armonismo*  un mero  *enlace*  de ellos, en que se ve la pegadura! ¡Pobres altísimas concepciones, muertas de desnudez, sin carne en que abrigarse! La mera ocurrencia de sacar á tablas conceptos abstractos delata toda la flaqueza de este ingenio, como lo empedernido de su idealismo el encontrarse resuelto (!!!) en sus obras «el enigma de la vida humana... sin luchas, sin vacilaciones, sin antinomias, sin dudas siquiera».

No es de extrañar que se sobreponga el idealismo de Calderón al de Shakespeare, y aun que no se le vea bien en éste. El inglés pone en escena á que desarrollen su alma hombres, hombres,  *ideas*  vivas, tan  *profundas*  cuanto  *altas*  las más elevadas del castellano. El rey Lear, Hamlet, Otelo, son ideas más ricas de contenido íntimo que cualquiera de los conceptos encasillables de Calderón. ¡Un hombre!, un hombre es la más rica idea, llena de nimbos y de penumbras y de fecundos misterios.

Calderón se esforzaba por revestir huesos de carne y sacaba momias, mientras que en el proceso vivo brota el organismo todo de un óvulo fecundado, surge del protoplasma del nimbo orgánico, dibujándose un dentro y un fuera, un endodermo y un ectodermo, y formándose poco á poco en su interior, del tejido conjuntivo endurecido por sales calcáreas del ambiente, el esbozo de los huesos, que son lo último que queda y persiste cuando el ser ha muerto, delatando la forma viva perdida para siempre. Huesos encerrados en lo vivo por carne palpitante, huesos que admiran los osteólogos y paleontólogos en los dramas sarmentosos de Calderón, y que en Shakespeare están vivos, con tuétano caliente; pero sustentando, ocultos por la carne, la fábrica viva toda de que surgieron, inconcientes á su autor. Para el inglés los óvulos eran cuentos, novelas, anédo-

tas, *sucesos vivos*; en nuestro teatro abundan como tales lugares teológicos ó de parecida laya (1).

Por sumirse en el fondo eterno y universal de la humanidad, que es la más honda y fecunda idea, donde se confunden los dos mundos, por cuyo ministerio brota el ideal de la realidad, de la naturaleza el arte, Shakespeare, sabiendo de pobre historia paleontológica tan poco ó menos que Calderón, más letrado que él, penetra en el alma de la antigüedad romana por la estrecha puerta de una mala traducción de Plutarco y resucita en su *Julio César* la vida del foro resonante, mientras Calderón, atado á la *historia* de su tiempo y de su suelo, apenas se despega de lo transitorio y local. Penetra Shakespeare en la intra-historia romana y en la del alma con *Hamlet*, encarnación de humanidad tan profunda como el alegórico Segismundo, más viva. Y por ser más profundas sus concepciones vivas, inenunciables, es por lo que alcanza la «verdad humana, absoluta, hermosa» y la «expresión *única*».

Hay en nuestro castizo teatro disociación entre el idealismo y el realismo y en punto á éste los graciosos, que representan el fallo de la razón imparcial y sobria del común sentido (2). El gracioso, impertinente á menudo, «de un modo realista y prosaico, *no exento de vulgaridad y aun de grosería*, vuelve siempre por los fueros del sentido común». No exento de vulgaridad y aun de grosería nuestro Sancho, es cierto, pero Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, Sancho sincero. ¡*Impertinente!*, esto es, disociado, que no casa bien con el idealismo de su Quijote.

Este espíritu disociativo, dualista, polarizador, se revela en la expresión, en el vano lujo de colores y palabras, en el énfasis

(1) «Vaya el que fuere curioso á Belarmino», dice Tirso al acabar su hermoso drama *El condenado por desconfiado*.

(2) Véase A. F. Schack *Historia de la literatura y el arte dramático en España*, segundo periodo, parte primera, cap. XI (páginas 450 y 459 del tomo II, de la traducción de D. Eduardo de Mier). El Sr. Menéndez compara el gracioso al coro de la tragedia clásica.



sis, en la «inundación de mala y turbia retórica», en la manera hinchada de hipérboles, discreteos, sutilezas y metaforismo apoplético. Nuestros vicios castizos, desde Lucano y Séneca acá, el culteranismo y el conceptismo, brotan del mismo manantial. Dícese que el culteranismo y la hipérbole arrancan de brillantez de imaginación, el conceptismo de agudeza de ingenio.

¡Socorrido recurso el de la brillante ó fogosa imaginación española! Aquí entran en cuenta el sol y otros ingredientes. Y en realidad, sin embargo, imaginación seca, reproductiva más que creadora, más bien que imaginación fantasía, empleando tecnicismo escolástico. O los hechos tomados en bruto, en entero y barajados de un modo ó de otro, no desmenuzados para recombinarlos en formas no reales, ó bien conceptos abstractos. Nuestro ingenio castizo es empírico ó intelectual más que imaginativo, traza enredos entre sucesos perfectamente verosímiles; no nacieron aquí los mundos difuminados en niebla, los mundos de hadas, gnomos, silfos, ninfas y maravillas. Pueblo fanático, pero no supersticioso, y poco propenso á mitologías, al que cuadra mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ariano. Todo es en él claro, recortado, anti-nebuloso: sus obras de ficción muy llenas de *historia*, hijas de los sentidos y de la memoria, ó llenas de didactismo, hijas de la intelectual. Sus romances por epopeyas y por baladas, y el *Quijote* por el *Orlando*.

La imaginación se apacienta en los nimbos de los hechos, nimbos que el castizo espíritu castellano repele, saltando de los sentidos á la inteligencia abstractiva. Y al tomar en bruto los hechos para realizarlos, acude al desenfreno del color externo, de lo distintivo en ellos, así como cae por otra parte en el conceptismo de los universales faltos de nimbo; sensitivismo é intelectualismo, disociación siempre.

Cuando se alcanza mal á repartir en un cuadro los matices y medias tintas de tal suerte que en la unidad del conjunto aparezcan los objetos encajados, subordinados al todo, se cae

en el desenfreno del colorismo chillón y de mosaico, de brillos metálicos, corriendo tras el enorme despropósito de que las figuras *se salgan del cuadro*, que vale tanto como desquiciarlas de su puesto y disociarlas de la realidad, acudiendo para ello á procedimientos de efecto escenográfico, más que sean pintar en el marco la pezuña de un caballo ó cualquier otro desatino tan desaforado. El ver las cosas destacarse á cuchillo es no percibir que es su forma en parte la del molde que les da el fondo, y así, por no dibujar tanto hacia afuera como hacia dentro, se busca la línea *continente* por serie de rectificaciones que engendran perfil confuso é incierto, *desdibujada* resultante de tanteos.

La poca capacidad de expresar el matiz en la unidad del nimbo ambiente lleva al desenfreno colorista y al gongorismo caleidoscópico, epilepsia de imaginación que revela pobreza real de ésta; la dificultad en ver la idea surgiendo de su nimbo y dentro de él, arrastra á la escenografía intelectualista del conceptismo; y la falta de tino para dibujar las cosas con mano segura á la par que suave, en su sitio, brotando del fondo á que se subordinan, conduce á las tranquilas oratorias de acumular sinónimos y frases simétricas, desdibujando las ideas con rectificaciones, paráfrasis y corolarios. Y de todo ello resulta un estilo de enorme uniformidad y monotonía en su ampulosa amplitud de estepa, de gravedad sin gracia, de periodos macizos como bloques, ó ya seco, duro y recortado. Y en este estilo dos retóricas, la de la oratoria y la de la dialéctica, metaforismo de oradores, ergotismo de teólogos y leguleyescas citas.

El elemento *intelectivo* es lo que «ahoga y mata la expresión natural y sencilla», sofocada al peso de categorías; la expresión *única* brota de la idealidad de lo real concreto.

## II

Es grande Segismundo, precursor del Quijote, y hay eterna grandeza en Pedro Crespo y aun en Don Lope de Almeida, porque todos ellos, y con ellos su creador, eran algo más que mentes nacidas para comprender el mundo. Eran voluntades con los vicios y la bondad íntima de la energía que desborda. La inteligencia misma es forma de voluntad.

Todo espíritu que pase por enérgica abstracción desde recortadas sensaciones á conceptos categóricos, sofocando el nimbo de las representaciones, ó es juguete de los *motivos* del ambiente, ó reacciona sobre ellos con voluntariedad de arranque en resoluciones bruscas y tenaces, ó ya esclavo ó ya tirano de lo que le rodea. Los personajes de nuestro teatro y aun los de nuestra historia se forman más de fuera á dentro que á la inversa, más por cristalización que por despliegue orgánico, produciéndose *ex abrupto* no raras veces. En Lope los hay que cambian de repente, sobre todo al final de sus comedias, sin causa justificada. «Los sentimientos más opuestos brotan en su pecho, sin ofrecer las *gradaciones* que entre nosotros», dice de los españoles el alemán Schack. Cuando no son de una pieza, se mueven guerra dividiéndose en dos ó ya son sistema de contradicciones como el egoísta generoso, el Don Domingo de Don Blas, de Alarcón.

Obedecen nuestros héroes castizos á la ley externa, tanto más opresiva cuanto menos intimada en ellos, abundando en conflictos entre dos deberes, entre dos imperativos categóricos sin nimbo en que concordarse. A la presión exterior oponen, cual tensión interna, una voluntad muy desnuda, que es

lo que Schopenhauer gustaba en los castellanos, por él tan citados y alabados. Acá vino también Merimée á buscar impresiones fuertes y caracteres *simples*, bravíos y enteros.

A la disociación mental entre el mundo de los sentidos y el de la inteligencia corresponde una dualidad de resoluciones bruscas y tenaces y de indolente matar el tiempo, dualidad que engendra, al reflejarse en la mente, fatalismo y librearbitrismo, creencias gemelas y que se completan, nunca la doctrina del determinismo de la espontaneidad. Se resignan á la ley ó la rechazan, la sufren ó la combaten, no identifican su querer con ella. Si vencidos, fatalistas; librearbitristas cuando vencedores. La doctrina es la teoría de la propia conducta, no su guía.

En las disputas teológicas que provocaron el calvinismo primero, y el jansenismo más tarde, teólogos españoles fueron los principales heraldos del libre albedrío. ¡Frasas vigorosas el «no me da la real gana» y el «no importa»! Y aún las hay más enérgicas y castizas, que vienen como anillo al dedo á la doctrina schopenhaueriana de que la voluntad es lo genérico, así como la inteligencia lo individuante en el hombre, que el foco, *Brennpunkt*, de aquella son los órganos genitales. Todo español sabe de dónde le salen las voliciones enérgicas.

«Y teniendo yo más alma, ¿tengo menos libertad?»

grita Segismundo. Tener más alma es tener más voluntad entera, más masa de acción, más intensa; no mayor inteligencia ni más complejo espíritu.

Y junto á esta voluntariedad simplicista de esta enérgica casta de conquistadores, fe en la suerte: *Da ventura á tu hijo y échalo en el mar*. Fe en la estrella, buena si se triunfa, si se sucumbe mala. Es el vislumbre de sentirse arrebatado de algo íntimo, más hondo que la conciencia.

La monotonía de caracteres del castizo teatro castellano paréceme ser reflejo de un rasgo real. Caracteres los de esta

casta, de individualidad bien perfilada y de complejidad escasa, más bien *unos* que *armónicos*, formados los individuos por presión exterior en masa pétrea, personas que se plantan frente al mundo, y le arman batalla sin huir del peligro, que en la ocasión se moverán guerra á sí mismos sin destruirse, y que si se dejan morir es matando, como Sansón con todos los filisteos (1).

Eran almas estas tenaces é incambiables, castillos interiores de diamante de una pieza, duro y cortante. Genio y figura hasta la sepultura; lo que entra con el capillo sale con la mortaja; lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.

Al plantarse en sociedad cada una de estas almas frente á las otras, prodújose un verdadero anarquismo igualitario, y á la par anhelo por dar á la comunidad la firme unidad de cada miembro, un verdadero anarquismo absolutista, un mundo de átomos indivisibles é impenetrables en lucha dentro de una férrea caja, lucha de presión externa con interna tensión.

Fué una sociedad guerrera (2), y en la guerra misma algo de anárquico, *guerrillas* y *partidarios*.

En tales sociedades y con tales individuos prolóngase un sentido de justicia primitivo, vengándose *devengan* sus derechos. En Pedro Crespo se une á la justicia la venganza y tenemos un rey á quien llaman unos el Cruel y el Justiciero otros. Entre nosotros buscaba Schopenhauer ejemplos del anhelo de llevar «al dominio de la experiencia la justicia eterna, la indi-

(1) Alabando Hernando de Pulgar en *Los Claros varones de España* al almirante D. Fadrique, porque «ninguna fuerza de la fortuna abaxó la fuerza de su corazón», añade: «Loan los historiadores romanos por varón de gran ánimo á Caton, porque se mató no pudiendo con paciencia sufrir la victoria de César su enemigo. Yo no sé por cierto qué mayor crueldad le hiciera el César de la que él se hizo... Y adornan su muerte diziendo que murió por aver libertad. Y ciertamente *no puedo entender qué libertad pueda aver para sí ni para dar á otro el hombre muerto.*» Esto último es castizo y de oro puro.

(2) Ya Tucídides decia (VI, 90) que los iberos eran tenidos comúnmente por los más belicosos de los bárbaros, y Trogo Pompeyo que si les falta guerra fuera, se la buscan dentro.

viduación» dedicando á las veces toda una vida á vengar un entuerto, y con previsión del patíbulo (1).

Pasamos, según Rasch (*Die heutige Spanien*), en Alemania, ¡prepárese el lector!... á la vez que por ganosos de fama, codiciosos é indolentes, *ruhmsüchtig, golddürstig, faul*, por crueles y sanguinarios, *grausam, blutdürstig*. Cuando los extranjeros nos quieren mal y tratan de traer á cuenta nuestras flaquezas, no olvidan al inhumano duque de Alba, á su Juan de Vargas y su Consejo de sangre, los autos de fe y los quemaderos, y los desenfrenos todos de nuestro *odium theologicum*. Es dureza de combatiente.

El valor, valor de toro. «¡Ve á vencer!»—dice arrogantemente el rey á Rodrigo de Vivar en *Las Mocedades del Cid*—y en éstas, al morir Rodrigo Arias, repite á su padre: «Padre ¿he vencido, he vencido?... yo muero, padre, ¿he vencido?»

En la vida de lucha conviene además juntar al esfuerzo astucia, aquella arma del fuerte y ésta del débil. «Apenas había término medio entre el caballero y el pícaro»—dice el Sr. Menéndez.—Confundíanse uno en otro; en horas de *insolación* asoma bajo el aristócrata el chulo.

Esta voluntad se abandona indolentemente al curso de las cosas si no logra domarlo á viva fuerza, no penetra en él ni se apropia su ley; violencia ó abandono más menos sostenidos. Es poco capaz de ir adaptándose lo que le rodea por infinitesimales acciones y pacienzudos tanteos, compenetrándose en las pequeñeces de la realidad, por *trabajo* verdadero. O se entrega á la rutina de la obligación, ó trata de desquiciar las cosas, padece trabajos por no trabajar.

Es proverbial nuestro castizo horror al trabajo, nuestra

(1) Véase el cap. LXIV del libro IV de *El Mundo como voluntad y representación*, donde cita el caso de aquel boticario (á quien hace obispo) que en la francesada envenenó á varios oficiales (generales los hace) convidándoles á su mesa, y envenenándose él con ellos. Aquí estriba lo heroico para Schopenhauer. Remite para más ejemplos al cap. XII del libro II de Montaigne.

holgazanería y nuestra vieja idea de que «ninguna cosa baja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico», proverbial la miseria que se siguió á nuestra edad del oro, proverbiales nuestros pordioseros y mendigos y nuestros holgazanes que se echan á tomar el sol y se pasaban con la sopa de nuestros conventos.

El que se hizo hidalgo peleando moriría antes que deshonorar sus manos (1).

En ninguna parte arraigó mejor ni por más tiempo lo de creer que el oro es la riqueza, que aquí, donde Ustáriz extremó el mercantilismo. Los pobres indios preguntaban á los aventureros de *El Dorado* por qué no sembraban y cogían, y en vano propusieron los prudentes se enviaran á las Indias labradores. Francisco Pizarro, en el momento de ir á pasar su Rubicón, traza con la espada una gran raya en tierra y dice: «por aquí se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres; escoja *el que sea buen castellano* lo que más bien le estuviere.»

Y más tarde, solemne escena en Caxamalca, cuando, previa invocación al auxilio divino, se reparte con gravedad el precio del desgraciado Atahualpa, aquel reposado inca, último testigo de una civilización borrada para siempre por los *conquistadores* de aquel «infierno del Perú, que con multitud de quintales de oro ha emprobrecido y destruido á España»—decía Las Casas. Poco después el leal duque de Alba, sirviendo á su Dios y á su Rey no olvidaba el botín (2).

(1) «Ser bien nacido y de claro linaje es una joya muy estimada, pero tiene una falta muy grande, que sola por sí es de muy poco provecho, así para el noble como para los demás que tienen necesidad. Porque ni es buena para comer, ni beber, ni vestir, ni calzar, ni para dar ni fiar; antes *hace vivir al hombre muriendo, privado de los remedios que hay para cumplir sus necesidades*; pero junta con la riqueza no hay punto de honra que se le iguale. Algunos suelen comparar la nobleza al cero de la cuenta guarisma, el cual solo por sí no vale nada, pero junto con otro número le hace subir mucho.»

Dice el doctor Juan Huarte en el cap. xvi de su *Examen de ingenios*.

(2) «Acabando este castigo comenzaré á prender algunos particulares

¡El botín!, tal era la preocupación del legendario Cid (1), y el mismo Sancho, el pacífico, el discreto, el buen Sancho, el codicioso de la insula, apenas vió en el suelo al fraile de San Benito «apeándose ligeramente de su asno arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos..., que aquello le tocaba á él

de los más culpados y más ricos para moverlos á que vengan á composición.» «De estos tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible.» Así escribía á su amo y señor desde los Países Bajos el duque. (Documentos inéditos, tomo IV, pág. 489).

(1) Del que no ha recibido aún el barniz de los romances, del viejo, el del Poema. El cual se sale de casa porque el rey le airó por haber «priso» grandes y soberanos haberes reteniendo de ellos «quanto que fué algo» (110-114), mas se consuela porque

Hya, caballeros, dezir vos he la verdad  
 Qui en un logar mora siempre, lo se puede menguar  
 (v. 947 y 948).  
 Si con moros non lidiaremos, no nos darán del pan  
 (673),

y se va á tierra de moros á meterse en «arrancadas provechosas» (v. 1233) para ganarse «averes» y «marcos de plata» y hacer «duenas ricas» á sus hijas y mujer. ¡Y que nos costaba poco! Suban, suban ellas al alcázar de Valencia, á contemplar la heredad que les ha ganado Rodrigo, y véanle lidiar que

«afarto verán por los olos commo se gana el pan» (v. 1642).

Corran por Aragón y Navarra pregones; el que en buen hora nació llama á quien quiera llegar á rico saliendo de cuitas «perder cueta e venir á rritad» (1689).

Y así, «al sabor de la ganancia», se le «acoien yentes de la buena christiandad». Mas teme que una vez tomada Valencia y ellos «abondados en rritad» se le vayan con los haberes y manda quitárselos al que le cojan desertor, y al palo con él (v. 1245-1255). ¿Qué remedio? ¡Hay que vivir, buen D. Ramón, conde de Barcelona! ¡No te aflijas tanto, ni dejes de comer, ve libre!, pero sin los haberes que perdiste en lid porque

«prendiendo de vos e de otros, ir nos hemos pagando» (1406).

Prendiendo á fuerza ó estafando á judios con astucia de picaro.

Véanse además los versos 510 y siguientes, 795 á 807, 1040 á 1048, 1149, 1245, 1266 á 1269, 1334 y sigs., 1736 y sigs., 1775 y sigs., 2315, 2430, 2466, 2493 y sigs. de la edición Vollmöller.

En las canciones de gesta francesas no domina tanto el *eschec*, el botín.



legítimamente como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado».

El pobre con aspiraciones que no se aviene á enterrarse cogido á la manquera en la masa intrahistórica de los silenciosos, los intracastizos, ni á vivir como el licenciado Cabra «clérigo cerbatana, archi-pobre y proto-miseria» para quien la penuria era salud é ingenio, ó dice con el soldado de *Los Amantes de Teruel* de Tirso:

Bien haya , amén, quien inventó la guerra  
Que de una vez un hombre queda rico  
Aunque en mil años haya visto blanca;

ó se gana *honradamente* la vida con la industria de sus manos..., que «hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal», y «quien no hurta en el mundo no vive»—decía su padre al buscón D. Pablos, espejo de vagabundos.

Y aun sin llegar á tal, vivase al día, con un mañana que nunca llega por delante, á ver si cae maná. Todos los años aplaudimos al castizo héroe *conquistador* del «¡tan largo me lo fiáis!» y todos se aguarda por todos con ansia el día del nacimiento del Redentor, en esperanza del *gordo*.

El nacer pobre es delito.

Y así vive el hidalgüelo mayorazgo á cubierto del trabajo, en resignada indolencia y medida parsimonia. Mas si es segundón y ha de asegurarse el pan ¡á probar fortuna! á buscárselas, ó al convento (1).

Con frecuencia tras una vida de aventuras *se tomaba iglesia*.

¡Pan y toros, y mañana será otro día! Cuando hay, saquemos tripa de mal año, luego... ¡no importa!

(1) Llegó á componerse de frailes y monjas la tercera parte de la población de España, y en tiempo de Felipe III, á principios del siglo xvii, salían de España, según el licenciado Pedro Fernández de Navarrete, al año 40.000 personas «aptas para todos los ministerios de mar y tierra».

Tal el alma castiza, belicosa é indolente, pasando del arranque á la impasibilidad, sin diluir una en otro para entrar en el heroísmo sostenido y oscuro, difuso y lento, del verdadero trabajo.

Y anejo á todo esto las *virtudes* que engendra la lucha, la generosidad de la guapeza, el rumbo de José María, amigo de sus amigos, limosnero del pobre con dinero ajeno. A bote de lanza, anárquicamente, enderezaba entuertos Don Quijote.

La misma caridad es de origen militar. Lo que decía M. Montegut (*Revue des Deux Mondes*, 1.º Marzo, 1864), hablando de nuestros místicos, de que no conocen la caridad sino de nombre, siendo para ellos virtud más bien teológica que teologal, es aserto que admite explicación. Porque hay una caridad que por compasión fisiológica, por representación simpática, nace de las entrañas del que sufre viendo sufrir, y otra más intelectual y categórica, que brota de la indignación que produce el ver sufrir á unos mientras otros gozan; hija de ternura aquélla, de rectitud ésta. Unas veces brota el sentimiento de justicia del de caridad y otras éste de aquél.

Cuando en *Las Mocedades del Cid* encuentra éste al gafo se pregunta «¿qué me debe Dios más que á ti?» y, considerando que le plugo repartir lo suyo desigualmente en los dos, no teniendo él, Rodrigo, más virtud, sino siendo tan de carne y hueso, concluye en que

Con igualdad nos podía  
tratar; y así es *justo* darte  
de lo que quitó en tu parte  
para añadir en la mia.

Y por sentido de justicia, más que por ternura, y no poco acaso por hazaña, come en el mismo plato con el gafo. Caridad típica también la de aquel arrebatado y agresivo P. Las Casas, que vuelto en sí al leer un día de Pascua el capítulo 34

del Eclesiástico, se dedica á protector de los indios y más aún á violento fiscal de sus compatriotas. Y con él su orden, la que con más brío predicaba en Europa cruzadas contra los herejes, amparaba y defendía en América á los pobrecitos indios, vírgenes de herejía. Caridad de ir á salvar almas desatándolas de sus cuerpos; *quien bien te quiere te hará llorar*. Caridad de espada y de igualdad. La misma caridad tierna y compasiva de Francisco de Asís se trueca en ardiente y belicoso ordenanismo en el español (portugués) Antonio de Padua.

«¡Una limosnita *por amor de Dios!*» piden los mendigos; se les contesta «perdone, hermano»; y ellos, si se les da, «*Dios se lo pague.*»

Toda ella es caridad austera y sobria, no *simpatía*. A otra cosa se llama *sensiblería* aquí.

### III

Este hombre formó familia y sociedad civil. Formaba familia, *dentro* de la cual guardaba á su mujer. Las de Tirso superan al hombre en decisión y malicia, y en el museo de Lope hallamos esgrimiendo la espada á *La Varona castellana*, defendiendo con puñal su honra *La Moza de cántaro*, y junto á ellas, entre otras, *La Villana de Getafe* y *La Serrana del Tormes*.

Entre esta mujer y su hombre los amores son *naturales*, con pocos intrincamientos eróticos. Nuestra castiza lírica amorosa será sutil, mas poco efusiva, y raros en nuestra literatura los acentos de pasión de amor absorbente y puro de otro sentimiento.

No es el amor ardiente y atormentado de Abelardo, ni el refinado de los trovadores provenzales, pues si bien entró en

Castilla la casuística erótica de éstos por los trovadores gallegos, catalanes y valencianos, no fué castiza y de genuina cepa. Ni el gallego Macías el Enamorado ni el valenciano Ausías March son almas castellanas.

*Los Amantes de Teruel*, de Tirso, son sobrios en ternezas y blanduras, si bien se mueren de amor, con muerte fulminante y repentina. La Jimena de *Las Mocedades del Cid* expresa sentimiento tan poco erótico y femenino, como es el de estimar más el ver estimar su amor que su hermosura, tomándolo por pundonor. Y esta misma Jimena admira en aquel Rodrigo que le corteja, salpicándole el brial con la sangre de sus palomicas, que luce en él gallardamente, entre lo hermoso, lo fiero. El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso. Y aun cuanto más bruto, pues Celia, en *El condenado por desconfiado*, quería á Enrico que la saqueaba y maltrataba *por valiente*, como se rinde á su chulo la barbiana de rompe y rasga.

En esto del amor aparece también el espíritu dissociativo, porque es, ó grosero, más que sensual, ó austero y de deber más que sentimental, ó la pasajera satisfacción del apetito ó el débito del hogar.

Y en tratando casamiento  
verás que mi amor le agrada,  
que este es el último intento  
de toda mujer casada.

Y una vez casada, niega Isabel de Segura un simple abrazo á Diego de Marsilla.

«Ya es mi esposo, Marsilla, Don Gonzalo  
perdóname si el gusto que me pides  
no te lo puedo dar *como quisiera*,  
que no le he de ofender por ningún modo.»

Doña Blanca, la mujer de «García del Castañar» cree que

«.....bien ó mal nacido,  
el más indigno marido  
excede al mejor galán.»

No es castiza en España la casuística del adulterio, ni se ha elevado á institución á la *amiga*. Fuera del matrimonio, los amores son de gallo, de Tenorio, no de Werther.

El realismo castellano es más sensitivo que sensual, sin refinamientos imaginativos y con fondo casto. Huele á bodegón más que á lenocinio, y cuando cae en extremo, más tira, aun en la obscenidad, á lo grosero que á lo libidinoso. Sirvan de ejemplo típico la novatada del buscón Don Pablos, la *aventura* del bálsamo de Fierabrás y la de los batanes. La misma *Celestina escolastiza* el amor (1) cuando no cae en lo brutal.

No son castizos el sentimentalismo obsceno, ni los aderezos artificiosos del onanismo imaginativo del *amor* baboso. No sale de esta casta un marqués de Sade, que en su vejez *venérable* suelta con voz dulce una *ordure* «avec une admirable politesse» (2). Nuestras mozas de partido no son de la casta de las Manon Lescaut y Margarita Gautier, rosas de estercolero.

Los celos en el teatro calderoniano son de honor ofendido, y los celosos matan sin besar como Otelo, sin amor, por conclusión de silogismos y en frío, y á las veces por meras sospechas, y aun sabiendo inocente á la mujer «sólo por razón de estado» como «el labrador más honrado,» García del Castañar:

«A muerte te ha condenado mi honor, cuando no mis celos,  
porque á costa de tu vida de una infamia me preservo.»

(1) «El que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fué puesto porque el linaje de los hombres se perpetuase, sin lo cual perescería.» «La natura huye lo triste y apetece lo deleitable.» Véase además lo que dice *Celestina* á Areusa en el acto sétimo.

(2) La peste del sadismo inficiona la literatura francesa, como si no hubiera más realidad que la lujuria. En la típica novela de Laclos llega al proselitismo con la repugnante marquesa de Merteuil. Y «avec quel art consommé elle distille et insinue son venin!» En nuestros días «A re-hours», de Huysmann, ofrece un ejemplo asqueroso.

Amor sin refino y en el matrimonio grave y sobrio. La mujer, la madre, está en nuestro teatro castizo «oculta en el *sancta sanctorum* del hogar». (M. y P.)

Es el amor natural, base de la familia, fuertemente individuada ésta en la sociedad, la familia una y constante, cuyos miembros se acuerdan en el espacio, y en el tiempo se unen con los pasados por los sufragios á las benditas ánimas del purgatorio. Cosa castiza el purgatorio.

Son los hijos guardadores del nombre de sus padres y vengadores de su honra. Diego Láinez, afrentado, llama á los suyos, desprecia por infames á los que se quejan cuando les aprieta la mano y desenójale el enojo de Rodrigo, que le amenaza con que, á no ser su padre, le sacara las entrañas. Y al presentarle éste la cabeza del ofensor...

«Toca las blancas canas que me honraste,  
llega la tierna boca á la mejilla,  
donde la mancha de mi honor quitaste.»

El anciano D. Mendo de Benavides, afrentado por Payo de Bivar, perdona á su hija Clara sus ilícitos amores con el rey Ber mudo, puesto que á ellos debe el tener en Sancho un nieto vengador de su honra. (*Los Benavides*, de Lope.)

Para tales hay que educar á los hijos, como Arias Gonzalo, cuando, muertos en lid singular con D. Diego Ordóñez sus hijos Pedro y Diego, va á apadrinar á Rodrigo, á *atizarle fuego en el honor*.

La sociedad civil que formaron estos hombres tomó de ellos carácter y sobre el de ellos reobró. Formáronla sobre los restos de otra, bajo la presión de invasores de su suelo, comprimidos en un principio en montañas, donde originaron el sentimiento patrio.

Las necesidades de la Reconquista les dieron lealtad al caudillo é igualdad entre los compañeros. Sin lealtad no cabe comunidad guerrera, «pues siempre de la cabeza baja el vigor á la mano». Jamás olvida el Cid separar del botín el quinto

para el rey Alfonso, que le *airó*, enviarle *presentaias* y humillarse ante él, «hincando en tierra los hinojos y las manos, tomando á dientes las hierbas del campo y llorando de los ojos.» Y con el «castellano leal» siente Guzmán *el Bueno*, y el señor de Buitrago, y tantos otros. Lealtad esta de combatiente á su caudillo más que de cortesano á su señor, lealtad no exenta de «pronunciamientos».

Mas «del rey abajo ninguno» ¡fuera jerarquía! ruda igualdad y llaneza entre los demás. *Llaneza*, castizo término. Al extranjero que viaja por España le sorprende el fácil tramar conversación en los trenes, el ofrecerse viandas, el pedirse fuego en la calle, el ponerse «¡á su disposición!»

Reinaba en nuestro castizo siglo una peculiar igualdad que se ha llamado democracia frailuna, en gran parte la de la holganza y la pobreza, la de la espórtula y la braveza, anarquista. La disfrutaban muchedumbre de caballeros pobres, frailes, hidalgüelos, soldados y tercios, menospreciadores del trabajo, amantes de la guerra y de la holganza. Y á este anarquismo íntimo acompañaba, como suele, fuerte unificación monárquica al exterior; el absolutismo, ó mejor *ordenancismo* castellano, fué forma y dique de anarquía, fué el espíritu de individualismo excluyente transportado á ley *exterior*.

Siempre la firme fe en el libre albedrío lleva, tanto como el fatalismo, al sofoco de la libertad civil; que hay que imponer ley á quien apenas la lleva dentro (1), y consuélase el

---

(1) En el librearbitrismo, el poder opresivo suple á la caída naturaleza; en el fatalismo representa á la ley externa del hado; cuando se ve, por el contrario, ley *determinante* de la voluntad, se fia en el hombre. Así es como «el dejad hacer, dejad pasar», brotó de la concepción optimista del *homo oeconomicus*, que conoce siempre su verdadero interés, y de la fe en que éste se concilia con el colectivo; de un determinismo.

«¡Libertad! Bien entendida, ¡hermosa palabra!... Un pueblo jamás se hace maduro ni prudente; siempre es niño», dice el duque de Alba en el *Egmont* de Goethe. ¡Libertad *bien entendida*! Y para hacerla entender, ¡palo limpio y tente tieso!

sometido con que su voluntad es libre é inviolable el santuario de su conciencia. ¡Gran Celestina la metafísica!

Era aquí la castiza monarquía cenobítica y austera, ordenancista, reflejo de la familia castellana. En España no juegan papel histórico sobresaliente queridas de reyes.

*«Una grey y un pastor sólo en el suelo,  
un monarca, un imperio y una espada»*,

cantaba Hernando de Acuña, el poeta de Carlos V.

Era en aquella sociedad el sentimiento monárquico profundo, bien que un sí es no es quisquilloso, con la sumisión del «se obedece, pero no se cumple». El rey no es el Estado, sino el mejor alcalde; no quien crea nobleza y honra, sino quien las protege. Bien que sea fábula, es típico el «cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos», y hondamente castizo el «e si no, no».

*«Al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor  
es patrimonio del alma, y sólo se debe á Dios.»*

Las voluntades se encabritaban, sí, pero para someterse al cabo, sentida su desnudez, á la autoridad venida de lo alto, y tenían fe en ella. Pocas cosas tan genuinamente castellanas como el *ordenancismo*, acompañado de *pronunciamientos*. Ordenancismo más que absolutismo á la francesa, ni despotismo oriental, ni tiranía italiana.

#### IV

Cada uno de estos individuos se afirma frente á los otros, y para hacer respetar su derecho, su individualidad, busca ser temido. Preocúpase de la opinión pública, preocupación



que es el fondo del honor, y cuida conservar el buen nombre y la nobleza. La bárbara ley del honor no es otra cosa que la necesidad de hacerse respetar, llevada á punto de sacrificar á ella la vida. «¡Muera yo, viva mi fama!» exclamó Rodrigo Arias al ser herido mortalmente por D. Diego Ordóñez de Lara.

Como apenas se han socializado estos individuos ni se ha convertido en jugo de su querer la ley de comunidad, se afirman con altivez, porque el que cede es vencido; hacen todos del árbol caído leña, y ayúdate, que Dios te ayudará, que al que se muere le entierran.

Nada de componendas ni de medias tintas, ni de *pasteleo*, nada de nimbo moral, justicia seca ó razón de estado. No saben «andar torciendo, ni opiniones, ni caminos». En el hermoso diálogo de la primera parte de *Las Mocedades del Cid* confiesa el conde Lozano á Peranzules que fué locura su acto; pero como tiene mucho que perder y condición de honrado, no la quiere enmendar, que antes se perderá Castilla que él. Ni dará ni recibirá satisfacción, que el que la da pierde honor y nada cobra el que la recibe,

«el remitir á la espada  
los agravios es mejor.  
.....que en rigor  
pondré un remiendo en su honor  
quitando un jirón al mio;  
y en habiendo sucedido,  
habremos los dos quedado,  
él con honor remendado  
y yo con honor rompido.»

Y encierra su opinión honrada en esta quarteta, quintaesencia de la ley del honor:

«Procure siempre acertarla  
el honrado y principal;  
pero si la acierta mal,  
defenderla, y no enmendarla.»

¡Antes mártir que confesor! ¡Teson, teson hasta morir, y morir como D. Rodrigo en la horca!

No hay que flaquear, y si se flaquea, que no lo sepan. Sobre todo, esto; que no lo sepan ¡por Dios!, que no lo sepan. Como «el prender al delincuente es publicar el agravio», manda el rey se tenga secreta la ofensa del conde Lozano á Diego Láinez, lo cual parece á Peranzules «¡notable razón de estado!» Secreto, ante todo; «á secreto agravio, secreta venganza»; «que no dirá la venganza lo que no dijo la afrenta». ¡Secreto, secreto, sobre todo secreto! (1).

El honor se defiende á estocada limpia: «en ti, valiente espada, ha de fundarse mi honor», ese honor que en el pecho «toca á fuego, al arma toca», el que se lava con sangre. Con la de la herida del conde Lozano se frota Diego Láinez la mejilla, «adonde la mancha estaba» (2). «De lengua al agraviado caballero ha de servir la espada», «lengua de la mano» que

«.....es falta de valor  
sobrar tanto la paciencia,  
que es dañoso el discurrir;  
pues nunca acierta á matar  
quien teme que ha de morir.»

«El perro muerto, ni muerde ni ladra», decía aquel francote de Rodrigo Orgóñez, el amigo del pobre Adelantado Almagro.

(1) ¡Gran virtud el silencio y el secreto para la casta de Pero Mudo! Ya de antiguo cuidaban más de él que de la vida; su fidelidad brillaba en el secreto. *Saepe tormentis pro silentio rerum immortui adeo illis fortior taciturnitatis cura quam vitae*, decía de los españoles Justino.

¡Secreto! Y consigo mismo reserva mental. «¡Calla!—dice Doña Urraca á Bellido Dolfos:—si es traición, y en mi querella,—excusará el no sabe-lla—la culpa de no excusalla.»

(2) Corneille, en su *Le Cid*, suprimió este vigoroso rasgo, así como lo más enérgico del diálogo precitado entre el conde Lozano y Peranzules. Dice en cambio:

«Mais, puisque c'en est fait, le coup est sans remède.»

¡Qué diferencia! Los héroes de Corneille son muy *civilizados*.

¡Cuánto cuesta someterse á ley no hecha carne, categórica y externa! «¡Cuánto cuesta el ser noble y cuanto el honor cuesta!», exclama Jimena. ¡Honor, «vil ley del mundo, loca, bárbara, ley tan terrible del honor»!

«¡Que un hombre que por sí hizo  
cuanto pudo para honrado  
no sepa si está ofendido!»

Son de oír en *A secreto agravio secreta venganza* (escena 6.<sup>a</sup> de la jornada III), los desahogos de D. Lope de Almeida contra esa ley. Es la tal ley un sino fatal, es la sociedad imponiéndose al individuo, dissociado de ella en espíritu, no diluido en el nimbo colectivo; es ley *externa* la que engendra el concep-tismo dilemático del pundonor. Es anarquismo moral bajo el peso de absolutismo social.

Esta ley y este sentimiento del honor tuvieron su vida, y no es muy hacedero raspar de ellos el barniz caballeresco francés para discernir qué cualidades castizas y peculiares acompañan al honor castellano. La sistematización del honor, la caballería, es, como tantas sistematizaciones y pulimentos, de origen francés. ¡Cuánto más caballeresca la *Chanson de Roland* que nuestro viejo y sobrio *Cantar de myo Cid*, no libre, sin embargo, de influjo francés! En aquélla aparece la *loi de chevalier*, y Sancho debajo del Cid, que en su querrela con los infantes de Carrión se cuida mucho de los haberes que le han llevado, porque «esso me puede pesar con la otra desonor» (verso 2913).

Estaban los nuestros muy ocupados con los moros para esas caballerías, mas al desembarazarse de ellos derramáronse por esos mundos de Dios (1), y á la postre entró el ca-

(1) «Y por cierto no vi en mis tiempos ni lei que en los passados vi- niessen tantos cavalleros de otros reinos y tierras estrañas á estos nues- tros reinos de Castilla y de León por hazer armas en todo trance, como vi que fueron cavalleros de Castilla á las buscar por otras partes de la christiandad... Y fué informado que el capitán francés ó el italiano tenia

ballerismo en España, y tomó fuerte arraigo. Nuestros caballeros metieron las manos hasta los codos en aquello que llamaban aventuras. Fué aquí exagerado al punto de los Amadis y demás de su linaje, y en la vida real al de Suero de Quiñones, y al de los desafíos de Barleta. San Ignacio veló las armas y se hizo caballero *á lo divino*. El caballerismo dió nuevo barniz al Cid, á Bernardo del Carpio y á otros héroes legendarios. Los franceses nos dieron Rolando, como nosotros á ellos Gil Blas.

Mas siempre fué aquí el honor más macizo y brutal, más natural y plebeyo, y más sutil que delicado al querer refinarse. Fué siempre aquí cada cual más hijo de sus obras y padre de su honor (1), debido éste más á naturaleza que á gracia, al brazo que al rey; honor menos de relumbrón y parada, más *positivo*, más apegado á sus raíces. En la francesada, no era el fin de los españoles—decía G. Pechio—la gloria, sino la independencia, que á haberse batido por el honor habriase acabado la guerra en la batalla de Tudela. Y á Stendhal le parecía el único, *le seul*, pueblo que supo resistir á Napoleón absolutamente puro de honor estúpido, *bête*, de lo que hay de estúpido en el honor. (*De l'Amour*, cap. XLVII.) No hay aquello de

---

entonces por muy fornescida la esquadra de su gente quando podía aver en ella algunos cavalleros castellanos, porque conoscia dellos tener esfuerço y constancia en los peligros más que de las otras naciones. Vi también guerras en Castilla, y durar algunos tiempos; pero no vi que viniessen á ella guerreros de otras partes. Porque assi como ninguno piensa llevar hierro á la tierra de Vizcaya, donde ello nace bien, assi los estrangeros reputaban á mal seso venir á mostrar su valentia á la tierra de Castilla, do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones della que la suya será poco estimada.»

Hernando de Pulgar, en el título xvii (Rodrigo de Narváez) de *Los Claros varones de España*.

(1) «Señor, bien sé que vuestra señoría es muy buen caballero y que sus padres lo fueron también, pero yo y mi brazo derecho, á quien ahora reconozco por padre, somos mejor que vos y todo vuestro linaje», decía un capitán á un caballero, según nos lo cuenta, en el cap. xvi de su *Examen de Ingenios*, el Dr. Juan Huarte.

«*tirez les premiers, messieurs les anglais*», porque sabemos bien que el que da primero da dos veces, aunque no quite lo cortés á lo valiente. Son nuestros caballeros más brutales y menos amadados, menos tiernos (1) en derretimientos, más fastuosos y guapos que elegantes y finos, menos dados también á la sensiblería *ginecolátrica*. «Dios, Patria y Rey», es la divisa de los nuestros, más bien que «*Dieu, l'honneur et les dames*». Cuando más la dama, no *les dames*; el fondo de Amadís es su casta fidelidad á Oriana, virtud que brilla también en Don Quijote. ¡Desgraciada la mujer cuando la hacen ídolo!

En el fondo del caballerismo francés aparecen barones feudales, aquí reconquistadores del suelo patrio.

## V

En sociedades tales el más íntimo lazo social es la religión, y con ella una moral externa, de *lex*, de mandato, que engendra casuismo y *métodos* para ganar el cielo. De todos los países católicos, acaso haya sido el más católico nuestra España castiza.

El catolicismo dominicano y el jesuítico, son tan castellanos como italiano el cristianismo franciscano. *Una fe, un pas-*

(1) En la *Chanson de Roland* á cada paso lloran los héroes, y aun se desmayan de *tendrur*. En cierta ocasión cien mil franceses de una vez (verso 2932). A los caballeros franceses es á los que sobre todo se aplica lo que decía Flaubert (*Madama Bovary*) «bravos como leones, dulces como corderos, virtuosos como no se es, bien puestos siempre y que lloran como urnas». A nuestro buen maese Nicolás, el barbero, le gustaba más Galaor que Amadís, «porque no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano».

tor, *una* grey, unidad sobre todo, unidad venida de lo alto, y reposo además, y sumisión y obediencia *perinde ac cadaver*.

Este pueblo de las disociaciones y los contrastes se acomodaba bien á afirmar dos mundos, un Dios y un Diablo sobre ellos, un infierno que temer y un cielo que conquistar con la libertad y la gracia, ganando al Dios misericordioso y justo. Fué éste pueblo de teólogos, cuidadosos en *congruir* los contrarios; teólogos todos, hasta los insurgentes, teólogos del revés los librepensadores. En la teología no hay que desentrañar con trabajo *hechos*, sino combinar proposiciones dadas, es asunto de «agudeza de ingenio», de intelectual. De esta casta brotaron los principales fautores de Trento, y los llamados *Dominicanes*, la Orden de Predicadores que se estrenó *contra* los albigenses, y la *Milicia* de Jesús más tarde. Un portugués, el impetuoso San Antonio, fué el que primero peleó contra herejes en la Orden de paz y de tolerancia del pobrecito de Asís.

Que las castizas guerras de nuestra edad del oro fueron de religión... Esta era el lazo social, y la unidad religiosa forma suprema de la social. Para demarcar, por vía de remoción, la unidad nacional, se expulsó judíos y moriscos y se cerró la puerta á luteranos, por «sediciosos, perturbadores de la república (1)». Ordenes militares religiosas se fundaron en

---

(1) Durante la Reconquista no habia empeño alguno en convertir á los moros, con los que se entendian no mal los cristianos. El Cid del *Cantar* jamás piensa en tal cosa, pelea con ellos para ganarse el pan (verso 673), y al no poder venderlos considera que nada gana con descabezarlos (versos 619-620). Así es que le bendicen y tiene entre ellos á su gran amigo «natural», Avegalvón. En la *Chanson de Roland*, por el contrario, procúpanse de destruir á los paganos, *paiens*, que siguen la ley de Mahoma, Apolo y Tervagán, y hacen de la guerra un juicio de Dios (verso 3670). En las canciones de gesta francesas, al conquistar una ciudad infiel, obligan, so pena de muerte á que se bauticen á sus habitantes todos, *ne seit ocis ó devient chrestiens*. (V. *Roland*, versos 102 y 3670, *Gui de Bourgogne*, versos 3063, 3071-74, 3436-38; *Huon de Bordeaux*, 6657-59, etc., etc.)

Donde resalta la diferencia es en la toma de Zaragoza por Carlo Magno, y la de Valencia por el Cid. Toma el emperador Zaragoza, y en-

España para la cruzada *interior* que reconquistara el propio suelo, y en ninguna parte más vivo el sentimiento de la hermandad entre el sacerdote y el guerrero que en el pueblo que dió tantos curas guerrilleros en la francesada. Guerras religiosas, sí, en cuanto el reino de la religión se extiende á este mundo, en cuanto institución para sustento de la máquina social y mantenimiento del orden y del silencio y de la obediencia á la *ley*.

Aquellas almas fueron intolerantes, no por salud y vigor, sino por pobreza de complejidad, porque no sólo tolera el débil y el escéptico sino el que en fuerza de vigor penetra en otros y en el fondo de verdad que yace en toda doctrina, puesto que hay junto á la tolerancia por exclusión otra por absorción. Temían las *malas doctrinas*, las ideas, porque eran éstas en ellos categóricas é impulsivas; temían más la «soberbia del espíritu» que la «concupiscencia de la carne»; por la razón temían haber de venir la caída. Mas ellos no razonaron su intolerancia como tal, que esto se queda para los que no la sienten.

---

tran sus soldados en mezquitas, *mahumeries*, y sinagogas, destruyendo ídolos, ¡ídolos en mezquitas y sinagogas!, porque Carlos cree en Dios y quiere hacer su servicio, *faire voelt sun servise*; llevan á los paganos al bautisterio, y al que se niega á hacer la voluntad de Carlos lo cuelgan, matan ó queman. Así bautizan más de cien mil «verdaderos cristianos», *veir chrestien* (versos 3660-3674).

¡Cuán otro el cuadro de la toma de Valencia!

«Quando myo Cid gañó á Valencia é entró en la çibdad  
 Los que fueron de pie cavalleros se fazen.  
 El oro é la plata ¿quién vos lo podrie contar?  
 Todos eran ricos quantos que allí ha.  
 Myo Cid Don Rodrigo la quinta mandó tomar.  
 En el aver monedado xxx mill marcos le caen;  
 E los otros averes ¿quién los podrie contar?»

(Versos 1212 á 1218.)

Y así continúa. ¡Cómo se ve que lo uno tiene de ficción imaginativa más, y más lo otro de historia concreta! Mas por debajo aparecen los hombres. Cierta es que los franceses no conocían á los moros como los castellanos.

Aquellos *conceptistas* concebían sus conceptos por exclusión y la religión como lazo social y base de unidad civil. Valía más, según el duque de Alba, conservar mediante guerra un reino arruinado para Dios y el Rey, que tenerlo, sin esto, entero, en provecho del demonio y de los herejes sus secuaces.

A la ley había que someterse por la fe, que era confianza sobre todo, confianza en que el Rey celestial no habría de negar una hora de arrepentimiento al que obedeciese, aunque no cumpliera sus mandatos. Paulo el ermitaño, se condena por desconfiar de su salvación,

« porque es la fe en el cristiano, que en sirviendo á Dios y haciendo buenas obras, ha de ir á gozar de él en muriendo »,

por querer que Dios le diga si se ha de salvar ó no; y Enrico el de los « latrocinios, cuchilladas, heridas, robos, salteamientos y cosas deste modo », el que mató treinta hombres y forzó seis doncellas, como « aunque es tan malo, no deja de tener conocimiento de la santa fe », sino que abriga esperanza siempre de que tiene de salvarse, esperanza no fundada en obras suyas,

« .....sino en saber que se humana  
Dios con el más pecador y con su piedad le salva »,

sálvase por acto de arrepentimiento, llevándole al cielo « dos paraninfos alados. » La misma concepción en el fondo que esta de *El Condenado por desconfiado*, de Tirso, es la de *La Devoción de la Cruz*, de Calderón. El genio oculto de la sociedad, su intraconciente providencia, dió codicia del cielo y terror al infierno á aquellos anarquistas. Donde Paulo, el ermitaño, al creerse condenado como el bandido Enrico, exclama:

« ¡si su fin he de tener  
tenga su vida y sus hechos! »

allí es donde adquiere, en virtud del contraste, plena significación el « aunque no hubiera infierno te temiera ». En el fondo



de aquellas naturalezas de un individualismo salvaje quedaba chispa de fe; poso de sumisión á una terrible ley externa, hado de la sociedad, á la que había que obedecer, mal que no se la cumpliera. A Sancho el socarrón le parecía un demonio «hombre de bien y buen cristiano,» al oírle jurar «en Dios y en mi conciencia», y concluía que «aún en el mismo infierno debe haber buena gente». ¡Respeto, respeto ante todo y horror al escándalo! «Gracias á Dios, todo está tranquilo en los Países Bajos», gracias á Dios y al Consejo de sangre.

La religión cubría y solemnizaba. Para que les enseñaran «las cosas de nuestra santa fe católica» *encomendaban* indios á los aventureros de América. ¡Extraña justificación de esclavitud! Y allá, en aquellas mismas tierras de nuestra castiza epopeya viva, vírgenes de policia, donde se desenfrenaban las pasiones, cuando Pizarro, Almagro, y el maestrescuela Luque hicieron convenio de repartirse la presa de la conquista del Perú, aportando el último, socio capitalista, 20.000 pesos, y su industria los otros dos, entonces cierran el trato en Misa celebrada por Luque, en que comulgaron los tres de una sola y misma Hostia. ¡Qué de miserias irreligiosas brotaron de este solemne y consagrado trato!

---

Afirmaba el alma castellana castiza con igual vigor su individualidad, *una* frente al mundo vario, y esta su *unidad* proyectada al exterior; afirmaba dos mundos y vivía á la par en un realismo apegado á sus sentidos y en un idealismo ligado á sus conceptos.

Intentó unirlos y hacer de la ley suprema ley de su espíritu, en su única filosofía, su mística, saltando de su alma á Dios. Con su mística llegó á lo profundo de la religión, al reino que

no es de este mundo, al manantial vivo de que brotaba la ley social y á la roca viva de su conciencia.

En ninguna revelación del alma castellana que no sea su mística se entra más dentro en ella, hasta tocar á lo eterno de esta alma, á su humanidad; y en ninguna otra tampoco se ve más al desnudo su vicio radical que en la pseudo-mística, en los delirios del *alumbrismo* archi-sensitivo y ultra-intelectivo, en aquel juntar en uno la unión sexual y la del intelecto con el sumo concepto abstracto, con la nada.

Por su mística castiza es como puede llegarse á la roca viva del espíritu de esta casta, al arranque de su vivificación y regeneración en la Humanidad eterna.

MIGUEL DE UNAMUNO.

## RECUERDOS

---

**E**stos recuerdos son casi una confesión general, y pues de confesiones se trata, debo confesar una culpa ó debilidad de fecha bien reciente, que sobre el alma tengo y que modestamente descargo en este profano tribunal de mortificación y penitencia.

Empecé á dictar estos artículos por complacer á mi buen amigo el Director de LA ESPAÑA MODERNA: los empecé contra mi voluntad: seguí dictándolos por deber y compromiso, y hoy, sin embargo, es de todos los trabajos que llevo á la par el que más me entretiene, el que más á gusto hago, el único en suma que me proporciona algún placer. En él no pongo ni combinaciones más ó menos ingeniosas, ni vanidades literarias más ó menos justificadas, ni esperanzas de éxito, ni estímulos de lucro. Dicto natural y espontáneamente, á manera de conversación conmigo mismo, y esto en cierto modo es vivir por vez segunda toda mi vida anterior.

Ni tengo plan, ni me dirijo á un fin: al acabar un párrafo no sé lo que diré en el párrafo siguiente: ante mi vista cruzan, y al pasar los cojo, una serie de cuadros disolventes sin concierto ni armonía, ni orden siquiera de fechas.

Mis recuerdos del Instituto de Murcia se mezclan á mis recuerdos de la Escuela de Caminos, y salto cien veces de una

á otra época, y cien veces recorro el mismo camino, como perro que al acompañar á su amo anda y desanda cien veces lo andado describiendo curvas, lazos y laberintos.

Sobre todo, que nadie me pida fechas por que no podría darlas: sólo sé que me llevaron á Murcia á los comienzos de la primera guerra civil; que al poco tiempo de volver á Madrid hubo tiros por las calles, y que al año siguiente ó poco menos de acabar mi carrera se sublevó O'Donnell en el Campo de Guardias.

Con estos datos reconstruya y ordene el lector, si puede, la cronología de mis recuerdos. Como se revuelven en mi memoria las fechas de mi vida con las fechas de sucesos políticos, se revuelven también con las fechas de mis recuerdos teatrales. Puedo decir los estrenos que he visto: el resultado de esos estrenos: lo que sobre de ellos opinó la crítica, pero nunca logro puntualizar una época.

Presencié estrenos de Ayala, de Tamayo, de García Gutiérrez, de Hartzenbusch, de Eguílaz, de Rubí, de Bretón de los Herreros, de Serra y de todos los escritores notables que por entonces abastecían el teatro; ¿pero cuándo fueron estos estrenos? He aquí lo que yo no puedo precisar. Mis recuerdos son traviosos y voluntariosos, con más, desmemoriados.

Recuerdo, por ejemplo, el estreno de *La Cruz del Matrimonio*, de Eguílaz, que es de época muy posterior á la que iba relatando en mi artículo precedente, y como en este drama se habla *de un niño*, mi memoria de pronto da un salto atrás, y me encuentro niño otra vez y en Murcia, y precisamente *con un vestido verde oscuro* que fué la desesperación de mi infancia.

Era muy ancho, tenía muchos pliegues y adornos, y los calzones estaban cosidos á la chaquetilla; quiero decir, que calzones y chaqueta formaban una sola pieza. Pues bien, jamás he sufrido mayores tormentos, que los que sufría al meterme en aquel saco ó en aquella armadura infantil; jamás he visto invención más diabólica. El sería elegante, hasta lujoso y de moda por de contado; pero aquella unidad brutal y artificioso-

samente obtenida entre los calzones y el cuerpo amargaron mi existencia, mientras el infernal traje no quedó vencido, y roto, y desecho, y desechado.

Todavía tengo presente el último día que me lo puse y el momento en que me lo quité para siempre: esta fué mi más gloriosa emancipación y una de mis mayores alegrías.

Si mal no recuerdo, coincidió el memorable suceso con la caída de los moderados y de María Cristina y con el triunfo de los progresistas y la regencia de Espartero.

Yo creo que esto ha debido influir mucho en mis ideas políticas. *El traje verde de una pieza*, aquel traje en que no sabía qué meter antes, si los brazos, en cuyo caso ya no podía meter las piernas, ó si éstas, con lo cual era difícilísimo introducir los brazos por sus mangas correspondientes; aquel traje en que tiránicamente se unían y sujetaban los organismos más opuestos; aquel traje, que al ponérmelo me tiraba de un lado y me tiraba del otro, y me obligaba á doblarme y á retorcerme, buscando con mil sudores los enchufes de las extremidades; aquel malaventurado traje verde oscuro, con los ahuecadores de los brazos y los pliegues del pecho, y el número infinito de sus corchetes y su apretado cinturón, fué siempre para mí el símbolo de todas las tiranías, siempre se enlazó en mi imaginación al gobierno de los partidos reaccionarios, como su destrucción definitiva vino á unirse en las regiones de mi conciencia infantil al triunfo de Espartero en España, del marqués de Camacho en Murcia y de mi propia persona en mi casa; momento de sublime independencia, en que yo pisoteaba el vencido *traje verde de una pieza*, como el esclavo pisotea sus cadenas. ¡Por eso he amado tanto la libertad!

\*  
\* \*

Estos recuerdos traen otro que he de consignar, porque pinta lo que era la política en aquella época, la pasión que en

ella dominaba, la feroz energía de aquellos hombres; pero á la vez su carácter noble y valeroso.

No; estos tiempos no se parecen á aquéllos. Hay más cultura, pasiones mejor disciplinadas, sentimientos más encauzados, mayor imperio para la razón; pero lo que la razón ha ganado, quizá la voluntad vigorosa lo ha perdido.

Después de todo, yo prefiero estos tiempos á aquellos otros de que voy á dar una muestra y á recordar un caso; pero lo mejor no es siempre lo más artístico.

Eran los últimos días de la regencia de María Cristina, y la política andaba muy revuelta, las pasiones enardecidas hasta el rojo y los esparteristas ó ayacuchos dispuestos á sublevarse; verdad es que para eso siempre estaba dispuesto cualquier español de entonces.

El jefe político de Murcia era un hombre de grandes cualidades, pero de una energía salvaje en ocasiones, á saber: cuando la sangre aragonesa le empezaba á bullir en las venas por la excitación de la lucha.

Tenía talento, ilustración y una honradez á prueba; pero era uno de los jefes políticos de más energía y de más puños que tuvo el partido moderado.

Comprendió que se le iba á pronunciar el marqués de Camacho por Espartero al frente de los huertanos, y tomó sus precauciones para atajar el pronunciamiento.

Fué una de ellas la publicación de un bando formidable. Se prohibían los grupos en la vía pública, se prohibía llevar armas, hasta se prohibía llevar bastones, y la pena contra los contraventores era de una uniformidad perfecta y de una sencillez primitiva, aunque grandemente eficaz: *el fusilamiento*. Porque en aquellos instantes el jefe político lo dominaba todo, y todo lo absorbía, según las instrucciones que al efecto había recibido y la confianza que en él había depositado el gobierno.

Disponía de la fuerza pública, disponía de los tribunales y hasta ejercía funciones legislativas, como se vió al publicar el Código penal de que queda hecho mérito.

Cuando mi padre, que era médico, y que usaba como todos los de la profesión bastón de caña de indias, con puño de oro y borlas, se enteró de que le prohibían salir á la calle con su bastón profesional, montó en cólera, y empuñándolo con aire de amenaza, se fué á ver al jefe político, que era gran amigo suyo, como paisanos que eran y compañeros que habían sido en los años juveniles.

Allá se vieron frente á frente los dos aragoneses, con su geniazo cada cual, protestando mi padre y tratando de vencerle su paisano con blanduras que en él no eran frecuentes.

Según luego supe, porque así lo oí contar en mi casa, le dijo el jefe político que las circunstancias eran extraordinarias, que las órdenes recibidas de Madrid eran tremendas, que él estaba dispuesto á cumplirlas y á contener de cualquier modo que fuese el pronunciamiento. Que era indudable el derecho de mi padre á usar su respetable bastón de borlas, pero que siendo como eran duras y terminantes y hasta feroces las instrucciones que había dado á los agentes de la autoridad, se exponía mi padre á un grave disgusto si seguía con su tema.

Concluyó el discurso dándole un abrazo, diciéndole dos ó tres frases cariñosas y quitándole el bastón. Con esto y con llamarse « ¡paisano!, ¡ayacucho!, ¡salvaje! y ¡mal genio! », terminó la discusión, y se fué mi padre á la calle después de asegurar al feroz gobernante que no saldría con vida de Murcia, como estuvo á punto de suceder.

Estos no son más que los prolegómenos del suceso, que el suceso fué el siguiente:

Pasó por delante de casa un pobre hombre del pueblo, con una varilla de ginjolerero, más corta que un bastón ordinario y del grueso del dedo meñique: ni era arma, ni era bastón, ni palo, ni otra cosa que una ramilla insignificante.

Pues bien; dos horas después aquel pobre hombre pasaba otra vez por delante de casa, pero en el centro de un piquete de tropa, con cara estúpida de asombro y de terror, y con un

sacerdote al lado, que hecho un mar de llanto, le ayudaba á bien morir.

Esto lo he visto yo. ¿Hubo ánimo de fusilar á aquel desdichado, ó sólo se pretendía con el tremendo espectáculo aterrar á la población?

Posible es esto último; pero los tiempos eran de grandes pasiones y de grandes ferocidades.

Pasó el piquete, como digo, con el hombre del ginjolerero y el sacerdote por la Plaza de las Cadenas, y una guardia de nacionales de no sé qué edificio público acometió á la tropa pretendiendo salvar al prisionero. De aquí resultó una rápida lucha, sonaron algunos tiros y prisioneros quedaron también los nacionales.

Juró por la Virgen del Pilar el jefe político que había de fusilarlos á todos al amanecer, y noche fué de suprema angustia para toda la población. El Obispo, las personas más influyentes aún del mismo partido moderado, las señoras en masa, todo el mundo fué á pedir indulto al jefe político, sin lograr ablandarle.

No sé si lo hubieran conseguido, porque hombre honrado lo era, y no era sanguinario por capricho; pero entendía el principio de autoridad como se entendía en aquellos tiempos, sobre todo como lo entendía el partido moderado.

Por fortuna para todos, á las altas horas de la noche llegó un correo de gabinete anunciando la abdicación de María Cristina y el gobierno de Espartero, y ordenando que el jefe político entregase el mando de la provincia al marqués de Camacho.

Así lo hizo; pero cuando le aconsejaron que se escondiese, rechazó indignado el consejo y volvió á jurar por la Virgen del Pilar, que á las doce del día había de salir por las calles principales de Murcia y públicamente, para tomar la silla de posta en las afueras de la población.

Era condenarse á una muerte casi segura, porque con la atrocidad del día antes los ánimos estaban excitadísimos y á



punto de sangre. «Hay que matarle, hay que matarle», era la voz que corría por todas partes. Diez ó doce mil huertanos, los contrabandistas de Algezárez, toda la milicia de Alguazas, la huerta entera, un verdadero ejército africano con sus anchos zaragüelles, con sus cananas alrededor de la faja, sus mantas al hombro, su montera de capacete y sus fusiles y trabucos, llenaban las calles de la población: así lucía bajo un sol de fuego el formidable ejército del marqués de Camacho.

Por esta masa y por la masa de artesanos y gente baja y al frente de los nacionales, á los que el día antes había querido fusilar, se empeñó en atravesar el ex-jefe político, á las dos de la tarde, en carretela descubierta y á lo largo de la calle de San Antonio, para hacer su salida de Murcia con la dignidad y valentía que á un buen aragonés corresponde.

Sin duda pensaba aquello que García Gutiérrez puso algunos años más tarde en boca de uno de los personajes de sus comedias: «los valientes somos así, hoy te mato yo á ti, y mañana me matas tu á mí.»

Pues no hubo manera de convencerle, salió con sol alto, en carretela descubierta como había dicho, y entre amenazas é imprecaciones de la muchedumbre.

Para salvarle la vida no hubo más que un medio, meterse en la carretela el marqués de Camacho, y rodear el coche de los jefes más reputados y populares del partido esparterista.

Todos los pormenores que he referido, los oía yo contar en mi casa; pero al hombre de la ramilla de ginjolerero, al sacerdote llorando á su lado y al piquete de tropa, yo los vi, y aquel cuadro para siempre quedóse grabado en mis ojos. De esto respondo, lo demás lo refiero.

\*  
\* \*

Eran tiempos de enconadas luchas y á veces de luchas sangrientas; quizá aquella atmósfera influyó en mí no menos que

mi afición al teatro para dar á estas aficiones tinte dramático y aun trágico muchas veces.

Ya he dicho cómo trataban los moderados á los esparteristas, pues vaya otro ejemplo de cómo los odios políticos tomaban formas de venganza cuando la victoria en lucha franca era imposible.

Recuerdo que un día de carnaval, y los carnavales en Murcia por entonces eran animadísimos, paseaban alrededor de la glorieta dos máscaras sobre dos hermosos caballos, vistiendo ellas sendos trajes de contrabandistas y adornados ellos con ricas mantas de vistosos colores.

Al costado llevaban dos soberbios trabucos naranjeros, que en rigor completaban el traje y el adorno, pues mal se comprende contrabandista sin trabuco.

Así pasaron un rato, y luego se dirigieron hacia el puente cruzando por delante de un café, en cuyas mesas, puestas al aire libre aquel día, estaban los prohombres del partido moderado gozando del alegre espectáculo.

Cuando las máscaras llegaron al frente del café, se detuvieron un instante, levantaron los trabucos y apuntaron hacia el grupo de *cangrejos*, como entonces se decía. Reíase la gente, y aun los inocentes cangrejos se reían también, creyendo que era una farsa carnavalesca; pero no lo fué, que dispararon de pronto las armas los fingidos contrabandistas y una lluvia de balas, postas y demonios inflamados, vino á barrer todas aquellas mesas pacíficamente ocupadas momentos antes por los más insignes personajes del moderantismo regional.

Picaron espuela los dos máscaras, y á escape tendido salieron por el puente sin que nunca se pudiera averiguar quiénes eran.

Por fortuna, aunque hubo algunos heridos, nadie murió, y el crimen no llegó á consumarse por completo.

Y aquí se me ocurre abrir un paréntesis en serio. Allá va. Según las teorías modernas, dos clases de fuerzas influyen en la dirección que toman las actividades de toda persona y en el carácter que en ellas se determina.

De una parte, las fuerzas que pudiéramos llamar hereditarias; de otra, las influencias del medio ambiente. Y yo creo que esta teoría es perfectamente exacta, con tal que no se pretenda con ella ahogar las espontaneidades de cada ser, ni la libertad, que es la esencia del ser humano.

Pero, ¿quién ha de negar que en el hombre entran por mucho y en ciertos seres por su casi totalidad, las fatalidades mecánicas del mundo de lo inorgánico, y con ellas el elemento fisiológico, tan íntimamente enlazado con el elemento morfológico de cada organismo?

En el mundo físico, cada fenómeno sólo obedece á ambas leyes: la de la fuerza anterior, que pudiéramos llamar hereditaria, y la de la fuerza actual, que también pudiéramos llamar influencia del medio ambiente.

¿Por qué una masa material describe determinada curva? ¿Por qué en su trayectoria, y en cada instante se dirige en determinada dirección? Sólo por el concurso de ambas influencias: la anterior y la actual. Y la dirección que toma es, evidentemente, la de la resultante de ambas.

Así lo dice y lo demuestra la mecánica.

Un punto viene caminando en determinada dirección; y su masa, su velocidad, la línea según la cual camina, representan su pasado; lo que bien pudiéramos considerar como su historia y su herencia. Porque desde el origen de los tiempos trabajaron sobre el cuerpo determinadas fuerzas, por eso viene marchando con determinada velocidad y en determinada dirección. Y en esa dirección y con esa velocidad seguiría por los siglos de los siglos, si en el instante que consideramos una fuerza actual y presente no se apoderase del punto y no lo desviase, con más ó menos eficacia de su camino.

Esa fuerza actual y presente es lo que llamamos, con toda

propiedad, aunque aplicando la terminología del mundo biológico al mundo de la mecánica, influjo del medio ambiente.

Pues esto sucede con todos los seres vivos, y con el hombre por lo tanto.

La ley de herencia, las influencias pasadas, la fuerza viva que traía, pretenden llevarle en una dirección. Y como son influencias acumuladas de siglos y siglos en toda la serie de sus progenitores, representan una energía colosal para cada ser.

Pero el medio ambiente, ó sea la fuerza actual, y en ese medio ambiente entran las ideas, las costumbres, los vicios ó las virtudes de la sociedad en que vive, y hasta la educación que pueda recibir, le llaman y solicitan, por regla general en dirección distinta de aquella por la cual le va arrastrando su inercia y la energía cinética que en su organización lleva.

De este modo traza su trayectoria en la vida cada sér humano, como trazan en el espacio celeste los planetas sus cónicas colosales alrededor del sol como foco.

\*  
\* \*

Pero hemos dicho mal: otro factor hay que tener en cuenta; que, á no contar más que con los dos factores anteriores, la fatalidad mecánica se impondría al ser libre como á las masas planetarias, y, porque el hombre es libre, puede, no modificar ciertamente las leyes de la mecánica, pero sí aprovecharse de ellas para modificar su destino sobre la tierra.

Me importa, pues, expresar claramente mis ideas, por poco que mis ideas valgan; que sólo por ser ideas de un ser humano ya valen algo.

No, la trayectoria humana no es como la trayectoria de una piedra, ni siquiera como la trayectoria de un astro, que con ser tan grande tendrá montes y mares y volcanes, ó será

materia caótica, pero no tiene cerebro organizado, como lo tiene el diminuto ser, tan pobre y tan sublime, que se llama *hombre*.

En el organismo humano y sobre todo en el sistema nervioso, y más principalmente en el cerebro, domina una nota suprema: la inestabilidad química.

La materia al organizarse se aleja cada vez más de los compuestos estables—de equilibrio estable, quiero decir—y se aproxima cada vez más á los compuestos de equilibrio inestable. Esta es ley reconocida por todos, y es, quizá, una de las grandes características de la vida.

Si podemos servirnos de una imagen, diremos que el mundo inorgánico es un péndulo en posición natural; se le separa de ella, y con terquedad fatalista viene una y otra vez á buscar la vertical de equilibrio. Y ya se le separe á la derecha, ya se le separe hacia la izquierda, á la vertical viene siempre. Por eso se dice que su equilibrio es estable.

Pero en el mundo psíquico sucede lo contrario precisamente. El péndulo está en equilibrio, sí; pero hacia arriba: y un soplo, el aliento, menos que el aliento, la influencia más próxima á la nada, una millonésima de millonésima de fuerza, puede separarle de su posición; y puede separarle en uno ó en otro sentido; hacerle que caiga hacia la izquierda como los réprobos, ó hacerle que caiga hacia la derecha como los elegidos.

Pues bien; de una manera simbólica y esquemática, yo puedo decir que el protoplasma de la sustancia cerebral está compuesto de millones de péndulos archimicroscópicos, todos ellos ó una gran parte en posición invertida; todos ellos en equilibrio inestable; y que, en lo alto de esos péndulos está la idea iluminando á veces, á veces oscureciendo el horizonte moral, y está la voluntad con su querer libre, y está—si se me permite expresarme de este modo—el espíritu con su soplo divino para soplar hacia la izquierda y provocar la acción infame que se transmitirá por los nervios al órgano que mate-

rialmente ha de realizarla, ó para soplar hacia la derecha, hacia regiones en que el bien resplandece.

De suerte que las leyes de la mecánica se aplican fatalmente al ser humano; pero dijérase que al llegar al cerebro, el fatalismo, valiéndose de sus propias leyes, da una tregua al espíritu ó fuerza psíquica, y se presenta ante él desarmado, embotadas las energías brutales de la materia; se presenta, digo, en sistemas inestables, ó, como decía, Bonssinesq, en integrales singulares, para que la idea y la libertad rompan ese equilibrio cuando quieran y en la dirección que les plazca; porque en tales sistemas las leyes de la mecánica son neutrales ó están, por decirlo así, adormecidas.

Vemos, por lo tanto, que á los dos factores anteriores, á saber, la herencia y el medio ambiente, ha de agregarse otro tercer factor, á saber, la voluntad del ser libre iluminada por la idea, y que la voluntad, por lo tanto, modificará más ó menos la trayectoria fatalista; vemos que en la vida de un hombre podrá modificarla notablemente, y que en la vida de un pueblo ó de una raza, inspirados por nobles ideales, podrá transformarla casi por completo, dando á los descendientes cerebros dotados, por decirlo así, de mayor número de péndulos invertidos; para que más y más se ejercite en ellos la libre voluntad del espíritu.

Permitaseme que siga con esta imagen, que me parece gráfica y exacta.

¡Pobre salvaje! ¡En su cerebro casi todos los péndulos de la sustancia gris miraban hacia la tierra! Y hacia tierra caían si de la vertical se les separaba. ¡Cuán mezquino campo en que ejercitarse tenía su libertad!

¡Feliz, en cambio, el hombre moderno si el vicio, la perversión, ó el alcoholismo no han hecho que caigan todos los pendulillos del protoplasma! El progreso ha preparado en la sustancia gris de su cerebro ancho campo de sistemas inestables, que ha sido abrir ancho campo también á los nobles esfuerzos de su voluntad.

Y perdóneme el lector esta árida y empalagosa digresión. La encontré en mi camino, y no tuve valor para dejarla á un lado.

Y no es lo malo ésta, sino que otras vendrán, y presumo que han de interrumpir, de cuando en cuando, la serie de mis recuerdos.

Consuelo triste para mis lectores, que sólo escapan de metafísicas y abstrusas digresiones para caer en recuerdos insustanciales.

\*  
\* \*

Todo cuanto llevo dicho no tiene otro objeto que el de explicar—hasta dónde la explicación valga—mis tendencias hacia el género dramático propiamente dicho; mi afición hacia los desenlaces trágicos, el tono sombrío que algunas veces, aunque no todas, domina en mis obras.

¡Quién sabe si estos efectos serán debidos al ambiente en que se desarrolló mi juventud!

No era Murcia, por aquellos tiempos, la ciudad tranquila y apacible que ha sido siempre. No estaba, es cierto, en el centro de la guerra civil. Pero las influencias y los ecos de aquella lucha horrible y fratricida á todas partes llegaban. De combates, de sorpresas, de fusilamientos y de horrores se alimentaba la curiosidad pública. Más de una familia vestía de luto por el hijo que había muerto en la guerra, y aun ocasión hubo en que una importante facción—no sé si la de Palillos, ó la de Forcadell, porque en esto de nombres mi memoria es harto desdichada—amenazó seriamente la capital, y á impedir el atrevido avance de los carlistas tuvo que salir la milicia nacional de Murcia, ya que no había fuerzas de ejército regular que pudieran hacer frente al osado y temido cabecilla.

Fué una jornada tragi-cómica, que hizo reír y que hizo llorar.

Tenia mi padre, como discípulo, en su cátedra de Agricultura y Botánica, á uno de los jóvenes más ricos y más elegantes de Murcia.

Avanzado en ideas, entusiasta por la libertad y de grandes alientos morales, aunque no de grandes alientos físicos como la experiencia demostró, era el joven L.

Ya desde el principio de la guerra se había alistado como nacional. Más de una vez había lucido su uniforme en paradas y revistas; casi con gozo recibió la noticia del avance de los facciosos, y al romper la mañana salió gallardamente con sus compañeros en busca del enemigo, dispuesto á recibir heroicamente el bautismo de sangre.

Pasó el día; llegó la noche, más negra que de costumbre en aquella tierra de cielo siempre azul, y, á eso de las diez ó las once empezaron á cruzar las calles nacionales dispersos, que, por lo visto, venían en derrota.

Ello es, que por las puertas de mi casa entróse en lamentable estado el joven héroe de la madrugada anterior, rendido de fatiga, sin respiración casi, sin fusil por decontado, sin una parte del correaje, sin fuerzas para llegar á su propia casa—que estaba al otro extremo de la población—y sin voz siquiera para explicar los sucesos de la jornada.

Desplomado cayóse sobre la primera silla que encontró; y con flacas voces pronunció algunas palabras, entre las cuales sólo se le pudo entender que la derrota de los nacionales había sido completa, que él venía muerto y que traía mucha hambre.

Después de reanimado un poco, de beber un vaso de vino, y de devorar en silencio lo que se le pudo dar de comer, quiso referir pormenores de la acción. Pero la verdad es que no pudo darlos, porque él solo recordaba, que hasta las doce del día había estado caminando su batallón hacia adelante, y él con su batallón, y que desde entonces, hasta que llegó á las



puertas de Murcia, habían estado corriendo hacia atrás, con su batallón ó sin él, que esta circunstancia nunca pudo precisarla.

Lo único que se había fijado en su memoria—y esto de una manera confusa—es que hacia las cuatro de la tarde pasó á escape junto á ellos, es decir, junto á los que volvían huyendo, un colosal jinete que venía atravesando bancales y saltando acequias: era un nacional de caballería, boticario además de la plaza de San Bartolomé: hombre muy alto y muy flaco, montado sobre un caballo flaco y altísimo también; no había abandonado en aquella espontánea retirada su enorme lanzón con banderola, y, aun corriendo, no cesaba de gritar á los que encontraba: «Qué nos cortan, hijos, que nos cortan.» En rigor, dado el paso que llevaba y la longitud de las piernas de su caballo, no era fácil que nadie le cortase. Nadie le cortó, en efecto, que á las siete llegó á su botica sin haber perdido ni su dignidad ni su lanzón.

Hasta aquí la nota cómica; pero aquella jornada tuvo también su nota trágica. Siete jóvenes, de las principales familias de Murcia, á caballo todos ellos, se adelantaron al grueso de la milicia y acometieron á las avanzadas de la facción. Pero bien pronto se vieron envueltos por el enemigo: unos murieron en la refriega y los restantes fueron fusilados en el acto.

Muy niño era yo: pero recuerdo haber visto pasar, en una función cívico-religiosa, el carro fúnebre, no sé si real ó simbólico, de aquellas nobles víctimas de la idea liberal y de aquella guerra fratricida, cuyas cicatrices, abiertas una y otra vez lleva sobre sus carnes nuestra pobre España.

JOSÉ ECHEGARAY.

# GOYA

—

## CONCLUSIÓN DEL CATÁLOGO DE SUS OBRAS

### Casa de Goya.

Esta casa, situada en el camino bajo de San Isidro, pasado el puente de Segovia, era conocida por *La casa del sordo*, y estaba toda decorada por el artista propietario. Hace algunos años se trasladaron las pinturas, que estaban pintadas al óleo sobre las paredes, á lienzo. Una parte de ellas se halla hoy en el Museo del Prado, las restantes se llevaron al extranjero.

69.—Dos frailes viejos, con barba blanca; uno de ellos se apoya en un bastón.

70.—La Romería de San Isidro. Un grupo de gentes alrededor de un pobre que toca la guitarra.

71.—Judit y Holofernes. Una mujer con un cuchillo en la mano presenta la cabeza de Holofernes á una vieja, vista de perfil.

72.—Saturno devorando á sus hijos. Un viejo desnudo, con largo cabello y barba incultos, teniendo un niño cogido con las manos, del que se ha comido la cabeza.

72 duplicado.—Aquelarre de brujas. Varias viejas acurrucadas adorando á un macho cabrío vestido de fraile. A la derecha una joven sentada, con las manos metidas en un manguito.

73.—Una señora con mantilla, el velo echado, un pie apoyado en un ribazo, sobre el que hay una barandilla de hierro.

74.—Dos viejos comiendo sopas. Poco más que de busto.

75.—Visión. Sobre un cielo color de azufre dos figuras volando por el aire; una de ellas envuelta en una capa roja enseña á la otra una ciudad situada en una altura. En la parte inferior paisaje y algunos jinetes. En primer término dos soldados apuntando con los fusiles á los caballeros.

76.—Varios frailes y otras gentes marchando por un desfiladero.

77.—Dos mujeres riendo.

78.—Varios hombres agrupados oyendo á uno que lee un papel.

79.—La Riña. Dos vaqueros, uno frente á otro, pelean á garrotazos. A lo lejos se ve el ganado.

80.—Las Parcas. Están sentadas sobre una nube encima de las copas de los árboles. Una de ellas va á tirar al suelo un feto que tiene en la mano; otra se ríe, y la tercera mira con un lente al desdichado.

81.—Un perro nadando contra la corriente. Los números 73, 75, 76, 79 y 80, son los que se conservan en el Museo.

*Algunos de estos cuadros fueron grabados al aguafuerte por D. Eduardo Gimeno.*

#### Museo del Prado.

82.—Ataque del pueblo á los mamelucos en la Puerta del Sol el día 2 de Mayo. Ancho 3,45; alto 2,66.

83.—Fusilamientos verificados la noche del 3 de Mayo en la Montaña del Príncipe Pío.

*Estos dos cuadros han sido grabados al aguafuerte por D. José Galván.*

84.—Un picador de toros á caballo. Ancho 0,47; alto 0,56.

85.—El exortizado. Un sacerdote hace el conjuro al poseído, que se halla sentado en el suelo rodeado de muchas gentes.

Ancho 0,60; alto 0,48.

### Academia de San Fernando.

86.—Procesión del Viernes Santo.

Pasa la procesión por una calle. Sacerdotes llevan las andas de un Crucifijo y una Virgen de la Soledad. En primer término marchan, al lado de la comitiva, disciplinantes con las espaldas desnudas y caperuzas altas en la cabeza. Hacia la izquierda del espectador se ven algunas mujeres arrodilladas.

87.—El Tribunal de la Inquisición.

Vista de la sala del Tribunal en la que están sentados los familiares, y tres reos con corozas y sambenitos. Un juez desde la tribuna hace la acusación.

88.—Corrida de toros en la plaza de un pueblo.

El picador está en el acto de ejecutar la suerte. Varios toreros le rodean; en el fondo espectadores.

89.—El Patio de una casa de locos.

Están desnudos; unos sentados en el suelo y otros en pie entregados á juegos extravagantes.

90.—El Entierro de la Sardina, en la pradera del Canal de Manzanares.

Hombres y mujeres, vestidos de máscaras, bailando; otros sentados, ó en pie, contemplándolos. En el centro llevan un gran estandarte, con una caraza pintada en él.

*Estos cinco cuadros han sido grabados al agua fuerte por D. José Galbán.*

### Otros cuadros de costumbres y fantásticos.

91.—El bandido, conocido por el *Maragato*, amenaza al lego Fr. Pedro de Zaldivia con una escopeta, y éste le pre-

senta un par de zapatos. Están á la puerta de la casa del sobreguarda. El ladrón tiene calzones de ante y chaquetilla azul. Ancho 0,37; alto 0,28.

92.—Fr. Pedro agarra la escopeta del *Maragato*. Tres hombres asoman á la puerta. Ancho 0,37; alto 0,28.

93.—Luchan el lego y el bandido á brazo partido para posesionarse de la escopeta. Por la puerta abierta se ve el campo y el caballo del bandido. Ancho 0,37; alto 0,28.

94.—Sale el malechor escapado fuera de la casa, y el lego, que se ha apoderado del arma, le dispara un tiro apuntando á las piernas. Detrás el caballo huyendo espantado. Ancho 0,37; alto 0,28.

95.—El *Maragato* caído en el suelo, y Fr. Pedro amenazándole con la culata de la escopeta. Ancho 0,37; alto 0,28.

96.—El bandido sentado en el suelo, visto de espaldas, y el lego de rodillas á su lado atándole los brazos á la espalda con una cuerda. A lo lejos se ven cuatro hombres que vienen en ayuda del lego; uno de ellos enarbola un palo en la mano. Ancho 0,37; alto 0,28. (Pintados los seis en tablas de pino.)

*Ignoro el paradero de estos cuadros, que hace muchos años tuve ocasión de ver y de tomar los apuntes que acompañan.*

97.—Una especie de sayón, arrodillado en el suelo, sujeta á una mujer que está echada, medio desnuda y vuelta de espaldas. Al lado de la mujer llora un niño de pecho tirado en el suelo. Otro niño mayorcito trata de sujetar los brazos del sayón. Detrás, en pie, contempla la escena una especie de fraile que tiene un cuchillo en la mano. En el fondo se ven dos mujeres desnudas colgadas de árboles, por las piernas, con la cabeza hacia abajo. Ancho 0,37; alto 0,30. (Tabla.)

98.—En primer término una mujer, arrodillada, forcejea por desasirse de las garras de un hombre, que, en pie, detrás, trata de sujetarla, agarrándola por el pelo y por un brazo. Un niño llora y grita, agarrado á la mujer. Detrás, entre tres hombres, llevan á cuestas á una mujer muerta, desnuda, y apenas cubierta por un paño. Ancho 0,37; alto 0,30. (Tabla.)

*Hace también muchos años que vi estos cuadros, y otros dos compañeros, en casa de un tratante en pinturas. Creo que entonces pertenecían á D. Constantino Ardanaz. De los dos que no describo, sólo recuerdo que uno de ellos representaba unos frailes echando libros y papeles en una hoguera.*

99.—La Misa de parida.

Una joven, arrodillada delante del altar, teniendo en brazos al recién nacido. El sacerdote, visto de espaldas, dice la misa. La concurrencia está arrodillada.

100.—El Globo.

Gentes, á pie y á caballo, corren siguiendo la dirección de un globo que marcha por el aire.

101.—Capricho.

Un burro, un toro y un elefante atraviesan el espacio lleno de globos.

*El dueño de estos tres cuadros lo era el pintor D. Federico de Madrazo.*

102.—El Incendio.

Multitud de gentes huyendo de unas casas que se queman.

103.—El Teatro ambulante.

Una barraca, delante de la que hay un arlequín y otros cómicos; algunas gentes en pie les están mirando.

104.—Robo de un coche.

Salteadores deteniendo á varios pasajeros.

105.—Una inundación.

*Estos cuadros, pintados en hoja de lata, pertenecieron á la colección formada por el conde de Adanero.*

106.—Fabricación de balas en la sierra de Mallén. Ancho 0,52; alto 0,33. (Tabla.)

Campesinos en el interior de un bosque fabricando balas para lo que se auxilian de una hoguera.

107.—Fabricación de pólvora en la sierra de Mallén. Ancho 0,52; alto 0,33. (Tabla.)

Unos hombres machacan salitre, otros cargan con cajones; un caballero, vestido de negro, parece dirigir la operación.

*Estaban estos cuadros en la Casita del Príncipe en El Escorial.*

108.—Ataque del pueblo de Madrid á los mamelucos el día 2 de Mayo.

*Boceto del cuadro del mismo asunto que está en el Museo; perteneció á D. Valentín Carderera y hoy á la Sra. Duquesa de Villahermosa.*

109.—Baile de máscaras. En primer término destaca una maja que baila con un hombre vestido caprichosamente con capucha y holgados pantalones. Detrás se ven otras parejas. Ancho 0,38; alto 0,30.

*(Pertenece á la Sra. Duquesa de Villahermosa.)*

110.—Baile campestre.

111.—Merienda en el campo.

Un pobre que pasa pide limosna á la reunión.

112.—Boceto para el cuadro de San Francisco el Grande, con algunas variantes.

113.—Otro boceto para el mismo cuadro, cuya variante consiste en que falta el retrato de Goya.

114.—La Misa de parida.

Repetición, en menor tamaño, de la que poseía D. Federico de Madrazo.

*Incluyo los cinco cuadros anteriores, citados en el catálogo de M. Iriarte, como pertenecientes al Sr. Marqués de la Torre-cilla, pero no los he visto.*

115.—La Cucaña.

*Tampoco conozco éste, que fué propiedad del marqués de Selva Alegre.*

116.—Las Manolas al balcón.

Dos señoras, con mantillas blancas, sentadas tras de la barandilla de un balcón. Detrás de ellas dos caballeros. (Figuras del tamaño natural.)

117.—Repetición del cuadro anterior, que poseía el duque de Montpensier. *(No lo he visto.)*

118.—Otra repetición del mismo cuadro, que poseía D. José de Salamanca. *(Tampoco la he visto.)*

119. — Una Feria. Ancho 2,00; alto 1,50 (aproximadamente).

*Cuadro con figuras pequeñas, que perteneció á D. Juan Pérez Calvo.*

120.—Interior de una iglesia.

Es muy oscura, y está llena de fieles arrodillados delante de un sacerdote.

*Vi este cuadro en una almoneda de ellos.*

121.—Una Escuela de niños.

Uno de los muchachos es castigado con azotes por el maestro, y los demás contemplan la corrección.

*Era propiedad de un señor canónigo de la Colegiata de la Granja, cuyo nombre ignoro.*

122.—Un niño y una negrita tiran de la falda á una mujer anciana que se agarra á un hombre, del que no se ve más que el hombro y un brazo.

123.—Una joven elegante hace rabiar á una anciana, que parece la misma del cuadro anterior, y ella le presenta una cruz como para ahuyentarle. Ambos cuadros están firmados en 1795.

*Pertenecen á doña Carmen Berganza de Martínez, en Torrejón de Velasco.*

124.—Cueva de bandidos. Ancho 0,21; alto 0,56.

Interior de una caverna, á través de cuya boca se ve el cielo; los bandidos duermen.

125.—Bandidos fusilando un grupo de hombres y mujeres; una de éstas trata de defender á un niño con su cuerpo. Ancho 0,21; alto 0,56.

126.—Hospital de pestíferos. Ancho 0,21; alto 0,56.

Los enfermos están tendidos en el suelo; los enfermeros toman precauciones para evitar el contagio.

127.—Varias mujeres reunidas en una habitación; las ilumina una vela que tiene una de ellas en la mano. Ancho 0,32; alto 0,40.

128.—A la entrada de una gruta un malvado asesina á una



mujer medio desnuda que se halla tendida en el suelo; él está arrodillado delante. Ancho 0,32; alto 0,40.

129.—En el interior de una gruta, un bandido asesina á una mujer que tiene atada á una roca. Ancho 0,32; alto 0,40.

130.—Dos bandidos desnudando á dos mujeres en el interior de una caverna. Ancho 0,32; alto 0,40.

131.—Un fraile de coloquio con una señora. Ancho 0,32; alto 0,40.

132.—Goya y la duquesa de Alba (?). Ancho 0,32; alto 0,40.

*No he visto ninguno de estos nueve cuadros, que M. Iriarte señala como existentes en casa del Sr. Marqués de la Romana. Sospecho que el asunto del último sea una calificación arbitraria.*

133.—Los Toros en el arroyo. (Cobre.) Ancho 0,30; alto 0,40.

134.—Corrida de Toros. (Cobre.) Ancho 0,30; alto 0,40.

*M. Paul Lefort vendió en París estos cuadros, que adquirió en Madrid, y pertenecían á una preciosa colección compuesta de cuatro cobres más, representando lances de la lidia. Ignoro el paradero de estos cuadros, y no puedo describirlos porque hace muchos años que los vi.*

### Asuntos religiosos.

135.—La Virgen de los Angeles.

Fresco pintado en una de las cúpulas y sus correspondientes pechinas, en la iglesia del Pilar de Zaragoza. Pintado en 1780-1781.

*En la biografía de Goya, puesta al frente de la edición de los Desastres de la guerra, publicada por la Academia de San Fernando, se citan tres cuadros pintados para la capilla de Monte-Torrero. Como no los conozco, y aquella nota no da dato ninguno, no los anoto.*

136.—San Bernardino de Siena, predicando. Ancho 3,00; alto 4,80.

Está el santo subido en un montículo, y debajo, en pie á su alrededor, caballeros y frailes oyendo el sermón. En uno de los personajes del segundo término se retrató el autor. En el fondo, sobre una colina, se ve una ciudad. Pintado en 1782-1783 para una capilla de San Francisco el Grande, donde se conserva. Recibió el autor diez mil reales por esta obra.

137.—Jesús crucificado. Ancho 1,53; alto 2,55.

Fué pintado para la iglesia de San Francisco el Grande. Hace poco tiempo se veía en el Museo del Prado.

138.—Decoración, al temple, de la iglesia de San Antonio de la Florida.

En la cúpula está representado San Antonio resucitando á un muerto. En las cuatro pechinas, niños sobre nubes, sosteniendo cortinas. Detrás del altar mayor, en la parte alta, gloria y concierto de querubines. En las bóvedas y tímpanos serafines sosteniendo cortinajes. Pintado en 1798.

*Estas pinturas han sido grabadas al aguafuerte por D. José Galbán.*

139.—Sacra Familia.

*Se conserva en el Museo del Prado.*

140.—La Comunion de San José de Calasanz. Ancho 1,80; alto 2,50. Pintado en 1820 para la iglesia de las Escuelas Pías de San Antonio Abad, en donde se conserva.

141.—La Concepción.

142.—San Bernardo.

143.—San Benito.

144.—San Raimundo.

*Estos cuatro cuadros, con figuras del tamaño natural, fueron pintados el año de 1784 para el Colegio de Calatrava de la Universidad de Salamanca, donde se hallan.*

145.—La Muerte de San José. Ancho 1,60; alto 2,20.

El santo está echado en el lecho, y á su lado, en pie, Jesús á la derecha, y á la izquierda la Virgen.

146.—San Bernardo y San Roberto. Ancho 1,60; alto 2,20.

Están los santos bautizando á un hombre arrodillado, que se apoya en una muleta.

147.—Santa Lutgarda. Ancho 1,60; alto 2,20.

Está arrodillada en oración delante de un crucifijo. A sus pies hay un ramo de azucenas.

*Estos cuadros debieron ser pintados en 1787, para la iglesia del convento de monjas de Santa Ana, en donde se ven, en Valladolid.*

148.—San Francisco de Borja despidiéndose de su familia.

Está el santo en la escalera de un palacio, abrazado á un caballero. Una señora y un paje lloran; otras varias personas dan muestras de tristeza.

149.—San Francisco de Borja auxiliando á un moribundo.

Este se halla en la cama y convulso, medio desnudo, mal cubierto por una manta. El santo, en pie, al lado de la cama, le presenta un crucifijo, y detrás se ven unos diablos esperando el momento de arrebatarse la presa.

*En ambos cuadros las figuras son del tamaño natural. Fueron pintados en 1788, por encargo de la Condesa de Benavente, que pagó por los dos treinta mil reales. Fueron grabados por D. Vicente Pelegrer, el primero en 1805 y el segundo en 1807. Los dos cuadros se hallan en la catedral de Valencia, para donde fueron pintados.*

150.—San Francisco de Borja despidiéndose de su familia, Ancho 0,26; alto 0,37.

151.—San Francisco de Borja auxiliando á un moribundo. Ancho 0,26; alto 0,37.

*Estos dos cuadros son bocetos de los dos anteriores, y son propiedad del Marqués de Santa Cruz.*

152.—La Traición de Judas. Ancho 2,00; alto 3,00.

Judas se acerca á besar á Jesús, que se halla en el centro de la composición, rodeado de soldados y sayones. La escena está iluminada por la luz de una linterna.

*Este lienzo, que se halla en la sacristía de la catedral de Toledo, fué pintado en 1787.*

153.—Santa Justa y Santa Rufina. Ancho 1,75; alto 3,20.

Las santas están en pie, una junto á otra; tienen en las

manos cántaros y palmas. A la derecha se ve un león lamiendo los pies de una de ellas. En primer término, en el suelo, un ídolo roto; en el fondo la Giralda. Un rayo de luz que baja del cielo ilumina la escena.

*Fue pintado este cuadro en 1817 para la catedral de Sevilla, en donde se conserva.*

154.—Santa Justa y Santa Rufina.

*Este boceto del cuadro anterior le vi no hace mucho en una almoneda de cuadros. Ignoro su paradero actual.*

En 1775 escribía Goya á su amigo D. Martín Zapater: «Aquí tengo el San Cristobal, y al reverso te haré la Dolorosa;» parece como si se tratara de un estandarte; ni sé si lo pintó, ni, caso de hacerlo, dónde está. En Enero de 1787, decía al mismo sujeto: «La Nuestra Señora del Carmen te la haré, sin duda alguna, pero *ahora* no puedo ni perder un día.» En Mayo del mismo año le volvía á hablar del asunto: «Qué Virgen del Carmen te he de pintar tan *ermosa*.» Más adelante le vuelve á hablar de este encargo, pero siempre sin haberlo hecho. Ignoro si por fin lo hizo.

### Asuntos alegóricos.

155.—La Agricultura. (Medallón circular.) Diámetro 2,22.

Está representada por una matrona sentada, coronada de espigas, teniendo una manzana en una mano; á su lado un hombre le ofrece flores y frutas. Fondo de paisaje. En el cielo los signos de *Libra* y *Escorpión*.

156.—La Industria. (Medallón circular.)

Figurada por dos mujeres sentadas delante de devanaderas, con las que trabajan. El fondo parece taller de una fábrica, y se ven en él otras mujeres.

157.—El Comercio. (Medallón circular.) Diámetro 2,22.

Dos hombres, vestidos con trajes moriscos, se hallan sen-

tados escribiendo en una mesa. En el fondo otros dos hombres examinando un libro. En primer término se ven sacos de dinero y una cigüeña.

*Estos tres cuadros, pintados al temple sobre lienzo, el año de 1800, decoran la biblioteca del ministerio de Marina.*

158.—Alegoría.

Una matrona apoyada en el escudo de armas de la Villa de Madrid. A su lado un ángel sosteniendo un medallón, en el que se lee: «2 de Mayo». En la parte superior la Fama volando y tocando una trompeta.

159.—Emblema del Real Instituto militar pestalozziano.

En el centro el escudo de armas de España; delante de él un niño, vestido con el uniforme militar del Instituto, apoyado en un tablero, en el que hay dibujadas figuras geométricas; á la derecha dos niños sentados sosteniendo un tablero con cuentas aritméticas. En el fondo dos grupos de estudiantes, uno con el traje del Instituto, otro con el universitario. Un rayo de luz atraviesa el cuadro de izquierda á derecha. Debajo del escudo de armas se lee la fecha 1806, en que debió ser pintado este cuadro, cuyo paradero no he podido averiguar.

*Está grabado por Albuerne.*

160.—Apoteosis de la Música. Sobre unas peñas, por entre las cuales baja un arroyo, se ve una matrona sentada á cuyos pies y costado derecho hay tres niños desnudos, en el aire, uno con una trompeta en las manos, otro con platillos y otro con batuta, como dirigiendo la orquesta á cuyo compás canta un coro de muchachas. Detrás de la peña, escuchando, hay tres viejos. Ancho 3,38; alto 3,02.

161.—España escribiendo la Historia. La figura alegórica principal es una matrona que está en pie, con un libro pequeño en la mano derecha. El Tiempo, representado en un viejo con alas, la coge por la muñeca izquierda con ademán de llevársela. Delante hay otra mujer medio desnuda, sentada con un papel sobre las rodillas y una pluma en la mano. Ancho 2,45; alto 3,02.

*M. Iriarte dice que vió estos cuadros en Cádiz, muy restaurados, en casa de M. Shaw, cónsul de Austria. Se que actualmente los posee D. Luis Navas en la escalera de su casa, calle de la Lealtad, en Madrid. No los conozco.*

162.—El Tiempo descubre la Verdad.

*Este es un cuadro pequeño que vi no hace mucho en una almoneda de cuadros. Había pertenecido á D. Juan José Martínez Espinosa, y no sé á quién pertenece ahora.*

### Retratos.

163.—La Familia del infante D. Luis.

Están el infante y su mujer en el tocador de ésta, que viste peinador blanco; un niño y una niña juegan. Goya á un costado, pintando el cuadro.

*Fué ejecutado en Arenas de San Pedro el año 1783, y dieron por él al autor veinte mil reales, y una bata bordada de plata y oro para su mujer, que según él valía treinta mil reales.*

164.—El infante D. Luis de Borbón. (Medio cuerpo.) Está firmado, «Goya, desde las nueve á las once de la mañana, 11 de Setiembre de 1783».

164 bis.—Doña María Teresa de Vallabriga. (Medio cuerpo.) Firmado, «Goya, desde las once á las doce, 27 de Agosto de 1783».

165.—La Condesa de Chinchón. (En pie, de cuerpo entero.)

166.—El Cardenal Borbón. (Medio cuerpo.)

167.—El General Ricardos. (Cuerpo entero.)

*Grabado en busto por Blas Ametller.*

168.—El almirante Mazarredo. (Cuerpo entero.)

*Estos siete retratos se hallan en el palacio de los condes de Chinchón, en Boadilla del Monte.*

169.—El Conde de Floridablanca. Está en pie, y Goya enseñándole un cuadro; detrás el secretario del conde, y en el

fondo, puesto en un caballete, un retrato de Carlos III. Pintado en 1783.

170.—La Excma. señora doña María Pontejos, condesa de Floridablanca. (Cuerpo entero.)

*Los dos cuadros anteriores figuran en casa del señor marqués de Miraflores.*

171.—D. Pedro Alcántara Téllez Girón, duque de Osuna. (Medio cuerpo.)

172.—Doña María Josefa Pimentel, condesa de Benavente. (Medio cuerpo.)

173.—El duque de Osuna.

Está en pie, en el campo, leyendo una carta, apoyado en un ribazo; en traje de montar, con la cabeza descubierta y el sombrero al lado.

174.—El general Urrutia.

En pie, vestido de uniforme; tiene en la mano izquierda el sombrero y el bastón, y en la derecha un antejo. En el fondo peñascos, y á lo lejos una ciudad á la falda de un monte.

*Pintado en 1799. Grabado por Blas Ametller.*

*Los cuatro anteriores retratos pertenecieron á la casa de Osuna.*

175.—D. Carlos Gutiérrez de los Ríos, duque de Fernán Núñez. (En pie, de cuerpo entero.)

176.—Doña Vicenta Solís, duquesa de Montellano. (En pie, de cuerpo entero.)

177.—El rey Carlos III.

En traje de caza, con un perro blanco echado á sus pies.

*Pertanecen los tres cuadros anteriores á la casa de Fernán Núñez.*

178.—La familia de Carlos IV. Ancho 3,36; alto 2,80.

En el centro están los reyes Carlos IV y su esposa María Luisa, en pie, teniendo ésta de la mano al infante D. Francisco, y al lado á la infanta, niña, María Isabel. A la izquierda del espectador el príncipe de Asturias Fernando; su mujer María Antonia; el infante D. Carlos, y doña María Josefa, hermana del rey. Detrás de este grupo se ve á Goya ocupado

en trasladar la escena al lienzo. A la derecha el infante D. Antonio; el príncipe Luis de Parma; María Luisa su mujer, con un niño de pecho en los brazos; y la infanta doña Carlota Joaquina. En el fondo del salón donde están se ven colgados algunos cuadros.

*Pintado en 1800.*

179.—El infante D. Francisco, de niño. Ancho 0,60; alto 0,74.

*Estudio de medio cuerpo para el cuadro anterior.*

180.—El infante D. Carlos María Isidro. Ancho 0,60; alto 0,74.

*Estudio en busto para el mismo cuadro.*

181.—El príncipe de Parma. Ancho 0,60; alto 0,74.

*Busto, estudio para el mismo cuadro.*

182.—El infante D. Antonio de Borbón. Ancho 0,60; alto 0,74.

*Estudio en busto para el mismo cuadro.*

183.—La infanta doña María Josefa, hermana de Carlos IV. Ancho 0,60; alto 0,74.

*Estudio en busto para el mismo cuadro.*

*Estos cinco estudios para el cuadro de los retratos de la familia Real, tienen por fondo el rojo de la imprimación del lienzo.*

184.—El rey Carlos IV. Ancho 1,26; alto 2,02.

Está en pie, vestido de coronel de Guardias de Corps.

185.—La reina María Luisa. Ancho 1,26; alto 1,99.

En pie, vestida con falda negra de gasa, corpiño de color de naranja y mantilla de blonda negra sujeta á la cabeza con un lazo de seda color de rosa.

186.—Carlos IV á caballo, vestido de coronel de Guardias de Corps. Fondo de paisaje en día de niebla. Ancho 2,79; alto 3,35.

187.—María Luisa, á caballo; vestida de coronel de Guardias de Corps. Fondo de paisaje. Ancho 2,79; alto 3,35.

188.—Fernando VII. Ancho 1,44; alto 2,07.

Está en pie, vestido de general, y tiene el sombrero debajo



del brazo. Fondo de paisaje, y á lo lejos un campamento con caballos y soldados.

189.—El pintor D. Francisco Bayeu y Subias. Ancho 0,84; alto 1,12.

Sentado en un sillón; tiene casaca gris y faja verdosa; en la mano derecha una brocha. (Figura hasta las rodillas).

190.—Doña Josefa Bayeu, mujer de Goya. Ancho 0,56; alto 0,81.

Está sentada; tiene pañuelo blanco sobre los hombros, y el abanico cogido con ambas manos, apoyado en la falda. (Más de media figura.)

191.—El general D. José de Palafox, defensor de Zaragoza.

Va á caballo, vestido de uniforme, galopando hacia una ciudad sitiada que señala con el sable. (Tamaño natural.)

192.—Goya. (Busto.) Ancho 0,56; alto 0,81.

*Estos quince retratos se conservan en el Museo del Prado.*

193.—Carlos IV. (Busto.) Ancho 0,60; alto 0,74.

194.—María Luisa. (Busto.) Ancho 0,60; alto 0,74.

195.—Fernando, príncipe de Asturias. (Busto.) Ancho 0,60; alto 0,74.

196.—La infanta María Isabel, niña. (Medio cuerpo.) Ancho 0,60; alto 0,74.

*Estos cuatro retratos son estudio para el cuadro de la familia de Carlos IV; compañeros á los que se hallan en el Museo del Prado.*

196 bis.—Retrato de una señora con mantilla blanca. Ancho 0,60; alto 0,99.

197.—El pintor Asensio Juliá. Ancho 0,42; alto 0,55.

*Estos seis retratos se hallaban en Sevilla, en casa del señor Duque de Montpensier.*

198.—Carlos IV.

199.—María Luisa.

200.—Carlos IV, en traje de caza.

201.—María Luisa.

*Estos cuatro retratos de cuerpo entero se hallan en el Palacio Real de Madrid.*

202.—D. Juan Villanueva, arquitecto; vestido de uniforme, delante de una mesa con planos y papeles. (Medio cuerpo.)

*Grabado por Alegre.*

203.—D. Leandro Fernández Moratín. (Busto.) Pintado en 1799.

204.—La actriz Rosario Fernández, conocida por *La Tirana*. (En pie, de cuerpo entero.)

*Grabado por Navarrete.*

205.—Goya. (Busto.)

*Es el estudio para el cuadro en que se retrató con el médico Arrieta, y el que hay en el Museo es repetición ó copia buena de éste.*

206.—El arquitecto D. Ventura Rodríguez.

*Ignoro dónde para el original de la copia que posee la Academia de San Fernando.*

207.—Fernando VII. A caballo, con el bastón de mando en la mano.

*Grabado al aguafuerte por Galbán.*

208.—D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

Vestido de general, sentado en el campo, con la cabeza descubierta, rodeado de banderas y trofeos militares.

209.—La Maja echada.

Retrato de una mujer desconocida, echada, vestida, en una cama, con las manos cogidas encima de la cabeza. (Tamaño natural.)

210.—La misma mujer, en la misma actitud, completamente desnuda. (Tamaño natural.)

211.—D. José Luis Munarriz. (Medio cuerpo.) Pintado en 1815.

*Los diez retratos anteriores se conservan en la Academia de San Fernando.*

212.—La duquesa de Alba. (Cuerpo entero.)

Está vestida de blanco, con un gran cinturón rojo; collar de coral y braceletes de oro con camafeos. Lleva el pelo suelto colgando, y en él una gran moña al lado derecho. La actitud

es de señalar al suelo, en donde se lee la dedicatoria siguiente: «A la duquesa de Alba D. Francisco Goya 1795.» Fondo de paisaje árido.

*Se encuentra este retrato en el palacio de Liria.*

213.—La duquesa de Alba, joven. (Medio cuerpo.)

214.—Otro retrato de la misma duquesa como de cuarenta años. (Medio cuerpo.)

215.—El Duque de Alba. (Medio cuerpo.)

216.—Retrato de Goya. (Busto.)

*Los cuatro cuadros anteriores pertenecen á doña Carmen Berganza de Martínez, de Torrejón de Velasco. (No los he visto.)*

217.—La familia del marqués de Villafranca.

La marquesa, vestida de gasa blanca y con manga corta, está sentada; tiene en una mano una campanilla de plata con la que entretiene á su hijo que está en pie delante de ella, vestido con camisa de gasa transparente, á través de la que se le ve el cuerpo. El marqués, con uniforme de Guardia de Corps, detrás de su mujer.

218.—La marquesa de Villafranca.

Vestida de gasa blanca, está pintando el retrato de su marido, y se hace atrás en su asiento para ver el efecto de su obra. En la mano tiene un pincel.

219.—La marquesa viuda de Villafranca.

Lleva un pañuelo cruzado, traje de color gris perla, una rosa y grandes lazos azules en el corpiño. Tiene el abanico en la mano. (Medio cuerpo.)

220.—La duquesa de Alba.

Vestida de blanco, con faja ceñida del mismo color; el pelo rizado adornado con lazos rojos. (Medio cuerpo.)

221.—La duquesa de Alba.

*Repetición del retrato del palacio de Liria.*

222.—El Duque de Alba.

Tiene peluca blanca de orejas; chaleco blanco punteado de azul, casaca color de avellana, pantalón gris verdoso y botines negros. Está en pie, apoyado en un clavicordio, leyendo

un cuaderno de música. El sombrero de tres picos está sobre el instrumento.

*Los seis cuadros anteriores se hallan en casa del marqués de Villafranca.*

223.—Retrato de una señora representando una Musa. Ancho 2,63; alto 1,22.

224.—La condesa de Haro. Ancho 0,26; alto 0,37.

*Estos dos retratos son propiedad del señor Marqués de Santa Cruz.*

225.—La marquesa de Lazán. Ancho 0,85; alto 1,00. (Cuerpo entero.)

Está recostada sobre el respaldo de un sillón. Traje del tiempo del Imperio; vestido blanco con franjas de oro. (Actualmente en casa del duque de Alba.)

226.—La condesa de Miranda. Ancho 0,83; alto 1,00. (Medio cuerpo.)

*Estos dos retratos pertenecieron a la Condesa de Montijo.*

227.—Fernando VII. En pie, en traje de gala. (Ministerio de la Gobernación.)

228.—El actor Isidoro Maiquez. (Museo del Prado).

*Grabado por Esteve.*

229.—El cantor de la catedral de Toledo D. Pedro Morte. (Medio cuerpo.)

*Este cuadro, procedente de la familia del retratado, se vendió en París.*

230.—El pintor Asensio Juliá. Tiene sombrero con escarapela tricolor.

231.—Goya, de edad de treinta años. Tiene un lápiz en la mano.

232.—Fernando VII. A caballo. Boceto del que está en la Academia de San Fernando.

*Estos tres retratos pertenecieron a D. Federico de Madrazo. El primero se vendió en París.*

232 bis.—El Sr. D. N. Porcel, vestido de cazador.

233.—La señora de Porcel.

*Vi estos dos retratos, procedentes de Granada, en casa del general Zayas.*

234.—D. Juan Agustín Ceán Bermúdez, crítico y autor del *Diccionario de los profesores de las bellas artes de España*. Grabado por Galbán.

235.—Retrato de un caballero, vestido con traje de campo, con sombrero blanco de alas anchas.

*Grabado por Galbán, con el título El Torero.*

236.—D. Javier Goya, hijo del pintor.

Está en pie, con traje gris y el sombrero en la mano; un perrito blanco está echado en el suelo.

237.—Retrato de la mujer de D. Javier Goya.

Está en pie, con mantilla y abanico, y tiene un perrito echado á sus pies.

*Grabado al aguafuerte por Jacquemart. Pertenecieron estos dos retratos á D. José de Salamanca, y fueron vendidos en París.*

238.—La Joven de la rosa.

Una joven muy morena vestida con traje á la francesa del tiempo de la República. Grabado al aguafuerte para la *Gazette des Beaux arts*. (Se vendió en París.)

239.—Retrato de señora, conocido por *La Librera*. (Perteneció al marqués de Heredia.)

240.—D. José Caveda. (Pertenece á la familia del retratado.)

241.—El doctor Arrieta presentando una medicina á Goya enfermo. Tiene una dedicatoria del autor al médico en prueba de agradecimiento. Pintado en 1823.

242.—Junta de la Sociedad de los Gremios, presidida por Fernando VII.

Este gran cuadro, cuyas figuras, algo menores que el tamaño natural, son todas retratos de los accionistas de aquella Sociedad, perteneció á D. Angel María Terradillos.

243.—Doña Catalina Viola.

244.—Doña Antonia Zárate.

245.—D. Juan Meléndez Valdés.

- 246.—Lord Wellington.  
 247.—D. Félix de Azara, viajero y naturalista.  
 248.—El príncipe de la Paz, á caballo. (Pintado en 1800.)  
 249.—D. Bartolomé Sureda. Ancho 0,80; alto 1,20.  
 250.—Doña T. Sureda. Ancho 0,80; alto 1,20.  
 251.—El Conde de España.  
 252.—D. Ramón Pignatelli.  
 253.—D. Martín Zapater.  
 254.—D. Félix Colón. (Medio cuerpo.)  
 255.—El tenor Manuel García.  
 256.—D. Juan Martín Goicoechea.  
 257.—El conde de Gausa. (Grabado en el *Elogio del Conde de Gausa.*)

*No sé el paradero de ninguno de estos retratos, ni los he visto; pero consta que Goya los pintó.*

- 258.—D. Juan Antonio Llorente, autor de la *Historia de la Inquisición*. Ancho 1,12; alto 1,86.

Está en pie, vestido de sacerdote, con las manos cruzadas cogiendo un pañuelo. Lleva al cuello la cinta y cruz del mérito, creada por José I.

*Pertenece á la familia del retratado, y, por tradición, se dice fué pintado en París en 1815, lo cual debe no ser cierto, pues Goya no salió de España en esa época.*

- 259.—D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

Está sentado al lado de una mesa, en la que apoya un codo. El traje es de color gris. (Se conserva en el Congreso de diputados.)

- 260.—D. Francisco Bayeu y Subias, pintor. (Medio cuerpo.)

*Grabado en busto por José Vázquez.*

- 261.—D. Rafael Esteve, grabador. (Medio cuerpo.) Pintado en 1815.

- 262.—D. Mariano Ferrer. (Medio cuerpo.)

- 263.—Retrato de una señora desconocida.

Está en el campo sentada sobre el tronco de un árbol. El

vestido es de gasa negra, lleva mantilla negra también, y á su lado está sentado en el suelo un perrito blanco.

*Estos cuatro cuadros están en el Museo de Valencia.*

264.—M. Ferdinand Guillemardet, embajador de Francia en Madrid en 1798.

Está sentado al lado de una mesa, en la que ha dejado el sombrero, que está adornado con plumas. El traje es de uniforme, con faja tricolor y sable. Tiene una pierna montada sobre la otra, y apoya en el muslo la mano izquierda. (Cuerpo entero.)

265.—El grabador D. Fernando Selma. (Busto.)

*Grabado por Selma.*

266.—El almirante Mazarredo. (Medio cuerpo.)

*Le poseía la familia.*

267.—Doña Gumersinda Goicoechea.

Retrato de perfil, en busto: en la parte superior derecha se lee la fecha: «Año 1805».

*Grabado por Hameng al aguafuerte.*

268.—D. Juan B. de Muguiro.

269.—Una lechera de Burdeos.

*Estos dos cuadros son propiedad de la Sra. Condesa de Muguiro.*

270.—El matador de toros Pedro Romero.

*Es propiedad del señor duque de Veragua.*

271.—Retrato de una joven.

En el ángulo inferior izquierdo está escrito con tinta de letra del autor: «La Feliciano, de edad de trece años.» Es el busto de una joven con un pañuelo al cuello y un gracioso adorno de cinta azul y rosa en la cabeza. En parte del fondo está descubierto el lienzo.

*Propiedad del pintor D. Cristóbal Feriz.*

272.—D. Ramón Satué, alcalde de corte en 1823. (Medio cuerpo.)

273.—Retrato de D. Leandro Fernández Moratín.

*Le pintó en Burdeos en 1824, y el retratado le legó en su testamento á la señora de Silvela.*

274.—D. Mariano Luis de Urquijo.

275.—Vargas Ponce.

*Estos dos retratos están en la Academia de la Historia.*

276.—Fernando VII. En traje de ceremonia con manto real. (Cuerpo entero.)

*Se halla en las oficinas del Canal Imperial, en Zaragoza.*

277.—Doña Francisca de Sales Portocarrero, Condesa del Montijo.

Está en actitud de bordar en un bastidor, rodeada de sus cuatro hijas.

*Me dicen que está en casa del Sr. Duque de Alba; no lo he visto.*

278.—El tío Paquete, popular ciego de las gradas de San Felipe.

*Me dicen que lo posee el Sr. Marqués de Heredia; no lo he visto.*

279.—Del famoso guerrillero Juan Martín el Empecinado. (Busto.)

*Me dicen que lo posee D. Luis Navas; no lo he visto.*

280.—Señora con mantilla negra y peineta. (Busto.)

*Propiedad del pintor D. Aureliano de Beruete.*

### Grabados.

#### ASUNTOS RELIGIOSOS

1.—La Huida á Egipto. Aguafuerte pura. Lleva la firma «Goya, invt. et fecit», está grabada á buril.

*Debe ser uno de los primeros grabados de Goya. Es raro. La Biblioteca Nacional posee un ejemplar.*

2.—San Isidro. Aguafuerte pura. Firmada: «Goya f.»  
*Se halla en la B. N.*

3.—San Francisco de Paula. (Busto.) Aguafuerte pura.  
Firmada: «Goya, ft.» B. N.



## COPIAS DE LOS CUADROS DE VELÁZQUEZ

4.—El infante D. Fernando, vestido de cazador; núm. 1075 del *Catálogo del Museo del Prado*. Aguafuerte y algo de aguainta: primer estado de aguafuerte, antes de la letra; segundo, con algo de aguainta; tercero, con la letra. Hay pruebas de tiempo del autor, y más modernas de la Calcografía Nacional.

5.—Menipo; núm. 1101 del C. del M. del P. Aguafuerte: primer estado, antes de la letra; segundo, con la letra en los ángulos inferiores; tercero, con la inscripción total.

6.—Esopo; núm. 1100 del C. del M. del P. Aguafuerte: primer estado, antes de la letra; segundo, con la letra en los ángulos inferiores; tercero, con la inscripción total.

7.—El bufón Pernia, conocido por Barbarroja; núm. 1093 del C. del M. del P. Aguafuerte y aguainta: primer estado, aguafuerte pura, antes de la letra; segundo, con aguainta, antes de la letra; tercero, con letra.

8.—El Truhán, conocido por D. Juan de Austria; número 1092 del C. del M. del P. Aguafuerte. (Muy rara.)

9.—Un alcalde viejo. Aguafuerte.

*Ignoro el paradero del cuadro original de este grabado. La estampa es tan rara que el ejemplar que posee la Biblioteca Nacional, procedente de la colección de Carderera, se tiene por único.*

*Supone M. Lefort que el cuadro original es el que figura en el M. del P. con el núm. 692, atribuido á Carreño; pero no es, ni ha existido en el Museo.*

10.—El Enano D. Sebastián de la Morra; núm. 1096 del C. del M. del P. Aguafuerte: primer estado antes de la letra; segundo, con la letra en los ángulos inferiores; tercero, con la inscripción total.

11.—El Enano, conocido por el Primo; núm. 1095 del

C. del M. del P. Aguafuerte : primer estado, antes de la letra; segundo, con la letra.

*Ceán supone que Goya grabó el Alcalde Ronquillo; el Aguador de Sevilla, y dos bufones más que los conocidos; no los he visto.*

12.—El cuadro de las Meninas; núm. 1062 del C. del M. del P. Aguafuerte. (Muy rara.) La Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

13.—Felipe III, á caballo; núm. 1064 del C. del M. del P. Aguafuerte.

14.—Doña Margarita de Austria, á caballo; núm. 1065 del C. del M. del P. Aguafuerte.

15.—Felipe IV, á caballo; núm. 1066 del C. del M. del P. Aguafuerte.

16.—Doña Isabel de Borbón, á caballo; núm. 1067 del C. del M. del P. Aguafuerte.

17.—El príncipe D. Baltasar Carlos, á caballo; núm. 1069 del C. del M. del P. Aguafuerte.

18.—El conde-duque de Olivares, á caballo; núm. 1069 del C. del M. del P. Aguafuerte.

19.—El cuadro de los Borrachos; núm. 1057 del C. del M. del P. Aguafuerte.

## LOS CAPRICHOS

*(Del núm. 20 al 99.)*

Esta colección se compone de ochenta planchas grabadas al aguafuerte y aguatinta. Fué ejecutada de 1793 á 1798. De 1796 á 1797 se publicaron setenta y dos solamente, no apareciendo la colección completa, reunida en un tomo, hasta 1802. Por influjo del príncipe de la Paz adquirió la propiedad la Calcografía Nacional, que publicó la segunda edición completa en 1806. En las pruebas de la primera edición la tinta tira á

rojiza; en la segunda, que es muy buena también, la tinta es negra. La tercera es mucho peor.

Los asuntos de estas estampas son sátiras de costumbres, de preocupaciones sociales y del clero; pero nunca personales, ni alusivas á sucesos determinados. También hay muchas de pura fantasía. La primera de la colección es el retrato del autor visto de perfil, con sombrero de copa.

Andan dos explicaciones manuscritas de los Caprichos, que se suponen del autor; pero positivamente no lo son. La una, que no explica nada que no se le ocurra á cualquier persona de buen sentido, es probable que esté hecha por Ceán. La otra, que nada explica tampoco, pero que contiene algunas groserías, es de cualquier majadero.

Conócense tres planchas más del tamaño, y acaso de esta colección, pero que no se hallan incluidas en ella, que son:

100.—Sueño de la Mentira é Ignorancia.

Una mujer medio desnuda, con dos caras y unas alas de mariposa en la cabeza, se apoya sobre otros personajes. Un hombre la coge una mano, que aprieta contra su pecho; otra mujer, también con doble cara, la coge la otra mano. Un diablo echado en el suelo, con dos cavidades en vez de ojos, contempla á una serpiente que se va á tragar un sapo con cabeza de ave desplumada. Detrás de este grupo, una mujer en ademán de imponer silencio.

*La Biblioteca Nacional posee una prueba.*

101.—Una vieja lamentándose, una joven arrancándose los cabellos, y una criada levantando los brazos al cielo; mientras un hombre, sentado en el suelo, trata de hacer tragar una medicina á un perrito.

102.—Una mujer dormida dentro de una prisión; tiene los pies sujetos con cadenas que están colgadas en la pared. Agua-tinta sola.

*La Biblioteca posee una prueba.*

## LOS DESASTRES DE LA GUERRA

*(Números del 103 al 182.)*

Esta colección, compuesta de ochenta estampas, fué grabada en su mayor parte en 1810, y algunas láminas en 1815.

Representan, según el encabezamiento proyectado por Ceán, las: «Fatales consecuencias de la sangrienta guerra de España con Buonaparte, y otros caprichos enfáticos en 85 estampas inventadas, dibujadas y grabadas por el pintor don Francisco Goya y Lucientes. En Madrid.»

D. Valentín Cardedera poseía el ejemplar, quizá el único que se conservaba, estampado en tiempo del autor, y que éste había regalado á su amigo Ceán para que revisara las leyendas.

Permaneció inédita la colección hasta 1863, en que la publicó la Academia de San Fernando, con el título que encabeza este párrafo, y una ligera biografía. Se tiraron algunos ejemplares sin leyenda, y tanto estos como algunos de los que tienen la letra están con tinta que tira á rojiza; los posteriores tienen la tinta negra, aunque conservan algo el tono de las primeras pruebas. Algunas raras estampas sueltas que se encuentran de esta colección del tiempo del autor, están impresas con tinta negra, unas al aguafuerte pura, otras con aguainta; en papel de hilo sin cola, que lleva en la filigrana la marca «Serra». La colección publicada en 1863 está toda al aguafuerte y aguainta. No van unidas á ella, y son raras, las dos estampas siguientes que la pertenecen:

183.—«Fiero monstruo». Un animal enorme con cabeza como de tigre; está con la boca muy abierta, arrojando por ella un montón de restos humanos.

184.—«Esto es lo verdadero». Una matrona, en pie, coronada de flores, vestida con rica túnica y manto; pero con el

pecho desnudo, se apoya con una mano en un inculto campesino que tiene una azada. En el suelo hay una cesta llena de flores y frutas, y un corderillo cogiendo el manto de la matrona. Rodea el grupo un resplandor; y en el fondo, á la derecha, se ve un árbol cargado de fruta.

### LA TAUROMAQUIA

*(Números del 185 al 217.)*

La Tauromaquia se compone de treinta y tres estampas, apaisadas; grabadas al aguafuerte y aguatinta. Una parte de ellas fué grabada en 1815. La edición hecha en tiempo del autor tuvo muy poca circulación por entonces, y puede decirse que no apareció hasta la muerte del hijo del artista; de todos modos, debió ser muy escasa, pues son muy pocos los ejemplares que se conservan, y por esto han logrado alcanzar algún precio.

La segunda edición la hizo la Calcografía Nacional en 1855, con el título de: «Colección de las diferentes suertes y actitudes del arte de lidiar los toros, inventadas y grabadas al aguafuerte por Goya. Madrid, 1855.» En el reverso de la cubierta está impresa la explicación de las láminas. Esta segunda edición es la peor estampada.

Adquiridas las planchas por el editor de París, M. Loizelet, publicó una buena tirada, añadida con siete planchas más inéditas hasta entonces.

Hay algunos estados de láminas de la Tauromaquia: primer estado, al aguafuerte pura; segundo, con aguatinta, pero sin su número en el ángulo superior derecho; tercero, con el número. Además, hay algunas pruebas, rarísimas, sin algunos trabajos de punta seca añadidos entre el segundo y tercer estado.

Las inéditas, hasta la edición francesa, son:

218.—Mariano Ceballos, montado en un toro lidiando otro. Variante de la estampa, núm. 24 de la colección.

219.—Una novillada. Dos picadores montados en burros que tiran de una berlina, pican al toro que acomete á uno de los burros. Otros comparsas, subidos sobre el carruaje, tienen banderillas en las manos. En el fondo la barrera.

220.—Un espada sirviéndose de un sombrero á guisa de muleta; en la plaza chulos, picadores y algunos caballos muertos.

221.—Una cogida. Tal vez la que ocasionó la muerte á Antonio Romero, en 1802, en la plaza de Granada. El toro ha enganchado al diestro por una pierna y le levanta cabeza abajo. Un picador y un capa tratan de salvarle; otros chulos huyen.

222.—Una cogida. Pueda ser el segundo tiempo de la anterior. El toro ha enganchado esta vez al torero por el pecho, y está en posición natural. Un picador y varios capas tratan de hacer que el toro suelte la presa.

223.—Toro acosado por los perros. Variante del núm. 25 de la colección.

224.—Temeridad de Martincho en la plaza de Zaragoza. Variante del núm. 18.

225.—Cinco toros en actitudes diversas.

*Esta plancha, publicada en el tomo ix de L'Art, no está incluida en la Tauromaquia.*

*La mayor parte de estas láminas están grabadas al reverso de las otras y han dado muy pocas pruebas. Carderera las tenía. La última, que perteneció al pintor Eugenio Lucas, no se publicó hasta que lo hizo la indicada revista francesa.*

## LOS PROVERBIOS

(Números del 226 al 243.)

Se compone esta colección de diez y ocho estampas; y no se publicó por primera vez hasta 1850, en que lo hizo un editor particular, en hojas sueltas. Posteriormente la Academia de San Fernando hizo una tirada, coleccionándolas con el título de: «*Los Proverbios*, colección de diez y ocho láminas inventadas y grabadas al aguafuerte por D. Francisco Goya.»

Atribuye M. Lefort lo endeble de esta edición á la creencia en que está de que el autor las grabó solamente al aguafuerte, y que después se añadió el aguainta; pero es más probable que la mala tirada dependa, ó de insuficiencia de los estampadores, ó de haber sido estropeadas las planchas con la tirada de los ejemplares de 1850; y digo esto, porque el trabajo de aguja es demasiado ligero para ser definitivo, y porque, por mucha que fuera la ignorancia del editor no es de creer se metiese en el trabajo y el gasto de darlas el aguainta. Además, las planchas inéditas, que han dado muy buenas pruebas, tenían aguainta. Después de la mala tirada de *La Tauromaquia*, por la Calcografía Nacional, se hizo otra mucho mejor en París, porque se limpiaron mejor las planchas.

Tampoco M. Lefort me parece tiene motivo para asignarlas la época que las asigna, pues deben datar, lo más pronto, de 1815; tanto por la libertad de ejecución, cuanto por los trajes que se ven en algunas de ellas, como la que hace el núm. 15, y por la alusión que parece verse en la 14 á la caída de Napoleón.

Representan estas estampas caprichos y alucinaciones inexplicables.

Las que estuvieron inéditas hasta que las publicó la revista francesa *L'Art*, son :

244.—Varios individuos burlándose de unos espantajos simulando soldados.

245.—Una mujer vestida de maja, de pie sobre un caballo que tiene los cuatro pies apoyados en una cuerda floja. En el fondo multitud de espectadores.

246.—Un elefante al que unos hombres vestidos de moros enseñan el Libro de las tablas de la Ley y un collar con cascabeles.

ESTAMPAS SUELTAS

247.—El agarrotado. Aguafuerte.

248.—Un ciego cogido por un toro. Aguafuerte.

*Rara, hasta que se publicó por la revista francesa La Gazette des Beaux Arts.*

249.—Escena de costumbres. Un grupo de hombres y mujeres rodean á un individuo que toca la guitarra; á la izquierda un gañán conduciendo unos bueyes; á la derecha vendedores de melones; en el fondo un castillo. Aguafuerte.

*Es estampa rara y la de mayor tamaño que grabó Goya; la Biblioteca Nacional posee un ejemplar.*

250.—El gigante. Está sentado sobre una colina, visto casi de espaldas, con la cabeza vuelta al espectador.

*Esta estampa está grabada sobre la plancha ennegrecida por el aguainta, y luego producidos los claros y medias tintas con el bruñidor.*

*M. Lefort dice que no conoció más que dos pruebas, y que al reverso del ejemplar que él tenía, que hoy pertenece al Gabinete de estampas de París, tenía escrito con lápiz: «Por Goya, después de tiradas tres pruebas se rompió la lámina.» Si esto fué así, uno de los ejemplares es el citado, otro el que posee la Biblioteca Nacional de Madrid y el tercero el pintor D. Cristóbal Feriz.*

251.—Un viejo andrajoso, columpiándose. Aguafuerte.



252.—Una vieja, columpiándose. Aguafuerte.

253.—Un torero. Tiene un trabuco debajo de la capa; en segundo término se ve un toro echado. Aguafuerte.

254.—Una maja con mantilla y los brazos en jarras. Fondo blanco. Aguafuerte.

255.—Una maja con mantilla y los brazos en jarras; muy semejante á la anterior; pero en ésta el fondo es oscuro, y en él se ven indicadas algunas figuras. Aguafuerte.

*Los cobres de las cinco estampas anteriores fueron adquiridas por M. Lumley, que hizo hacer una tirada en 1859.*

256.—Un ciego, tocando la guitarra. Aguafuerte y aguainta.

257.—Un prisionero. Tiene las manos atadas á la espalda, los pies cogidos en un cepo de hierro. En el fondo se ve una reja.

Al margen de la prueba que poseía Carderera, procedente de Ceán, se leía escrito con lápiz: «La seguridad de un reo no exige tormento.» Aguafuerte.

258.—Un prisionero. Vuelto hacia la izquierda, con los brazos atados al cuerpo y los pies sujetos con grillos al suelo; lleva una argolla al cuello, de la que cuelga una pesada cadena sujeta á la pared. En el fondo la puerta de la prisión. La prueba que poseía Carderera tenía esta leyenda escrita con lápiz: «Si es delincuente que muera pronto.» Aguafuerte.

*Las planchas de los dos prisioneros anteriores fueron adquiridas por M. Lumley.*

259.—Un prisionero. Está sentado en el suelo, casi de frente, con las manos cruzadas, sujetas con una cadena, y los pies cogidos con grillos.

La leyenda manuscrita de la prueba de Carderera, decía: «Tan bárbara la seguridad como el delito.» Aguafuerte.

Esta última plancha fué propiedad de M. Lefort, el cual hace la siguiente observación acerca de las antedichas leyendas manuscritas: «Todo este lado filosófico del genio de Goya, que merecía, sin embargo, un estudio más profundo, ha sido

apenas indicado por sus biógrafos. No obstante, el hombre que grababa estas tres planchas y otras veinte que respiran la causa de la humanidad, del derecho y el buen sentido, y del que casi toda la obra, en fin, ataca despiadadamente los abusos del régimen político y religioso que pesaba duramente sobre su país, no es tan sólo un artista de genio, es un innovador atrevido, un pensador grande y generoso.»

Así como creo que la interpretación manuscrita de los Caprichos es de Ceán Bermúdez, según ya dije; también creo que estas leyendas son cosa suya y no de Goya, pues el estilo de éste es más lacónico é intencionado. Hay algo de sentimental y rebuscado en ellas, que se aviene mal con el carácter del artista. Me parece que si él hubiera escrito las leyendas habría puesto algo semejante á esto: ¡Mejor era ahorcarle!

Goya no atacó nunca, ni se lo propuso, el régimen político y religioso, de su país, ni de otro. Atacó defectos que creía inherentes á la humanidad, é irremediabiles por lo tanto. No fué un innovador atrevido, ni un pensador grande y generoso; fué un pesimista y un escéptico.

260.—Paisaje. En primer término dos árboles, cuyo follaje se cruza; más lejos una gran roca inclinada á la izquierda; en segundo término, sobre una altura, un gran edificio. El lado izquierdo de la estampa está ocupado por una llanura atravesada por un río; el horizonte cerrado por montañas. En el cielo un nubarrón; en segundo término algunas figuritas. Aguafuerte y aguatinta.

261.—Paisaje. Una gran roca sobre un torrente. En el horizonte algunos árboles, y las murallas de una ciudad. Aguafuerte y aguatinta.

M. Piot y M. Matheron citan los dos grabados siguientes, que M. Lefort no conocía, ni yo conozco:

262.—Una escena de la Inquisición.

263.—Una mascarada.

264.—Escudo de armas de la casa de Jovellanos.

En la Biblioteca Nacional hay un ejemplar de un pequeño

escudo de armas grabado al aguafuerte, como para una tarjeta, que se atribuye á Goya.

### LITOGRAFÍA

1.—Una Vieja hilando sentada en un banco. Firmada: «Madrid, Febrero 1819. Goya.»

2.—Un Duelo. Dos caballeros, vestidos á la *española antigua*, combatiendo á espada y daga. «Madrid, Marzo 1819. Goya.»

3.—Un Toro atacado por cinco perros; otro volteado, por el aire, y dos toreros mirando la escena.

4.—Grupo amoroso. Un hombre sentado en el suelo acaricia á una mujer, sentada también, medio vuelta de espaldas.

5.—Una mujer sentada leyendo delante de dos niños; en la sombra otra figura.

6.—Escena diabólica. Un hombre desnudo, con los brazos atados á la espalda, es arrastrado por diablos. Todo el fondo está lleno de espectros y animales fantásticos.

7.—Un hombre, con gorro catalán, tratando de derribar á una mujer sentada, vista de espaldas.

8.—Un fraile. En pie, con un crucifijo en la mano, y la cabeza casi cubierta por la capucha.

9.—Una joven dormida, tendida en el suelo y con la cabeza apoyada en las faldas de una mujer. A la derecha tres mujeres, y más lejos una vieja sentada.

10.—El famoso americano Mariano Ceballos. Montado en un toro lidiando á otro. Firmado: «Goya.» *Litografiado en Burdeos.*

11.—Cogida de un picador. «Goya.» *Litografiada en Burdeos.*

12.—Diversión de España. Una corrida de novillos; los

cabestros están en la plaza. Firmada: «Goya.» *Litografiada en Burdeos.*

13.—Corrida de toros con división de plaza. Firmada: «Goya.» *Litografiada en Burdeos.*

14.—El Vito. Una maja le baila, rodeada de espectadores. Firmada: «Goya.» *Litografiado en Burdeos, en 1825.*

15.—Un Desafío. Uno de los combatientes ha atravesado al otro el pecho con la espada. En el fondo se ve á los testigos. Firmado: «Goya.» *Litografiado en Burdeos, en 1826.*

16.—Retrato de M. Gaulon, editor de las litografías que Goya litografió en Burdeos. Firmado: «Goya.»

#### DIBUJOS

En el Museo del Prado se conserva un curioso libro con ciento setenta y ocho dibujos interesantísimos, ejecutados al lápiz, á la tinta de China, á la sepia y á pluma con tinta común. A este libro pertenecen seis ó siete dibujos que están expuestos al público.

La mayor parte son caprichos y fantasías inexplicables; pero hay muchos también que tienen una intención clara, y se refieren á vicios sociales, abusos del clero y la Inquisición, y debilidades humanas. Ninguno ataca á personaje ó suceso determinado.

Deben estar ejecutados en diferentes épocas, lo cual, más que por el estilo, que el autor varió muy poco ó nada, se conoce por el género de hechos á que se refieren.

Muchos están numerados, como si se destinaran á formar colección, y muchos tienen también letreros, escritos con lápiz, ó con tinta, de letra de Goya. No sé si la colocación es arbitraria, ó hecha por el autor; pero sucede aquí lo mismo que en los Caprichos grabados, que de vez en cuando se encuentran cuatro ó seis asuntos referentes á la misma idea. Así sucede

con una serie de desafíos de caballeros vestidos á la antigua, semejantes al que litografió en 1819; y así también con una serie de prisioneros y encorizados por la Inquisición. Está el dibujo para el torero embozado, que grabó (núm. 253 de la lista anterior); pero en éste falta el toro echado que hay en la estampa.

Un gran número de ellos son notables por su buena ejecución, aunque apuntados ligeramente; y algunos, entre ellos una procesión de beatas que suben una cuesta, admirables como impresión del natural.

Describiré ligeramente unos cuantos, para dar idea de la índole de los demás:

«No sabías lo que tenías encima», es la leyenda de uno de los dibujos, en el que se ve á un labriego encorvado, cavando con una azada, sobre cuyas espaldas está sentado un fraile.

«¡Lo que puede el amor!», dice en otro, que representa una señora con mantilla, vista de espaldas, atravesando un río, con las piernas desnudas y las faldas remangadas; en el horizonte se ve á un caballero que viene á galope á su encuentro.

«Ni por esas.» Una mujer vestida, acorizada, con candados y cerrojos de castidad, espera tranquila que la liberte de ellos un hombre que trae unas llaves.

«No tienen camisa y viven muy bien.» Unos frailes mendicantes con alforjas repletas al hombro.

«No le encontrarás.» Diógenes con la linterna buscando un hombre.

«Mejor es morir.» Un preso cargado de grillos y cadenas.

«Cuántos acaban así.» Un reo á quien dan garrote.

«Por descubrir el movimiento de la tierra.» Galileo cargado de hierros en la prisión.

«Por liberal.» Una mujer puesta á la vergüenza, sujeto el cuello á un madero con una argolla y los pies con una tabla.

De una mujer amordazada, sujeta al palo del garrote; encorizada y con sambenito, dice: «Yo la vi en Zaragoza á

Orosia Morejón, porque hacía ratones; porque hablaba la pusieron mordaza y la dieron palos en la cabeza.»

«Porque nació en otra parte.» Una mujer con coraza y sambenito.

«Yo le vi». Un cojo de las dos piernas, encorozado, sentado en un banquillo ante el tribunal de la Inquisición.

«Pocas horas te restan.» Un reo en capilla.

«No abras los ojos.» Una mujer presa echada sobre un montón de paja.

Después de éstos y otros muchos horrores, pues es larga la colección de presos, atormentados y ajusticiados, tiene el ánimo deseo de explayarse y encontrar una esperanza, ó un consuelo, y el autor, inspirado sin duda por este deseo, exclama: «¡Hermosa libertad!» y pinta un hombre arrodillado ante el resplandor que se la anuncia.

En otro dibujo, que no recuerdo si tiene leyenda, se ve aparecer en el cielo la imagen de la Libertad triunfante, y en la tierra las gentes alborozadas, menos el clero, que huye espantado de la para él terrible visión.

No es menor la alegría que las gentes demuestran, en otro dibujo, al ver resplandecer en el cielo la balanza de la Justicia. Mas pronto el alborozo del triunfo se trueca en deseo de venganza, así es que dibuja á la Libertad matando con su espada una bandada de grajos, y dice debajo: «No dejes uno».

Pero, ya lo he dicho, no es á un solo género de ideas al que estos dibujos se refieren, hay fantasías y sueños de todas especies; á mi modo de ver, en el fondo de todos se ve lo que manifiesta y escribe el autor en un dibujo que representa un feroz salvaje vestido de plumas y armado de aljaba y flechas: «Ni eres el solo, ni el más».

El difunto pintor D. Valentín Carderera, tantas veces citado en este libro, poseía una importante colección de dibujos de Goya, si bien de mucho menos interés que los anteriores.

La mayor parte están dibujados con lápiz rojo muy blando, circunstancia que, unida á la de ser los originales de las plan-

chas que grabó y el estar bastante borrados, me hace presumir que sirvieron para hacer los calcos sobre los cobres, siendo este el motivo de estar tan averiados. De todos modos, son dignos de estima. Allí están los originales para la mayor parte de *Los Caprichos*, *La Tauromaquia*, *Los Desastres de la guerra*, *Los Proverbios* y los *Prisioneros*. Da mayor interés á esta colección el tener dibujos que no llegaron á ser grabados, y ofrecer algunos variantes de los que lo fueron. Así, por ejemplo, además del dibujo que grabó para *Los Caprichos* con el núm. 75: «No hay quién nos desate», hay otro proyecto distinto para el mismo asunto, tal vez superior al publicado. También el núm. 32, «Porque fué sensible», ofrece variedad en la actitud de la mujer encarcelada que representa; y muchos otros tienen figuras de más, ó de menos, que las planchas grabadas.

Son pocos los dibujos que tienen letreros, pero los que los tienen suelen diferenciarse de los publicados. El grabado núm. 5 de *Los Caprichos*, «Tal para cual», en el dibujo dice: «Las viejas se ríen, porque saben que él no tiene un cuarto.» El núm. 11, «Muchachos, al avío», tiene por leyenda en el dibujo: «Mercaderes silvestres». Este dibujo se diferencia de la mayor parte en que está hecho á pluma.

El núm. 41, que representa un mono retratando á un burro, resultando en el retrato un grave personaje con peluca, tiene por comentario en el grabado: «Ni más, ni menos»; y en el dibujo: «Hará carrera», que me parece más claro y más intencionado, porque desgraciadamente la adulación es mejor apoyo que el mérito.

De los raros dibujos hechos á pluma, uno de ellos es el del grabado núm. 43, «El sueño de la razón produce monstruos»; y ofrece la notable variante de haber en el fondo una gran cabeza que aparece entre vapores, y que es el retrato del autor; debajo tiene esta inscripción: «Sueño del autor que quiere con estos Caprichos censurar y corregir ridículas preocupaciones y contribuir al triunfo de la verdad.» Parece

como si hubiera tenido el proyecto de que esta fuese la portada.

La colección de *La Tauromaquia* está hecha en totalidad con lápiz rojo; en muchas de las escenas, como en la de la cogida y muerte del alcalde de Torrejón, hay variantes que alguna vez son superiores á lo grabado. Están los proyectos de las planchas que publicó M. Loiselet, y algunos de otras que no fueron grabadas.

También los dibujos para *Los Desastres de la guerra*, son dignos de gran atención. Aunque no están los proyectos de todas las láminas publicadas, como sucede también con las otras colecciones, suele haber más de uno para una misma, y varios que no fueron grabados, siendo muy notable entre estos últimos uno que representa un soldado persiguiendo á algunas mujeres; apunte repetido con variantes.

Los dibujos de algunos de *Los Proverbios*, y otros varios que no fueron grabados, no son más que borrones informes é incomprensibles, hechos con agua y lápiz rojo.

Hay también, aunque pocos, algunos dibujos que no pertenecen á ninguna de las colecciones anteriores; como un estudio, muy bien hecho, á pluma, de dos elefantes y un domador entre ellos; una señora con una negrita en brazos, hecha á tinta de China. Debajo de esta figura, dice de letra de Carderera: «Es la duquesa de Alba con la negrita que tenía», y será la duquesa, ó no lo será.

Otro dibujo, también á tinta de China, representa dos mujeres con vestidos cerrados con candados, y cada una abriendo los de la otra. Dice debajo: «Confianza.»

Son muy notables tres asuntos religiosos hechos sobre un papel de color aceitunado, y apuntado ligeramente con lápiz blanco. El uno representa un santo en la gloria; el otro una variante del asunto de San Francisco de Borja despidiéndose de su familia; y el tercero un santo al que se aparece la Virgen.

En esta colección están también los originales del ciego co-



gido por un toro, con la leyenda : « Dios se lo pague » ; y los de los paisajes.

Hay algunos Caprichos inéditos, que cuentan que el autor no pudo publicar por lo atrevido de las alusiones; pero esta no es más que una suposición injustificada, semejante á muchas otras; pues ni tienen leyenda alguna, ni remotamente puede suponerse aluden á nada, y mucho menos de manera inconveniente ó atrevida.

Es tal la impresión que produce el más ligero rasguño de Goya, que la imaginación no se satisface si no inventa alguna novela.

---

Nota final para añadir al catálogo de cuadros.

Vi hace poco cinco cuadros originales de Goya, que no quiero dejar de anotar, tanto porque lo merecen, cuanto por ser los únicos que he visto pintados casi con el cuchillo de la paleta; cosa que ni les da ni les quita mérito, y que el autor hizo rara vez, por más que algunos de sus biógrafos quieran encontrar en esto un gran mérito.

Unas mujeres con mantillas negras viendo pasar unos disciplinantes. Tiene algunas semejanzas con el cuadro que hay en la Academia, aunque está pintado con mucho más color y de otro modo. En éste no se ve la procesión. Pintado en lienzo. Ancho 0,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Un día de lluvia. Muchas gentes, que vienen de alguna fiesta ó romería, se dirigen precipitadamente á la ciudad, caladas por un chaparrón espantoso.

Este cuadro está casi todo pintado con el cuchillo, especialmente el fondo. Ancho 1,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Incendio de un caserío, del que sacan á una mujer en una

camilla, formada por una escalera y un colchón. Ancho 1,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Un encuentro con bandidos. Son notables las figuras de dos mujeres en actitud de súplica; la de otra mujer muerta, y el brío y expresión de toda la escena. Ancho 1,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Gira y baile campestre debajo de un puente. Este cuadro está casi todo pintado con el cuchillo. Ancho 1,80; alto 0,80.

Todos están pintados en lienzo, y los cuatro últimos son compañeros. Están pintados puramente de impresión, á grandes rasgos y con mucha intención y efecto. Pertenecen al último tiempo del autor, y son tan característicos que no comprendo cómo su autenticidad pueda dar lugar á un litigio.

ZEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

# LA VINICULTURA

EN EL CENTRO Y ORIENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

---

**A**UNQUE la región vinícola más importante de los Estados Unidos es, sin duda alguna, California (1), la vid ocupa también grandes extensiones en otras muchas comarcas de la Unión, hasta el punto de que si los viñedos cubren en California una área de unas 80.000 hectáreas, en el resto de la nación abrazan una extensión de unas 84.000; y en la misma proporción se halla próximamente la producción del vino, que no llegando al medio millón de hectólitros en California, pasa algo de esta cifra en el resto de la gran república Norteamericana.

Es objeto del presente artículo dar una idea de la situación é importancia, actuales, del cultivo de la vid y elaboración del vino en las regiones de los Estados Unidos distintas de California. A este fin, y si se considera el país, marchando de O. á E., se observa que después de las altas sierras y derivaciones de las Montañas Rocosas, que limitan al Oriente la región de California, se encuentran vastos territorios en donde no es posible de ningún modo, por las condiciones del suelo y del clima, el cultivo de la vid. Por la parte Norte se hallan

---

(1) Pronto nos ocuparemos de la vinicultura en California.

los Estados de Oregón, Washington, Idaho, Montana y Wyoming; por la parte central los de Nevada, Utah y Colorado. En toda esta vasta región no se encuentra una sola cepa, salvo algunas cultivadas con mucho trabajo en varios puntos abrigados del valle de Utah, pero que no tienen importancia ninguna en la producción.

Al Sur se hallan las grandes extensiones de Arizona y *Nuevo México*, que en la división vinícola de los Estados Unidos se incluyen en la región del Pacífico, á pesar de hallarse separadas de este mar por el Estado de California y en vertientes distintas.

En estos dos últimos Estados hay ya algunas zonas plantadas de viñedo. En *Arizona* pasan de 3.000 acres (1.215 hectáreas), habiéndose producido en el año 1890 hasta 25.000 galones (946 hectólitros) vendiéndose además, como uvas de mesa, 2.880 toneladas. En el Estado de *Nuevo México*, la zona de viñedos pasa de 10.000 acres (4.050 hectáreas) y la cantidad de vino producida en el año referido llegó á 296.500 galones (11.222 hectólitros), siendo las uvas vendidas para mesa, 1.779 toneladas. En *Arizona*, país cálido y seco, se cultivan, además de algunas variedades indígenas, otras cepas procedentes del Sur de España, principalmente de las que corresponden á la región de Jerez, y muchas variedades de moscatel para la producción de parras. La *Vitis arizónica*, ó cepa indígena es bastante similar á la *Vitis californica*, pero sólo es tomentosa cuando es joven; más adelante es glabra, con baya de tamaño medio y gusto azucarado. Esta cepa produce en las tierras bajas de *Arizona* vinos alcohólicos, licorosos, muy pesados, bastos y sin estilo alguno, á pesar de cuanto dicen los cosecheros del país y los mismos californianos. En las regiones montañosas de *Arizona* desde Prescott hasta Tneson, esta misma cepa produce vinos de una fuerza alcohólica de 8 á 9 por 100, extremadamente ácidos y astringentes y de intensísimo color. Con las variedades europeas se obtienen vinos que pretenden ser imitación del Jerez, pero que, aun cuando pre-

sentan cierto aroma y mejor gusto que los anteriores, no pueden en modo alguno clasificarse entre los diferentes estilos jerezanos.

En *Nuevo México*, la producción vinícola es mayor que en Arizona; pero, como en este último Estado, se halla en su infancia. En los valles del Sur se producen vinos muy semejantes á los que se obtenían en California de la cepa Misión en la primera época de la vinicultura. En las mesetas más elevadas del Norte, correspondientes á la región de las Villas y de Santa Fe, obtienen algunos vinos de mesa más ligeros y potables, pero muy bastos y sin carácter alguno. La cepa Misión es la más cultivada en la parte meridional del Estado. A esta cepa acompaña el *Moscatel de Alejandria*, el *Moscatel gordo blanco* y la cepa *Sultana*, destinadas estas tres últimas á la producción de pasas. En las mesetas del Norte se cultivan las cepas *Zinfandel*, *Mataró*, *Cabernet*, *Sauvignon*, *Cabernet Franc*, *Mission*, *Petite Pino* y *Chasselas Fontaineblau*. Todas estas cepas presentan caracteres casi idénticos á los que ofrecen en California. Los vinos allí elaborados tienen condiciones y defectos semejantes á los que se encuentran en los vinos californianos, pero con la circunstancia de que la elaboración se halla menos adelantada, y, por lo tanto, dichos vinos son, en realidad, inferiores á los de California. Tanto los vinos de Arizona, como los de Nuevo México, se consumen en el país, siendo hasta el presente casi nula su exportación. Se creyó en un principio que en estos dos Estados la viticultura llegaría á tener grandísimo incremento, especialmente si se desarrollaba la irrigación; pero aun cuando en Nuevo México se han hecho canales importantes, que han convertido en terreno de regadío vastas extensiones de suelo muy seco, se ha fomentado más la producción de otros frutos que la de la uva.

Los Estados de *Kansas* y *Missouri* constituyen en la llamada región occidental las comarcas en donde el cultivo de la vid tiene algún desarrollo. De 5 á 6.000 acres (2.025 á 2.430 hectáreas) hay plantados de viñas en el primer Estado, y hasta 10.000 en el segundo (4.050 hectáreas). En estas comarcas empezó hace mucho tiempo el cultivo de la vid, hasta el punto de que, en un principio, tuvo aquí este cultivo más desarrollo que en California, y muchos plantadores californianos importaron sus cepas del Missouri y de Kansas. Ofrecen estas tierras, en general, buenos suelos para el cultivo y producción de la vid, tanto para obtener uvas de mesa como para la elaboración del vino, de tal suerte, que los primeros viticultores llegaron á tener grandes esperanzas de que la viticultura en estos Estados llegaría á adquirir gran incremento y ser uno de los principales elementos de la riqueza pública. Desgraciadamente para ellos, las condiciones del clima, bastante extremado, es decir, muy cálido en el verano y muy frío en el invierno, así como la distribución de las lluvias y régimen de los vientos, no son favorables sin duda para la buena producción de variedades escogidas exóticas, de modo que el cultivo de las cepas europeas es poco menos que nulo, y han tenido que concretarse á diversas variedades de las híbridas americanas más rústicas y adaptables al medio, pero cuyos frutos, de sabor fuerte, siempre ásperos y astringentes, con un predominio de ácido tartárico muy pronunciado y unos hollejos muy duros y correosos, hacen que, tanto como uvas de mesa como para producción de vinos, resulten artículos que no pueden sufrir la competencia con sus similares europeos, ni pueden en modo alguno ser soportados por los que tengan algo educado el gusto, ó siquiera algún conocimiento de lo que son la uva y el vino en las comarcas que, desde hace muchos años, son esencialmente viticultoras.

Además, enfermedades de todo género que en los primitivos viñedos se desarrollaron, han devastado ó arruinado la mayor parte, por lo cual muchos productores abandonaron

sus viñedos ó los cambiaron por otros cultivos, y de esta suerte la viticultura se halla hoy reducida en estos Estados á los límites antes referidos, y hay pocas probalidades de que adquiriera mucho mayor desarrollo. El arte de elaborar el vino está además sumamente atrasado. En general, la mayor parte del producto de la vid lo destinan á uvas de mesa, que se consumen en las principales ciudades de ambos Estados. El vino producido, tanto tinto, como blanco, resulta de un valor que oscila, según su procedencia y calidad, entre 0,25 y 1,50 dollars el galón. A pesar de estos precios bastante elevados, los vinos resultan de condiciones potables muy inferiores y de difícilísima conservación. Se puede colegir cuáles serán las condiciones naturales de los mostos considerando que la «American Wine Company», una de las casas más importantes del Missouri, que elabora champagnes, claretes é imitaciones del Rhin, compra uvas y prepara sus mostos en la región baja del lago Erie y no en el Missouri donde tiene las bodegas para crianza subsiguiente del vino. Las cepas principalmente cultivadas son pertenecientes á las variedades *Concord*, *Herbemont*, *Elvira*, *Goethe*, *Norton's Virginia*, *Cinthiana*, *Agawan*, *Martha*, *Brigthon* y *Catowba*.

---

Al N-E. de la región formada por los Estados del Missouri y Kansas se halla el *Estado de Iowa*, cuyos caracteres, con respecto al cultivo de la vid y elaboración del vino, son bastante semejantes á los que ofrecen los dos Estados antes descritos. Las cepas que más se encuentran son las híbridas americanas *Clinton*, *Catowba*, *Isabela*, *Muscadive*, *Hardfford prolifse*, *Diana*, *Delaware* y *Concord*. Las uvas *Catowba* é *Isabela* maduran con mucha dificultad y la *Clinton* es muy atacable por el mildew. Las cepas *Concord* y *Delaware* son las

que mejor se adaptan á las condiciones del país. Las cepas Concord producen un vino blanco dorado, ligero, bastante agradable, que los cosecheros del país creen muy á propósito para obtener un buen champagne, pero hasta el presente no lo han obtenido.

La elaboración del vino en este Estado puede decirse que no ha salido aun de la categoría de industria doméstica, pues los cosecheros se limitan, por prácticas sencillas y procedimientos primitivos, á obtener vino para su propio consumo ó para la venta al detalle en las mismas localidades donde se produce. Además, estando esta zona muy castigada por fríos prematuros en el otoño y por grandes heladas en la primavera, la producción es muy variable de unos años á otros y sobre todo las cosechas muy inseguras. Casi todas las variedades de cepas necesitan protección durante el invierno, la cual se les da con tierra ó con heno de las praderas, prefiriendo en general este último.

---

En el Estado de *Illinois* los viñedos ocupan una extensión de 5.000 acres (2.025 hectáreas), con positivas señales de no desarrollarse mucho más. Por una parte las condiciones del clima, pues los veranos son muy calientes y frecuentemente muy secos, y los inviernos rigurosamente fríos; por otra parte la naturaleza del suelo y del subsuelo, no muy aptos en general en este Estado para la producción de la vid; y, en fin, por las numerosas enfermedades fungoides que han atacado á muchos de los viñedos de esta comarca, haciendo abandonar sucesivamente varios de ellos, resulta que las condiciones naturales del país son muy desfavorables para el cultivo de la vid.

No son menos opuestas las condiciones económicas en que los cosecheros se encuentran. Parecía natural que por la pro-



ximidad de Chicago, gran centro consumidor y mercantil, debían encontrarse los viticultores de Illinois en buenas condiciones para dar salida á sus productos y fomentarse de este modo el desarrollo de la industria; pues sucede todo lo contrario. No se ha podido fundar en el país, en el cultivo de la vid, una industria lucrativa, ni por la producción de uva de mesa, ni por la elaboración de vino. Además de las condiciones del clima y del suelo citadas, que dan un producto escaso y malo, los cosecheros se quejan de que los negociantes de Chicago compran las uvas más baratas aunque sean de las peores condiciones; elaboran con ellas, por procedimientos rápidos, bebidas que no pueden llamarse vinos, y que, sin embargo, venden en la gran ciudad con etiquetas extranjeras de las mejores marcas, como si fueran vinos importados, á precios que oscilan entre dos y cuatro dollars el galón; y á ellos, á los cosecheros, dichos negociantes no les pagan nunca más de 40 á 50 centavos por galón, por vinos algo mejores, por haber sido hechos con más conciencia y algo más cuidado, y cuyo coste de producción no resulta menos de 80 centavos á un dollar el galón. En estas condiciones se comprende que el cultivo de la vid y la industria vinícola tienda más á reducirse que á desarrollarse en este Estado y que se haya limitado á la producción para consumo doméstico, sea como uvas de mesa, sea como vino elaborado.

La cepa, principalmente cultivada por los labradores del Illinois, es la *Concord*. Siguen después en importancia las cepas *Hartford*, *Iwes*, *Salen*, *Virginia*, *Delaware*, *Elvira* y *Cinthiana*. Hay también algunas *Catowbas*, *Agawan*, *Rogers*, *Black*, *Eagle* y *Underhill's hybrid*. El mejor vino tinto procede de la uva *Cinthiana*; el mejor vino blanco de la uva *Elvira*; la *Concord* da los vinos más ordinarios y baratos; pero, en general, todos estos vinos son de inferior calidad, de condiciones de conservación casi nulas, ásperos, agrios, astringentes y sin estilo ni carácter de ninguna clase, y, por lo tanto, no pueden luchar ni en Chicago ni en ninguna parte, ni en calidad, ni en

precio, con los demás vinos, sean extranjeros, sean domésticos procedentes de otros Estados de la Unión.

---

En el Estado de *Indiana*, especialmente hacia la parte del Sur, las condiciones para el cultivo de la vid son algo más favorables para los cosecheros, pero, sin embargo, muy semejantes á las que dominan en los Estados anteriores. Unos 6.000 acres (2.430 hectáreas) ocupan los viñedos plantados en este distrito, y como en el Illinois, en años anteriores ocuparon más extensión, de suerte que este cultivo tiende más bien á reducirse que á aumentarse. Los inmigrantes suizos introdujeron en esta comarca el cultivo de la vid hace más de cuarenta años, y elaboraban vinos blancos, ligeros, algo semejantes á los del Rhin, pero no para la exportación á otros Estados, sino más bien para su propio consumo. Las dificultades del cultivo, las numerosas enfermedades que atacaban la vid, y lo caro del producto, redujeron cada vez más esta industria, y, muertos los primeros plantadores, sus descendientes no han seguido sus huellas y la viticultura declina más bien que progresa. La uva que más se utiliza para hacer vino es la *Concord*, y para mesa la *Catowba*. El precio del coste del vino tinto obtenido con la primera cepa, resulta de 60 á 80 centavos galón, y hay un *Catowba* blanco que no puede venderse á menos de 1,50 dollars galón. Dicho se está que á este precio no pueden entrar en el mercado vinos que, ni por su calidad, ni por las condiciones de su producción, ni por su ausencia absoluta de carácter, pueden competir con los de los países esencialmente vinícolas.

---

El Estado de *Michigan*, más al Norte situado que los de *Indiana* é *Illinois*, ofrecen aún peores condiciones que éstos para el cultivo de la vid y elaboración del vino, y aunque encierra algunos pequeños viñedos en las inmediaciones de los lagos, en donde la temperatura es un poco más suave, dichos viñedos no tienen ninguna importancia comercial. La cepa principal es la *Concord* y después la *Delaware*. La uva ó el mosto se vende á los negociantes de Chicago por algunos cosecheros, otros destinan el producto al consumo doméstico. El precio medio de la uva es de 2 centavos por libra; el mosto llega á venderse á 40 dollars por tonelada.

Resulta, pues, que toda la vasta región formada por los Estados de *Kansas*, *Missouri*, *Iowa*, *Illinois*, *Indiana* y *Michigan* no puede considerarse como país vinícola. Se cultiva la vid, es verdad, en muchos puntos, pero el cultivo es raro, la producción incierta por los rigores del clima y en todo caso la calidad mala; el mosto procedente de las híbridas americanas en suelos recios y con climas extremados, fermenta mal, da vinos bastos, de sabor fuerte y pronunciado, y además de esto, endebles y susceptibles de rápidas alteraciones. Ni aun imitaciones de los tipos que en Europa se elaboran en los límites septentrionales de la región de la vid, pueden obtenerse en la región que nos ocupa.

La producción de uva y elaboración de vino quedará por muchísimo tiempo, ó acaso para siempre, reducida en estos Estados á la categoría de industria doméstica.

---

La región formada por los Estados de *Ohio*, *Pensilvania*, *Nueva York* y *Nueva Jersey*, que constituye en realidad la región oriental vinícola de los Estados Unidos, ofrece caracteres muy particulares. Esta sección de los Estados Unidos ofrece

caracteres intermedios entre California y la gran zona central. El clima, un poco menos extremado y brusco que el de dicha región, cuenta con buenos otoños, por lo común favorables para la mejor maduración de las uvas; el suelo, de formación devoniana, silúrica ó cretácea, ofrece localidades con buenas exposiciones; y con lagos en unos sitios y montañas en otros, protecciones en unos casos y accidentes meteorológicos en otros favorables á la vegetación muchas veces, y en fin, la situación y condiciones de los cosecheros con respecto á los centros de comercio y consumo del Este de la Unión es mucho mejor, resultando en conjunto, que por una parte el cultivo de la vid sea un poco más fácil y menos costoso en esta región que en la central, y al mismo tiempo más favorable su situación con respecto al mercado.

Los cosecheros del Este, animados por el relativo éxito que en quince años de trabajo han obtenido, han propagado todo lo posible las variedades híbridas que mejores resultados les han dado, tales como la *Catowba*, *Concord*, *Delaware*, *Norton's Virginia*, etc., cultivando también aunque en menor escala las *Brigton*, *Iwès*, *Hartford*, *Clinton*, *Elvira*, *Noah*, *Isabela*, *Salem*, *Uartha*, *Lady Duchess*, *Diana*, *Wilder*, *Merrimac t* y algunas *Riesling*. Han esmerado cuanto les ha sido posible el cultivo de estas cepas y han estudiado asimismo las prácticas enológicas más convenientes á sus circunstancias.

Al contrario que los californios, han comprendido desde luego, que no pueden ni cultivar las cepas europeas más célebres, ni hacer imitaciones de los tipos de vinos europeos, y se han aplicado á hacer (aparte del champagne) vinos con *caracteres semejantes* á los tres ó cuatro tipos principales de tintos europeos, á dos ó tres tipos blancos y algunas especialidades tales como el *Tarragona-Port*. En la elaboración de estos tipos, luchan los cosecheros del Este con las condiciones de sus mostos, dadas la índole de las cepas y las circunstancias del suelo y clima, elementos todos independientes de la voluntad y del trabajo del agricultor.

La corrección de los mostos y la mejora de los vinos resultantes para obtener vinos potables puros, de carácter propio y de buenas condiciones, sólo la obtendrán por medio de *coupages* con mostos ó vinos jóvenes, robustos, bien equilibrados, de buenas condiciones naturales que les puede proporcionar España, y los cuales vigoricen y den carácter á sus vinos; que den á éstos la estabilidad de que carecen sus elementos componentes; que suavicen la aspereza, astringencia y acidez que naturalmente presentan; que corrijan la propensión á las fermentaciones secundarias que tienen todos los mostos americanos, y, en fin, que den tipos constantes que, sin ser imitaciones serviles de tipos europeos ya conocidos, sean vinos con carácter propio, de agradables condiciones de potabilidad y conservación y de precios análogos á los existentes.

Los cosecheros americanos del Este conocen y aprecian esta verdad, comprenden que por los *coupages* con vinos españoles de determinadas condiciones, se puede crear en su país una industria floreciente que dará ocasión á que el pueblo americano se vaya acostumbrando á tener en casa una bebida más sana, tónica y alimenticia que las espirituosas y que la cerveza; bebida que pueden adquirir cada vez con mayor facilidad y economía, y entonces resultará insensiblemente que el americano se hará consumidor del producto que tiene en su propio país, hecho á su gusto y presentado de un modo conforme á sus hábitos y costumbres.

---

Los viñedos más importantes en el Estado de *Ohio* suman unos 30.000 acres (12.150 hectáreas), y se hallan situados en las islas del lago Erie (Kelley Islands) y á lo largo de la costa Sur del mismo lago en las vecindades de Cleveland, Sandusky y Toledo. Los hay también en las inmediaciones de Brigenport

(condado de Belmonte); de Collamez (condado de Cuyahuya); de Dayton (condado de Montgomery) y de Middle Bass (condado de Ottawa).

Los viñedos de los alrededores de Cleveland se extienden á lo largo de la costa del lago Erie, y en una extensión de muchas millas en la región llamada de Enclide.

Se distinguen dos porciones perfectamente distintas, á saber; una larga serie de cadenas ó colinas que corre paralelamente al lago, y una banda de tierras bajas ó llano, comprendido entre la cadena de colinas y el lago.

El llano es húmedo, de suelo algo compacto y está abierto á los vientos del Norte; las uvas que en él se obtienen son demasiado aguanosas y no se destinan por esto á la fabricación de vino, vendiéndose directamente para mesa. Tienen el hollejo muy grueso y un sabor *sui generis*, que unido á su aroma algo fétido, las haría imposibles para el gusto europeo. No faltan, sin embargo, en las mesas de los principales hoteles de Chicago, Detroit, Cleveland, Búfalo y demás grandes ciudades de los Estados colindantes.

El suelo de las colinas es más ligero, estando, en general, formado de detritus de pizarra y mucha grava, siendo por esto y su situación abierta más á propósito que el llano para el cultivo de la vid. Las uvas producidas son, en efecto, más azucaradas que las de la llanura y son las que se destinan á la elaboración del vino.

Las temperaturas mínimas de la región, en el invierno, llegan á 20° centígrados, y la máxima en el verano á la sombra á 32° centígrados, siendo la media anual de 14° á 15°.

Se cultivan muchas variedades de vid, pero las más importantes son: *Nortoris Virginia*, *Riparta*, *Catowba*, *Delaware* y *Brigthon*. Los viñedos más antiguos datan del año 1863; pero la mayor parte son muy modernos, ó sea de 1880 á 1892.

Las viñas se cultivan en rastras con rodrigones de alambre, dándoles por la poda, forma de palmeta ó abanico, de suerte, que presentan sólo dos caras, y los racimos que dan,

todos á su tiempo bañados por el sol. En general, los sarmientos son muy largos.

La vendimia empieza en los últimos días de Agosto ó primeros de Setiembre por las variedades *Brigthon* y *Catowba* (que son las más tempranas), y concluye á principios de Noviembre por el *Nortoris Virginia*, que es la variedad más tardía.

La producción media de estos viñedos es de una y media tonelada de uva por acre, en la variedad *Nortoris Virginia*, y dos toneladas en las demás variedades.

Sandusky, centro del distrito vinícola más importante del Estado de Ohio, se halla situado á la orilla Sur del lago Erie, en una península que lleva el nombre de aquella pequeña ciudad y frente á Kelley's, Island y otro grupo de pequeñas islas, todas ellas lo mismo que la península citada, cubiertas de viñedo.

La cantidad de vino elaborada el año último en esta región se estima en 3 millones de galones (113.000 hectólitros), calculándose que se necesitan unas 20 libras de uvas para obtener un galón de vino, lo cual supone 60 millones de libras de uvas dedicadas á dicha elaboración, más 4 ó 5 millones de libras vendidas para mesa. El total de la producción anual en el distrito se puede, pues, calcular actualmente en cerca de 70 millones de libras. La extensión del terreno plantado de vid pasa de 10.000 acres.

Existen en Sandusky muy importantes casas elaboradoras de vino, siendo las principales: Eugds, etc., Krudivig, A. Smith, Ir. A. C.º (Sandusky Wine C.º) John G. Dom, Link's Wine Cellars, Moos Pure Ohio Wines, M. Hommels.

En este distrito preparan vinos blancos secos *Catowbas* y *Delaware*, muy limpios; de gusto y bouquet muy particulares, algo semejante á los vinos del Mosella; elaboran asimismo blancos dulces, catalanes, sin estilo ni aroma peculiar. Hay también claretes de muy buen color, pero en general muy poco sustanciosos, algo ácidos y siempre ásperos ó astringen-

tes, sin estilo, ni gusto, ni nariz; únicamente algún tipo muy cuidado elaborado con la uva *Mortons Virginia*, presentan notables caracteres de color, transparencia, cuerpo y frescura al paladar.

Presentan también en Sandusky imitaciones de Oporto y de Jerez. Los oportos son algo parecidos á los tintos dulces catalanes, conocidos en el mercado inglés con los nombres de Tarragona-Port; pero son más astringentes que éstos y con el dulzor menos amalgamado, de modo que se distinguen en ellos dos gustos sucesivos bien marcados: el primero aguanoso y astringente; el segundo alcohólico, astringente y dulzarrón. Las imitaciones de Jerez no merecen tal nombre. Son vinos bastante alcohólicos, algo abocados, en los que no se puede distinguir el más ligero indicio de los distintos estilos jerezanos.

El distrito vitícola de Toledo comprende la extremidad S-O. del lago Erie, no lejos de Kelley's Island y de las demás islas occidentales del lago. En Toledo hay importantes casas elaboradoras de vino; los viñedos que las abastecen están situados en dichas islas y en la vecindad de Toledo á lo largo de la ribera.

En general, los vinos de esta parte de la comarca son iguales en condiciones á los de Sandusky y Cleveland; las variedades de la vid que se cultivan son las mismas y casi iguales los procedimientos de elaboración. La principal casa vinatera lleva la firma Lenk Wine Company; fué fundada en 1872, y sus bodegas son un modelo en su género. Los diferentes departamentos están contruidos cada uno para su objeto, y es notable la holgura, la limpieza, hasta la elegancia que reina en todos ellos.

Todo el material es modernísimo y de lo más práctico y perfecto, así como los métodos de trabajo. Con objeto de uniformar los tipos y obtener grandes cantidades de vinos perfectamente similares en calidad, bouquet, color, etc., tienen cascos inmensos donde efectuar las mezclas. Uno de estos cas-



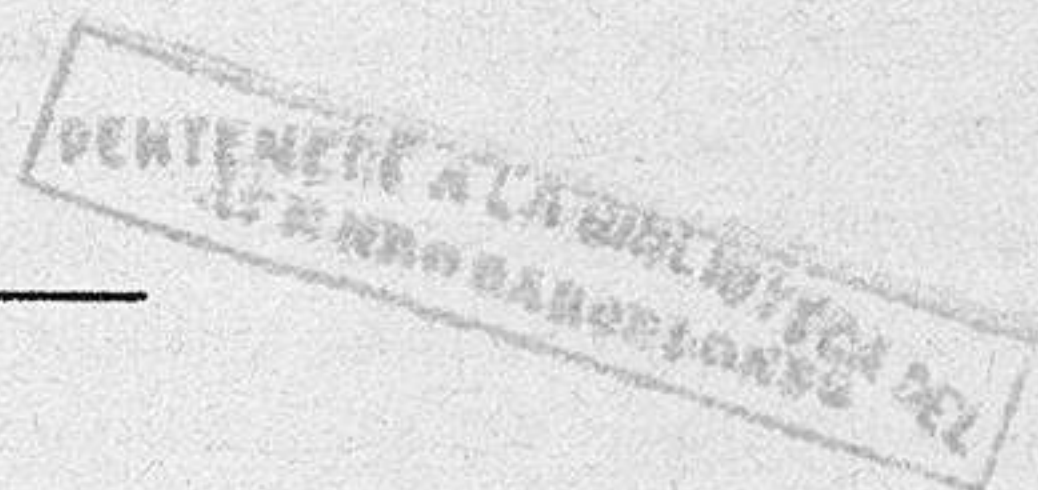
cos, notabilísimo en su género, tiene 36.000 galones (136.260 litros) de cabida.

La casa Lenk Wine Company prepara Catowbas secos, Catowbas dulces, Iowa, Nortons Virginia, Seedling, Iwes Seedling y un moscatel muy fino y aromático, como vinos blancos, y como tintos imitaciones de oporto y borgoñas y claretes de muy hermoso color.

Todos estos vinos son muy limpios y transparentes, frescos y bien cuidados. Se advierte en ellos el esmero y perfección con que se cuidan todos los detalles de la elaboración, desde la selección de las uvas hasta el último trasiego y embotellado.

Las imitaciones de oportos son muy astringentes é inferiores á los tintos dulces de Tarragona.

Todos estos vinos se exportan para las ciudades americanas del Este, siendo de notar que en la localidad se consumen muy poco.



Las cepas que más se cultivan en el condado de Pensilvania son: *Concord*, *Iwes*, *Hartford*, *Crevellings*, *Salem*, *Lady Martha*, *Duchess* y *Delaware*; la cepa *Concord* es la más productiva, sobre todo en las colinas con exposición bien aireada, vendiéndose de dos á tres centavos la libra de uva; con las cepas *Iwes* y *Concord* elaboran un vino tinto común bastante aceptable cuando tienen de dos á cuatro años, pero siempre con los caracteres de acidez, astringencia y un olor especial que algunos peritos llaman *zorruno*, y que es el que suelen presentar casi todos los vinos procedentes de las híbridas americanas, por mucho cuidado que los cosecheros pongan en su elaboración. En el Estado de Nueva York cultivan próximamente las

mismas variedades, pero con diferentes éxitos en los distintos distritos.

Se ve, pues, que en esta región americana hay buenos elementos para crear una industria, que al hacer al país productor de vinos buenos le harán asimismo consumidor y educará su gusto.

Esta industria, al desarrollarse por la mediación de mostos españoles, que prestarán sus propiedades para la mejora de los mostos americanos, es el resultado más práctico y permanente que en beneficio de la producción vinícola española puede obtenerse en Norte América, sin contar con que al afirmarse el gusto de este pueblo y extenderse el consumo, aumentará el mercado para los vinos finos de tipo ya creado en algunas de nuestras provincias vinícolas.

DR. V. VERA Y LÓPEZ,

Comisionado del gobierno español para el estudio de la vinicultura  
en los Estados Unidos.

# CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Política interior.—La dimisión del ministerio Sagasta.—Dificultades que halla todo gobierno en las continuas renovaciones del Parlamento.—El poder ministerial en nuestras reacciones y el poder legislativo en nuestra revolución última.—Necesidad imprescindible de tener gobiernos y Parlamentos largos en España.—Temores á caer en la situación de Portugal.—El partido republicano progresista.—Incompatibilidad entre los sendos métodos que adopta para su proceder y su conducta.—Conflicto de Alemania.—Condiciones del César germánico.—Factores componentes del Reichstag.—Protestas contra la glorificación de Bismarck.—Homenajes.—Guillermo II ante su ex Canciller.—Banquete de los bohemios contra la religión en París.—Reflexiones.—Conclusión.

## I

**O**misión imperdonable, si tratamos de historiar lo sucedido á nuestra vista y en los días corrientes, callarse sobre caso tan grave, como la crisis que trueca la política nuestra de radical en conservadora. Pero si no puedo callar la crisis, puedo callar los comentarios. No diré ni la idea más mínima, por cuyos asomos se presume el sentir y pensar míos acerca de todo cuanto pasa. Cada día más recluso en mi hogar, y más apartado de la política militante por ende, quédanme aún restos de empeños varios en la lucha y reverberaciones de varios recuerdos en el horizonte, para que desempeñe la crítica de los hechos con el sereno criterio de un juez imparcial. Historio y no juzgo. A mediados de Marzo

creyeron varios subalternos de la guarnición que debían tomarse la justicia por su mano en el castigo de artículos publicados por la prensa respecto de sus procederes; y creyeron las gentes que la justicia no se toma por los ciudadanos á capricho, y menos por los ciudadanos en armas, sino que se da por los tribunales en derecho. Y como lo creyeron las gentes, pensaron procedería el gobierno como ellas imaginaban; y el gobierno pensó tan sólo, tentados algunos medios de defensa ó sin siquiera tentarlos, en presentar una dimisión, acaso justificada y oportuna después de los esfuerzos naturales para defenderse, mas importuna é injustificable á la hora misma del no conjurado conflicto. Presentada esta dimisión, arbitráronse mil expedientes en busca de reemplazo á los dimisionarios. Unos propusieron la entrega del poder á los elementos militares y la huelga de los hombres civiles; otros interino ministerio de negocios gobernado por uno de los dos estadistas que presiden las Cámaras; éstos una situación liberal mandada por Martínez Campos; aquéllos una coalición de todos los partidos gobernantes por el mismo Martínez Campos presidida; los más un paso de espera con la vuelta de Sagasta y la continuación del ministerio, un tanto rehecho; los menos la entrega del poder á los conservadores. Tal copia de pareceres no revelaba otra cosa sino la inopia de soluciones aceptables. Y no se podían buscar soluciones, cuando faltaban del problema datos. ¿Qué había pasado aquí? ¿La guarnición estaba ó no en armas moralmente? Nadie lo creía. El acto de presentar su renuncia un general y reemplazarlo en la cabeza de nuestra guarnición otro, para muchos no tenía ningún otro particular objeto sino conjurar una dificultad del momento. Si la guarnición estaba sublevada, cual dicen por ahí, nadie sabe cómo y cuándo se sometió; y si estuvo sometida siempre, nadie sabe por qué presentó su renuncia el ministerio á un asomo sencillo y á un

amago más ó menos verdadero de sublevación, engendrada en rumores populares y no en la realidad y en la vida. Pero presentó su dimisión total sin motivo y no había que aguardar un reemplazo en razón. Casualmente ni se podía formar un ministerio Martínez Campos; ni se podía formar un ministerio de negocios y de componendas. El primero es necesario en Cuba y lo segundo no debe intentarse por ahora. Lo único que cabe, dentro de la organización actual, nacida del establecimiento de un régimen democrático, es, ó bien un ministerio conservador, ó bien un ministerio progresivo. Y el ministerio progresivo pudo caer antes ó pudo caer después de lo que ha caído sin daño. Mientras, al caer en la hora de votarse los presupuestos, sin estar legalizada la situación económica, ni haber conseguido del Parlamento el gobierno la indispensable autorización para cobrar las contribuciones, cae, no sólo en daño de su partido, en daño del país. Estudiando las causas del desconcierto, que descompuso una monarquía tan fuerte como la monarquía de doña Isabel II, salta, entre las principales, el sinnúmero de presidentes, que debilitaron el poder ministerial é hicieron fuesen los asuntos del gobierno manga por hombro. Estudiando las causas del desconcierto, que descompuso una Revolución por sí tan fecunda como la Revolución de Setiembre, salta, entre las principales, el número de Cortes, que debilitaron el poder legislativo, é hicieron fueran los asuntos del Estado manga por hombro. Abriríanseme á mí las carnes, de llevar esta responsabilidad inmensa del poder, si á cada dos años hubiera de convocar unas Cortes, y abrir un período electoral en que toda fácil administración se suspende, y constituir un Congreso nuevo con las interminables discusiones de actas, y leer un mensaje y contestarlo, sin que ande la máquina con regularidad, cuando, apenas montada, empiezan ya los ingenieros, sus remontantes, con los maquinistas, sus manipuladores, á desmontarla. En Inglaterra y Francia,

donde las elecciones no tienen tantas dificultades como entre nosotros, y los Parlamentos no malgastan en su constitución el tiempo que malgastamos en España, jamás hay elecciones, sino á la hora fija en que los códigos fundamentales suelen señalarlas, sin esta triste anticipación, que todo buen intento frustra y todo alto poder debilita en movilidad vertiginosa. Cuando mi amigo el Sr. Cánovas se partió de la pública gobernación, porque dice le habían llamado insoportable, roguéle yo por medio de amigos comunes que no se fuera, sino después de terminado el plazo legal de las Cortes; ahora hele rogado al Sr. Sagasta directamente y de palabra en las visitas de obligación á los gobernantes del país en sus trances de amargura que no se fuese, por lo menos hasta después de legalizada la situación económica; ni uno ni otro me oyeron; ambos se dejaron el poder antes de tiempo: que Dios no se los tome, no, en cuenta. Ya tenemos democracia y libertad más ó menos maltrechas. ¿Cuándo tendremos gobierno? Pocas esperanzas abriga uno en vista de nuestras desgracias. En primer lugar, la guerra de Cuba quebranta mucho nuestra reconstitución económica. En segundo lugar, el disentimiento entre los dos grupos del partido conservador quebranta mucho á éste para la gobernación pública. En tercer lugar, cualquier desavenencia entre una mayoría liberal y un ministerio conservador, podría de suyo abrir el período por que han entrado en Portugal, el período de legislar sin Cámaras, que, por la complexión particular de nuestros hermanos, allí no tiene los peligros posibles para todo y para todos que aquí en España. Hagamos votos por que la situación en paz se resuelva, y acabado pronto lo de Cuba, nos consagremos á continuar mejorando nuestro estado económico.

## II

Pero, con esto y con todo, permitid que lamente la rápida descomposición de congresos y gobiernos. Si únicamente se disolvieran los congresos y los gobiernos, vaya en gracia, mientras quedaran los moldes en que los gobiernos y los congresos se forjan, mientras quedaran los partidos. Pero también se acaban los partidos. Líbreme Dios de referir cómo ha entrado el partido conservador y cómo se va el partido liberal: no quiero echar al fuego ni un hacecito de leña. Mas, aun los partidos que representan la historia y los partidos que representan la renovación, esos en quienes predominan las ideas sobre los intereses, ¡oh! se descomponen á su vez y para siempre. Nos lo ha mostrado ayer el partido carlista en su acta de Azpeitia; nos lo muestra hoy el partido republicano en su asamblea de reorganización. Todo el debate ha versado sobre un problema, que yo presenté al jefe de los radicales, el día de mi partida desde París á Madrid, para tomar asiento en el primer Congreso de la Restauración, todo el debate ha versado sobre los procedimientos á seguir y no sobre las ideas á proclamar. Y en verdad se ha hecho perfectamente, prefiriendo el método al sistema, porque de un proceder sale conservador programa y del proceder opuesto programa radical. He dicho siempre que las especies trabajadoras tienen por el principio de las finalidades naturaleza y organismo de industriosas, mientras las especies combatientes naturaleza y organismo de combate. Mirad la hormiga y el tigre. Así como no cabe duda de que la educación, apropiada de suyo al ministerio que

deben desempeñar y al fin que deben cumplir las especies, modifica mucho éstas, como el cultivo las plantas, haciendo del pacífico buey un toro bravo, no cabe duda tampoco de que los partidos se modifican al cuidado puesto en dirigirlos por sus jefes y se apropian en su organización á la finalidad capital para que son criados. Si tenéis que hacer pronunciamiento y revolución, inútil todo lo que hagáis por estar en la legalidad. Necesitaréis para constituir un partido de revolución, revolucionarios cuando son demócratas; y para constituir un partido de guerra civil, guerrilleros cuando son carlistas; pero un partido de ciudadanos deberá someterse á las leyes y no destruirlas; trabajar por el mejor derecho ideal dentro del viejo derecho constituido hasta trocar la barricada por la tribuna y el fusil por el periódico. Así lo hicimos nosotros durante aquellos días en que, perdida toda esperanza de llevar los partidos liberales al gobierno y la libertad al Estado, pusímonos á conspirar con ánimo resuelto de traer una revolución; así lo hicimos, y nos dejamos de comicios y de Cámaras, apercibiendo en las sombras los explosibles necesarios para hacer saltar el trono de doña Isabel II, con las ideas necesarias para poner en reemplazo de los principios retrógrados el dogma de la soberanía nacional y el gobierno de la democracia progresiva. Mas luego, cuando una república generada por la legalidad fué destruida por la revolución, extirpamos de nosotros cuanto pudiera oler á revolucionario, y quemamos los viejos libros de caballería, proponiéndonos organizar un partido de legalidad, consagrado á restaurar en las leyes y en el Parlamento lo sustancial de la democracia: empeño, para cuyo logro bastaba con desglosar del método las violencias y las utopías en el objeto de nuestros esfuerzos y en el programa de nuestros principios. Cuando debíamos hacer una revolución inmediata, nos organizamos en legión revolucionaria; y cuando teníamos que hacer una legalidad democrática, nos or-



ganizamos en partido legal. Pero los republicanos progresistas, después de mil dimes y diretes, hanse organizado en revolucionarios y legales al mismo tiempo, como si el propósito de la revolución inmediata no anulara el propósito de la inmanente legalidad, y el propósito de la inmanente legalidad no anulara el propósito de la inmediata revolución. Aunque no tuviera otro defecto lo acordado, tendría el insuperable de que los revolucionarios, metidos dentro de la legalidad, perturban esta sin objeto y sin esperanza por fingir que hacen algo; y los legales, metidos dentro de la revolución, acaban por detenerla, cuando no impedirle siempre y por declararse dolorosamente sorprendidos, si va de veras la cosa y estalla una explosión imponente, como las dos célebres habidas en los últimos lustros. Si todos los republicanos hubieran estado á favor de la revolución, seguramente no marra- ran con la facilidad que han marrado los esfuerzos revolu- cionarios hechos por la república tantas veces. Y si to- dos hubieran estado dentro de la legalidad, como nos- otros los posibilistas, reformas, en cuya consecución se han tardado veinte años, hubiéranse cumplido los cin- co, siendo la organización del partido liberal más ro- busta y más largos los períodos de su gobierno, porque la democracia, unida y pacificada, turnando con los con- servadores en el poder, hubiese llevado á los liberales el agente mayor de vida pública, una sana y verda- dera popularidad. Quien á dos liebres dispara un solo tiro, no caza ninguna. Y si esto le ha pasado á la revolución, que ha sido desdichadísima, por no reunir bastantes fac- tores en la multiplicación de sus fuerzas; y á la evolución, quien, más feliz y más acertada, no ha sido, sin embargo, todo lo pronta y todo lo eficaz que debiera, ¿cuál será hoy la suerte del partido progresista, descabezado por dimisión de su jefe, y llevando dentro de sí, con ideas contradicto- rias, procedimientos inconciliables? En vano trata de vi-

vir: la muerte le persigue y acosa en todas partes, y no la muerte violenta producida por golpes asestados desde afuera, la muerte por descomposición interior irremediable. Y le pasa esto, porque la Naturaleza, implacable de suyo en eliminar todo aquello que no sirve á sus fines, destroza los organismos, destruyendo el medio ambiente, dentro de cuyo seno debían vivir y nutrirse, tras la cual destrucción jamás vuelven á reaparecer en la sociedad, como no reaparecen nunca en la tierra los animales extintos, petrificados en las zonas predecesoras del período en que apareció nuestra especie racional y humana. Estarán todo lo amenazadas que quiera el pesimismo nuestras libertades; pero no hay medio de negar su existencia, y menos de creerlas tan poco eficaces, que no destruyan ellas con sus efluvios de racional y justo derecho las violencias y las guerras connaturales y consiguientes á toda revolución. Existen partidos revolucionarios; no existe pueblo revolucionario en ciudad ninguna de nuestra patria, donde pululaban en tanto número, cuando era moza la generación que trajo los principios democráticos á nuestra sociedad y los encarnó en nuestra vida. Si pudiéramos tener la duda menor á este respecto, bastaría para desvanecerla el espectáculo de los últimos días, en que, faltos de gobierno, y creyendo todos con engaño hallarse bajo una sublevación militar, no se ha lanzado por el pueblo un grito popular. Descanse en paz el partido progresista.

### III

Mas demos de mano á los asuntos propios y convirtámonos á los asuntos extraños. El escándalo de los escándalos en la semana corriente ha sido la negativa del

Reichstag á enviar un voto de gracias al canciller en el octogésimo año de su avanzada edad. Habíalo propuesto el emperador, y cuando el emperador propone algo, aun á poderes muy vecinos del suyo, no les queda otro remedio sino escuchar la proposición, cual si fuera un verdadero mensaje de lo alto, y aceptarla sin pestañear, haciendo de las tripas corazón en los valles profundos de la obediencia. Pero es el caso que, como no tenga la perseverancia entre los dones enviados por el Espíritu Santo á Guillermo II, precisa detenerse y pararse un poco al cumplir cualquier dictado de aquella voluntad superior para ver si esos alardes que los dictan, ó son de luz propia, brillando en alguna continuidad, ó son relampagueos de los que cruzan por una frente olímpica y caen luego en los abismos de una perpetua oscuridad, como si jamás hubieran culebreado por ninguna parte. Predicador teológico unas veces, disertante de materia histórica otras, músico de himnos análogos á los compuestos para las fiestas olímpicas en Grecia, caballero de la Orden Teutónica resucitando los tiempos católicos y feudales como cualquiera de los héroes evocados por Wagner en sus óperas, economista de la protección y del cambio libre alternados; ya en lo alto de las montañas como el mismísimo fray Martín de la Watzburgo cuando le tiraba el tintero á Satanás en la cabeza y traducía el Evangelio á lengua vulgar; navegante y colonizador como aquellos hijos lusitanos de la célebre Lancaster, que iban desde las bocas del Tajo á los mares de la Escandinavia y del Congo; jinete y piloto y orador y poeta, le caen tantos oficios en lote y le pasan tantos conceptos por el cacumen, que no sabe con él uno á qué palo quedarse, y entre tamaño número de pensamientos cuál queda y se fija en su perplejísimo cerebro. No hace mucho tronaba contra los rurales y por el cambio libre con ánimo de captarse la benevolencia rusa; y hace poco se acaba de volver á los rura-

les nuevamente y á sus protecciones y á sus monopolios, importándole un ardite Rusia, mientras se muestra en otro cambio brusco ahora desligado por última vez de semejantes veleidades y vuelto á un compás de tranquila espera en equilibrio, poco durable á la verdad, entre los centenos germánicos y los centenos moscovitas. Pues en materia de personas acaécele algo parecido á lo que le acaece á su vez en materia de ideas. Nadie adoró al canceller Bismarck como le adorara él en la triste travesía desde la muerte de Guillermo I, su abuelo, á la muerte de Federico III, su padre. Atormentaba el ministro al moribundo y adulaba el hijo al atormentador del mártir en las ansias de su muerte, llegando al extremo de asegurar que aquel tenía en sus manos la bandera del imperio, cosa privativa de los emperadores. Diríasele, al verlo en tal idolatría, pronto á cederle de verdad una diadema, casi honoraria tan sólo en sus ungidas sienes de César. Y á los pocos meses del entusiasta obsequio, arroja del gobierno, como un criado, á quien había puesto en el santuario, como un Dios. Y en cuanto nombró á Caprivi, segundo canceller del Imperio alemán, la despedida del primero no se redujo á mera desgracia, trajo aparejada una horrible persecución. El recuerdo de aquel viaje de Bismarck desde su destierro á Viena, con motivo del casamiento de su Herberto, viaje horroroso, en que dió el César la orden de tratar al fundador del Imperio como un enemigo del Imperio, no puede haberse borrado de un ánimo, grande, grandísimo en sus ideas y en sus empresas, pero también grandemente vengativo y rencoroso en sus odios. Mas la decoración ha cambiado. Guillermo, á guisa de Dios, ofrece nueva metamorfosis en sus cambios continuos. Como de librecambista se ha pasado á proteccionista, y de mantenedor del muy liberal Caprivi á mantenedor del muy reaccionario Hohenlohe, hale también asaltado, como un acceso de fiebre cuartana, la pasión por Bismarck. Un día, de súbito,

le sobrecogieron remordimientos por todo lo hecho con el grande hombre; y temeroso del juicio que pudiera formar la posteridad de su agradecimiento, le mandó un barril de vino viejo, para que lo apurara en su honor, y una copa de alianza donde escanciarlo y bebérselo. Hízole después una visita en su casa de campo, habiéndole ofrecido todos los sitios imperiales de su pertenencia, para que pudiese pasar con calma los últimos días de su vida; y como no aceptase la hospitalidad larga de años, obligóle á sufrir la hospitalidad pasajera de algunos días bajo los techos del cesáreo palacio. Y ahora se había empeñado en que la grande Asamblea de Alemania, llamada Reichstag, le diese un voto de gracias al ex canciller parecido á los votos de gracias que le habían mandado sus augustos labios, después de inferirle tantas ofensas y condenarle á una irreparable desgracia. Mas el Reichstag, como producto de la unidad germánica, guarda mucha gente poco favorable al canciller, y como producto del sufragio universal no entiende cosa en acahaque de zalameos y adulaciones á quien tiene todas las grandezas, pero, entre todas, la menos aceptable á los cuerpos deliberantes, la grandeza de un conquistador y de un déspota. Los parlamentarios, acosados por las burlas un tanto pesadas del viejo canciller; los progresistas, desdeñados siempre, aunque sus ideas constituían el alma de la unidad germánica; los poloneses, á quienes se les recordaba sin tregua ni descanso la desmembración de su patria y la eternidad de su esclavitud; los federales y separatistas, hechos á vivir en sus estrechas viviendas y estadillos é incapacitados de comprender el nuevo Imperio alemán, bien diverso del viejo y derribado en Sadowa; tanto católico de todas las regiones alemanas, malheridos en sus creencias por las bárbaras leyes de Mayo parecidas á los rescriptos de Diocleciano contra los discípulos del primitivo Cristianismo; los socialistas despedidos del derecho y acosados como facciosos,

no podían pasar por la triste apoteosis del opresor, y convinieron en decir que si la obra del canciller se distinguía mucho, resaltaban entre todas sus distinciones las capitales de opresiva y violenta. Con efecto, no se distinguía el pensamiento de Bismarck, cual no se distinguía el pensamiento de Cavour por una grande originalidad, habiéndolos alcanzado en inspiraciones divinas y formuládoslos en palabras fulgurantes y ungídoslos con fecunda sangre de mártires aquellos profetas del revolucionario año 48, cuyas almas se parecían á las angélicas y creadoras que iban sembrando soles en el éter increado los primeros días de la creación; pues templos de ideales fueron aquellas asambleas, aparecidas y desaparecidas en un minuto, para dejar tras sí estelas, de cuyas fosforescencias se han formado cien mundos. Pero Cavour tomó la idea del pensamiento revolucionario, y supo conservarla para la libertad, mientras la tomó Bismarck del mismo pensamiento, y sólo supo en homenaje y holocausto ofrecerla, inconsecuente y falaz, al despotismo.

#### IV

En el conflicto alemán se ha comprobado mi vieja tesis acerca del canciller: gran ministro de política exterior, pésimo ministro de política interior. En lo exterior ha contenido al imperio moscovita sin detener la descomposición del turco; ha destronado al Mediodía el imperio de los Hapsburgos; ha demolido el imperio de los Bonapartes al Occidente; ha coronado la obra de Italia impeliéndola en sus triunfos á ceñirse la diadema de su independencia en la Ciudad Eterna; ha dispuesto á su grado del

viejo continente. Mas, en la política interior, unos Estados segundos, cada día más divididos del Estado central, sin coordinaciones verdaderas entre todos ellos y sin sujeción al emperador, obedecido con resistencias bien manifiestas como en los tiempos feudales; un insolente patriciado agrario, sin títulos al poder, y pidiéndolo siempre, desde petrificada é inverosímil Asamblea, que llega, en sus desvaríos reaccionarios, á proponer el estanco de los cereales; un partido conservador, compuesto, más bien de cortesanos apercebidos á votar cuanto quiera el César, que de políticos; unos presupuestos militares, crecidos y gravosos, bajo cuya pesadumbre la industria cae aplastada y el trabajo padece de perdurable anemia; unas fracciones religiosas de carácter ortodoxo católico, dispuestas á sumarse con todos cuantos abriguen afectos de rebeldía en su pecho, si quier sean revolucionarios, con tal de prosperar sus comunidades; otros grupos de carácter pesimista, en cuyo seno entran desde los poloneses hasta los alsacianos, quienes disculpan cuanto hacen de perturbador con la suprema y atractiva razón de su patriotismo; un movimiento antisemita, indigno de la raza que cree haber emancipado la conciencia humana con su revolución religiosa; el partido socialista más formidable de Europa entera demuestran á una cuán funesto ha sido que la gloria de tres conquistadores, como Guillermo, Bismarck y Moltke, se haya sobrepuesto al derecho y á la libertad de todos. Así, habremos de comprender y explicar la insistencia puesta por hombres del temple de Richter y del saber de Wirchow á reconocer los servicios prestados al oprimido por el opresor, cuya fuerza crece sin medida y cuya soberbia se insolenta con escándalo, siempre que ve algún reconocimiento en los opresos, más ó menos voluntario, de su grandeza y de su gloria. No hay, habrán dicho los progresistas de la Cámara opuestos al voto de gracias, cosa ninguna que valga donde faltan el derecho y la

libertad, como no hay habitable tierra sin aire y sin luz. Nosotros tenemos un ejemplo de esto en la Historia patria. No existieron jamás en todos los anales germánicos cuatro figuras comparables á las figuras de los Reyes Católicos, de Carlos V, de Felipe II. Y, sin embargo, á los primeros no les hemos perdonado que fundaran la Inquisición y expulsasen los judíos, como no les hemos perdonado á los últimos que mataran en Villalar los municipios de Castilla y en Zaragoza las Cortes de Aragón, sin dejar de reconocer por ello su gloria y su grandeza. Los que siempre anteponemos la libertad á la fuerza, estamos en espíritu con todos cuantos han votado contra que una Cámara, como el Parlamento alemán, se arrojase á los pies de un vencedor como Bismarck, contrario á las instituciones parlamentarias, de cuyos acuerdos prescindió al preparar Sadowa, y en cuyo seno entró con botas, látigo y espuelas después de Sedán. Imposible pedirle á una colectividad que se despoje de su espíritu colectivo. Imposible pedirle que aclame á quien la ofende y la niega. El Parlamento alemán podía dejar á los demás factores públicos, al emperador, al ejército, á los cuerpos colegisladores prusianos, que aclamaran y enaltecieran á Bismarck, pues les dió, ya una corona imperial, arrancada de la dinastía ilustre, á quien la entregó el poder y la gloria de Carlos V; ya un reguero de triunfos, que se dilata desde los campos bohemios á los turenos campos; ya el predominio absoluto de la Prusia protestante y boreal sobre los Estados meridionales y católicos; ya la hegemonía diplomática en Europa; mas no podía prestar él homenaje ninguno al Dictador, que, si le ha dado vida, se la dió para oprimirlo y humillarlo. Quien dice que Bismarck regaló á los alemanes el sufragio universal, desbarrá, como quien dijera que les había dado la tierra de que se nutren sus fibras ó la atmósfera en que respiran sus pulmones: el mundo europeo es una democracia contra



Bismarck, sobre Bismarck, y la democracia tiene por carácter primero el sufragio universal.

## V

Sabiase ya que aguardaban emperador y canciller el día 23 para presentar la proposición del voto de gracias en el Reichstag. Teníanle, magüer su omnipotencia, un miedo á éste de todos los demonios. Así hubo ensayo previo, para que no saliese la terrible sesión, por poco apercebida, mal representada. La hora reglamentaria de abrir las sesiones en el Parlamento alemán es la una. Como á esa hora no podían estar presentes los diputados del Reichstag adscritos también á la Dieta prusiana, todos favorables al voto de las apoteosis, propuso el presidente alterar la hora y abrir en punto de las dos el 23. No un socialista, un redomado conservador, levantóse airadísimo á decir que por nada, ni por nadie, debían los diputados alterar la hora decretada de antiguo para reabrir sus sesiones. Y el Parlamento votó por la proposición del diputado y contra la proposición del presidente. Acuerdo tamaño decidía ya de la cuestión. Era cosa decretada la negativa del voto de gracias al mayor hombre que ha tenido Alemania y que tendrá, según frase de sus admiradores. El presidente Levetzow, presenta la proposición de manera modesta, pidiendo á la Cámara que le autorizase á ofrecer sus felicitaciones al alemán mayor de toda Alemania el día 1.º de Abril, en que cumple ochenta años. Un jefe de los católicos abre la marcha del bando contrario á lo propuesto, con la remembranza del código dioclecianesco de Mayo en el rostro; sigue al jefe del centro un jefe de la izquierda democrática, diciendo cómo los man-

tenedores del derecho de todos á la soberanía nacional no pueden felicitar á quien vincula esta soberanía en uno solo; sigue al demócrata un socialista, evocando, para justificación de su voto negativo, las persecuciones que han martirizado á los suyos, faltos de las más rudimentarias libertades, suprimidas por el férreo canciller; tras los socialistas vienen los poloneses, y muestran el cádaver de Polonia como los patricios romanos el cádaver de Lucrecia y los plebeyos el cadáver de Virginia; en medio todo esto, de vociferaciones y de clamores en los desairados, cuyo estruendo aumenta el escándalo de una votación, opuesta con sereno y reflexivo juicio de todos á las voluntariedades arbitrarias del joven emperador y á la soberbia despótica del depuesto canciller. Ciento sesenta y tres votos contra ciento cuarenta y seis rechazaron la proposición. Imposible pintar cómo tomaron el voto quienes lo habían preparado con tan grande antelación y pedídolo con tan repetidas instancias. El emperador dirigió al ex canciller un telegrama fulminante de quejas contra el Reichstag, quien al cabo no había sido con el grande hombre tan ingrato como él, y habló de despedir una Cámara capaz de tan increíble desacato, como años hace despidiera él á su primer ministro sin acatamiento ninguno. El presidente y el vicepresidente del Reichstag presentaron sus respectivas dimisiones, aun á riesgo de que los reemplazasen y sucediesen dos comunistas. Las compensaciones al desaire se arreglaron luego del modo mejor posible. Casi todos los que votaron en pro de las felicitaciones; una parte considerable de los señores feudales que parecen embotellados en sus redomas desde los siglos anteriores á la guerra y levantamiento de los labriegos, según el ceño feudal que muestran poco disimulado so el ala de un sombrero inglés y parlamentario; el Parlamento prusiano todo entero, con excepción de los enfermos accidentales y de los enfermos crónicos, acudieron en son de protesta y aclamaron al glo-

rioso anciano, á la puerta de aquel retiro, por pinos y malezas rodeado, que le dan sombríos aires de panteón apercebido á contener un gran muerto. Como cumple á un verdadero conquistador, vestido, no con el traje civil que llevarían Gladstone y Cavour y Crispi, de uniforme militar, el casco y el sable de rúbrica; muy fuerte su cuerpo y robusto, aunque no muy erguido, pues la edad le pesa un poco sobre las espaldas, encorvándolas, Bismarck pronuncia con voz temblorosa por la emoción que lo embarga, un discurso en recuerdo de los grandes muertos, en homenaje al victorioso ejército, en acción de gracias al emperador, sin dirigir más que velada, y débil alusión al Reichstag, pero mostrando el dolor incurable de la herida que le abrieron al bajarlo de un pedestal, si combatido y zozobranante, superior á los varios altares erigidos ahora en su honra y gloria por el mismo autor de su inmerecida desgracia, reo, más que ningún otro alemán, de irreparable ingratitud al fundador de la Germania moderna. Los remordimientos más acerbos deben taladrarle las sienes á este respecto; pues, no bastando al César la expedición de trenes parlamentarios y especiales, hase ido en persona, montado sobre su mejor trotón de combate; ciñendo todas las armas propias de un general y llevando todas sus insignias como un Dios; á presentarle al canciller en su cumpleaños una espada hecha toda de oro y resplandeciente como un rayo del cielo. Con este motivo ha pronunciado un discurso muy semejante al aria que el héroe canta en la tetralogía de Wagner, cuando forja por las sinuosidades del monte, y entre las selvas, sobre una mole de hierro y bajo una fragua de titanes, la espada maravillosa que había de servir luego para inmolar las víctimas á los dioses guerreros y darle paso á las cruentas victorias. El orador imperial no ha tenido que morderse la lengua para decir cómo la espada era el blasón de su imperio. Pues yo antepongo un imperio teniendo por blasón el hie-

rrero destinado al cultivo á un imperio teniendo por blasón el hierro destinado á la matanza. Prefiero Prometeo con su vivificadora luz en la mano á Thor con sus demoledores martillos. El joven César ha disertado mucho sobre lo que Bismarck es como soldado; y Bismarck ha insistido en lo que se cree como gobernante y diplomático, sin duda para echarse del hombro lo ridículo de aquellos cesáreos alardes, cuyas sacudidas le arrojan de la Cancillería sin motivo, para luego adjudicarle palmas de general sin razón. La mayor apoteosis que podría consagrarse á su persona, en mi sentir, habría de ser volverlo al Cancillerato y dejarlo morir en las cumbres altísimas para que ha nacido, y de las cuales hale un día echado el mismo que lo corona y que lo diviniza. Unos pocos meses de poder halagarían más á Bismarck que tantos gárrulos ruidos de divinización y de apoteosis.

## VI

Un banquete singularísimo va pronto á celebrarse por grande número de sabios con motivo del pleito, muy embrollado y recrudecido ahora por circunstancias varias, entre la religión y la ciencia. Este otoño se presentó en el Vaticano á rendir sus homenajes al Papa el insigne director de la *Revista de Ambos Mundos*, puesto por el asentimiento universal de todos los literatos entre los primeros escritores y críticos del siglo. Al salir de su entrevista, guardó la reserva cumplidera en todos cuantos tienen la honra de conversar con el augusto anciano que rige al mundo católico; y escribió tan sólo un artículo muy trascendental, en cuyo contexto no decía nada del Papa; mas decía de su propia cosecha que las almas se ha-

bían ido poco á poco separando de la ciencia por haber hecho la ciencia completa bancarrota. Y con este motivo, los impíos al uso hanse vuelto hacia el vulgar y pesado libro de Drappe, sobre los conflictos entre la fe y la razón, para reabrir una guerra que parecía cerrada y que no tiene motivos ni justificaciones ahora. Conozco perfectamente la existencia perenne de luchas entre la teología y la metafísica, como suele haberlas entre la metafísica y las ciencias exactas; pero así como se corresponden las notas del pentagrama con los colores del prisma, se corresponden la religión y la ciencia, las cuales, si no se armonizan y encuentran en el espacio limitadísimo alcanzado por nuestros ojos, se armonizan y encuentran en lo infinito. Es innegable que, al pasar las ideas en la inteligencia por su carácter inferior de nociones, se contradicen, y que, al subir por los cielos de la razón pura y tomar la incondicionalidad de lo universal, se armonizan componiendo mónadas celestes y unidades divinas. Pero así como los católicos exagerados maldicen la ciencia moderna de nuestros pensadores; los positivistas intransigentes maldicen la vieja y santa religión de nuestros padres. Desde las revistas diversas y desde las publicaciones diarias, lánzanse los piadosos y los sabios franceses bombas, que arman un fragor espantoso y están llenas de proyectiles asesinos. Ya lo he dicho, hasta banquetes van á celebrarse pronto en honor de los que quieren trocar la ciencia en religión y la religión en ciencia, siquier se trastornen todas las leyes del mundo moral y se queden reducidas á pura física la teología y la metafísica. El sabio Berthelot, que promete sustentarnos con pomos de químicas esencias, encargadas de desterrar los solomillos y los pavos, presidirá el banquete á cinco pesetas cubierto. Zola promete asistir, porque le ha tomado al darwinismo su ley de la herencia, y no quiere abandonarla en este grave paso, con tanto mayor motivo, cuanto que, habiendo dispensado

el Pontífice á Brunetière la honra de una audiencia particular, y no habiéndosela dispensado á él, como Brunetière habla de la bancarrota del saber, tócale hablar á su lengua tan escuchada y á su pluma tan leída de la bancarrota del creer. No ha faltado diario que se ría del banquete; ni positivista que se vengue del diario. ¡Ciencia y Religión! Me llamaréis ecléctico y sincretista; pero creo indispensables las dos á nuestra vida. Existe una Religión como existe un Arte, como existe una Ciencia, como existe un Estado. Y para despojar á la humanidad entera del arte y sus ensueños, tendríais que arrancarle las entrañas, el corazón, y todos sus sentimientos; y para despojarla de la ciencia, tendríais que apagarle, allá, en las facultades múltiples del alma, su razón, sus ideas; y para despojarla del templo, del altar, del claustro, del ex voto, tendríais que hacerla un ser pegado á la tierra como el pólipo á la roca, sin recuerdos santos de su origen divino y sin esperanza ninguna en los misterios de la inmortalidad. Durará la religión sobre el planeta lo que el hombre dure, existiendo así una inextinguible aspiración, que sube desde lo profundo á las alturas, y una grande inspiración, que baja desde las alturas sobre los espíritus. Indudablemente lo sobrenatural existe; pero no como una contradicción de lo natural, como una idealidad y una norma. Prescindir de la naturaleza por la religión equivale á prescindir de la religión por la naturaleza. Como no podemos separar cuerpo y alma sin traer la muerte, no podemos separar Dios y humanidad sin traer el absurdo. Ningún adelanto fisiológico ha podido encontrar en sus estudios y experiencias la secreción del cerebro que se llama pensamiento. Todas las ciencias cosmológicas no han hecho en sus progresos más que aumentar, digámoslo así, lo infinito, demostrando cómo nos rodea por todas partes, tanto en el espacio material como en las inmateriales ideas. Ninguno de los adelantos científicos ha podido destruir la religión, por lo mis-

mo que la religión no es ciencia; y ninguna de las religiones se ha propuesto demostrar su base de misterios, pues dejarían de serlo, en cuanto los disecase un crítico y los comprobara por manera matemática un matemático. Yo pregunto en qué la idea de Dios se ha menguado porque haya el telescopio extendido los cielos; porque haya el espectro solar traído en sus maravillosas descomposiciones el oxígeno, ardiendo allá en los confines de las vías lácteas, al radio de la humana experiencia; porque la geología en sus investigaciones haya podido aumentar la nobleza del planeta nuestro, acrecentando la genealogía y el número de sus edades; porque las ciencias naturales hayan coordinado en sistema racional y en serie lógica todas las especies; porque la química en sus retortas y substratos haya mostrado la unidad de la materia, y haya mostrado la mecánica por su parte la unidad de las fuerzas; porque las máquinas eléctricas, los barómetros, los termómetros, los pararrayos, hayan sometido la naturaleza más y más á nuestro dominio, pesado el aire, medido el calor, señaládole al rayo un camino en el suelo, puesto á las plantas del hombre los relámpagos, como á las plantas de Dios; porque nuevas revelaciones científicas hayan aumentado el concepto de nuestro Criador en el alma y traído á nuestra especie, con una grandeza moral inconmensurable, nuevas gradas para subir al cielo y nuevos títulos para merecer la eternidad. No se puede, no, emplear en las religiones el criterio empleado en las ciencias. Allégase la verdad científica por nuestra razón pura, y allégase la verdad religiosa por el sentimiento, por la fe, por luminosísimas intuiciones. Ni los Vedas, ni las Biblias, ni los Evangelios han querido revelar ciencias ó artes. Necesitados todos esos libros de poner las verdades morales y dogmáticas á los tardos alcances de las muchedumbres, no se han curado, ni podido curarse, del rigor científico. Las religiones no tienen para qué decir cómo se mueven

los astros, cómo se generan las especies, cómo se coordinan los seres, cómo se forman los fluidos: les basta con decir que un Dios existe, que se relaciona ese Dios con las ideas y con las cosas, que tiene una providencia para la historia y una ley para la naturaleza y una religión para la inteligencia y una moral para la voluntad, moral cuyo cumplimiento nos hará buenos en esta vida y bienaventurados en la otra. No hay esos supuestos conflictos entre la religión y la ciencia, sino cuando se quiere hacer de la parte litúrgica, de la parte histórica, de la parte circunstancial en toda religión, algo consustancialísimo con ella como su parte dogmática y moral. Por consiguiente, hay que dejar la ciencia libre, sean cualesquiera sus sistemas, en la seguridad completa de que no podrá nunca poner en sus retortas la espiritualidad del alma, ni las secreciones del pensamiento, como no podrá enterrar á Dios en sus más ó menos atrevidos conceptos. Cual no pueden las artes confundirse unas con otras, sin perderse todas, no pueden la ciencia, la religión, la política, el derecho, el Estado, confundirse sin desnaturalizarse. ¡Cuántas veces no están las transmisiones de los sentidos al cerebro en contradicción abierta con las ideas! ¿Os los arrancáis por eso? Pues no podéis arrancar la religión de vuestro pecho porque alguna vez contradiga la ciencia de vuestra mente. Creedla siempre, y practicadla siempre, creed y practicar la religión, para que seáis salvos. Dejad, dejad á cada manifestación del espíritu el espacio inmenso de su libertad, y veréis cómo resultan todas concéntricas, gravitando en torno de Dios, á la manera que en torno del sol gravitan los planetas. ¿Pues no se ha formado en las ideas platónicas el dogma católico? Los cánones de nuestra fe proclamados en el símbolo de Nicea, ¿no han tomado una parte de su espíritu en las escuelas alejandrinas? ¿No ha servido el Aristóteles traducido en Córdoba por los árabes de base á la Summa teológica de Santo Tomás?



Los adelantos filológicos han cooperado mucho á la reconciliación entre la fe y la ciencia. Por consiguiente, no hay bancarrota de la religión y no hay bancarrota de la ciencia. Lo que hay es el predominio en la una del criterio racional y en la otra del criterio intuitivo, pero armonizándose ambas, como se armonizan el corazón y el cerebro en nuestro cuerpo, armonizándose ambas en las relaciones de los seres creados con su divino Creador.

EMILIO CASTELAR.

# LA PRENSA INTERNACIONAL

---

## El movimiento literario en Turquía.

**T**area espinosísima es la de hablar de literatura turca á un público que tiene ideas preconcebidas acerca de la inmovilidad intelectual de las naciones orientales; tarea tanto más difícil, cuanto que, estando poco difundidos en Turquía los libros de crítica, existe allí gran disconformidad de pareceres respecto al mérito particular de cada autor. No emitiré aquí, pues, ningún juicio de conjunto ni discutiré detalles de escuela, limitándome á indicar el movimiento intelectual que ha representado un papel predominante en la historia moderna de Turquía, señalar sus principales tendencias, y caracterizar á algunos de los escritores turcos cuya fama parece ser ya un hecho consumado para la historia otomana.

La literatura turca intentó por vez primera eximirse de la tutela de las tradiciones árabes y persas en los comienzos del siglo XIX, durante el reinado de Selim III, con los escritos del ulema Aassem. Selim pagó con la vida sus esfuerzos para reorganizar el imperio; y Aassem, solo y menospreciado en medio de los literatos de su tiempo, tampoco fué comprendido. Muy luego, reanudó Chinassi su labor. Mientras que Medjid hacía suyos los planes de Selim, Chinassi, dedicándose por

completo á las reformas iniciadas por el ulema precursor, consiguió por fin dotar á Turquía de una lengua nacional fácil y flexible, capaz de plegarse á las ideas de progreso, libre de las frases ampulosas y de las exquisiteces que en ella habían introducido los alientos épicos de los árabes y el amaneramiento afeminado de los persas; en una palabra: al alcance de todos y dejando de ser dominio exclusivo de una casta de teólogos y de aficionados á las letras.

Recordemos en pocas líneas el pasado de esta lengua. Los turcos-otomanos son una rama de ese numeroso pueblo turco que, habitante en las mesetas del Altai, bajaba periódicamente y desde los más remotos tiempos como conquistador á las llanuras del Irán, á los valles del Indo, Ganges y de los ríos chinos. Sus cantos, sus poesías y su lengua han sido muy estudiados en Europa. En una obra de filología, á la cual da la última mano Ahmed-Midhat-Effendi, podrán verse muy pronto al detalle todos los vocablos, términos y formas sintáxicas que los dialectos de Persia, India y China occidental han tomado de esa lengua turca del Asia central, «tan antigua y tan completa como el sánscrito». Los turcos-otomanos no vinieron al imperio bizantino directamente del Altai, sino del Korassán, provincia limítrofe con Persia, donde acamparon por largo tiempo y dejaron corromper lentamente su lengua primitiva (que era el turco altaico puro), primero por su mezcla con el persa y muy pronto con el árabe propagado por el islam en esas regiones. Después de la toma de Constantinopla, acrecentóse su idioma con cierto número de voces griegas, y tomó de los genoveses y venecianos todos los términos de navegación. Además de sea balumba de elementos heterogéneos, subdividiáse también en: *lengua hablada*, propia del pueblo; y *lengua escrita*, que elevaba á una especie de mandarínato á los poseedores de su ciencia (¡tan pocos numerosos eran!), y que hasta fines del siglo XVIII sirvió exclusivamente para redactar *firmanes* de un estilo de mucha bambolla, y para componer libros de teología, poesías imitadas

del árabe y del persa, odas en alabanza del sultán reinante, y algunas crónicas históricas preciosísimas porque nos conservan con detalles las antiguas usanzas turcas.

La revolución iniciada por Chinassi ha modificado por completo esa situación; tanto, que los griegos, judíos y armenios, entre los cuales hace cincuenta años que apenas su hubieran hallado una docena de personas capaces de leer el idioma turco (y de una manera casi indecente), hoy lo escriben, componen libros y llegan á conseguir la celebridad literaria. Testigo el príncipe actual de Samos, Karathedory-Bajá, que es uno de nuestros más delicados poetas.

Para democratizar la lengua, haciendo que entrase en ella y predominase el vocabulario del pueblo, Chinassi tuvo que resistir los enconados ataques de los turcos chapados á la antigua. Pero triunfó la nueva lengua, porque llegaba á su debido tiempo para realizar una misión doble: primero, dar al pueblo una educación elemental, filosófica y científica á la vez; segundo, hacerle comprender el beneficio de las reformas. Chinassi fundó y redactó un periódico, el *Tasviri-Efkiar*, donde su gran talento de polemista, de poeta y hasta de músico, sus cotidianos elogios á Rechid-Bajá, y la poderosa colaboración de Kemal, establecieron una corriente de ideas políticas y artísticas que se llevó consigo á la mayor parte de los pensadores de Turquía. Algunos años más tarde, siguiendo las huellas del *Tasviri-Efkiar*, empezó á publicarse el *Terdjumani-Hakikat* (*Intérprete de la verdad*), de Ahmed-Midhat-Effendi. Estos dos periódicos, que pueden llamarse la gran enciclopedia del imperio turco, han introducido metódicamente y utilizado en Turquía, pasándolas por el tamiz de las exigencias de la religión oficial y de los climas, las principales ideas humanitarias de Europa, sus invenciones en física, en química, en filosofía. Traduciendo las obras maestras extranjeras y con narraciones de viajes, les fué preciso dar noción exacta de Europa á un pueblo que hasta entonces designaba y confundía á toda la cristiandad con el nombre de *Frenghistan*. Les fué preciso

crear una estética que obligase á hacer á los mutiladores de estatuas los sacrificios necesarios para formar museos. Para uso de los teólogos, de los funcionarios habituados al ejercicio de la arbitrariedad, de los adultos esclavos de preocupaciones seculares, les fué preciso promulgar las reglas de una moral que, reforzando en ellos la dignidad de creyentes, les inclinase, sin embargo, á la tolerancia. Les fué preciso apasionar á la juventud publicando novelas, cuentos, poesías, críticas y ensayos de los jóvenes; y, por último, contestar todos los días á los periódicos, á los libros y á las revistas de los partidos contrarios.

Juntamente con estas dos tribunas de polémica literaria, existieron otros periódicos muy independientes. El *hatti*, de Gulhané (1839), había otorgado á los turcos admirables reformas liberales. Pero persistían los abusos en provincias entregadas durante siglos á la incuria de las autoridades. En nombre de los artículos del *hatti*, en nombre del soberano «á quien manos adornadas con los anillos del favor sustraen á menudo la verdad», esos periódicos defendían, acusaban, citaban ante los tribunales, hacían poner en libertad á los presos sin delito, y hasta obligaban á destituir á los gobernadores. Indico aquí estos detalles para aclarar mejor la época en que la literatura turca llegó al apogeo de su desarrollo; es decir, ese decenio de 1850 á 1860, en el cual, con un soberano y unos *visires* amigos de novedades, durante el paso y el regreso por Constantinopla de las tropas anglo-francesas, personificación de las ideas nuevas, adquirió Turquía un prestigio en que recobraron su energía los ánimos más abatidos. Los teatros se llenaron de gente, asistiendo á ellos las mujeres; arrebatábase de las manos folletos y diarios satíricos, tales como *El Diógenes*. Al atravesar los estrechos, esos franceses que derramaban su sangre y morían de epidemia, nos dejaron parte de su alma. Y ejerció una acción decisiva en nuestra vida intelectual ese rápido abrazo entre el pueblo caballeresco y el pueblo turco esencialmente guerrero, que obra por primer im-

pulso; pronto al entusiasmo y á la cólera, extremado en la acción y en la inacción, capaz de correr por el triunfo de una idea á «conquistar los horizontes», y que aún tenía las imágenes de Bunaberdi (Bonaparte), colgadas de las paredes, reproducidas en las tabaqueras y en los menores cachivaches. A partir de ese día sobre todo, las palabras civilización y progreso, tomadas del Occidente y tan dificultosas para la pluma, sólo significaron para nosotros «Francia». Abrase un periódico turco, y á cada línea se verá: *chemin-de-fer, télégraphe, vapeur, kilomètre, commission*. Aun hoy mismo, excepto los dramas de Shakespeare, sólo conocemos completamente por la traducción las obras del genio francés.

Las ideas del siglo XVIII francés en particular, son las que ilustraron el renacimiento literario turco. Como la mayor parte de los escritores de aquella época, casi todos nuestros autores son hombres bien acomodados, de alta posición social, de elevada cultura intelectual, no nada especialistas, sino enciclopédicos en conocimientos y multiformes en su expresión literaria. A primera vista, son despreocupados. Subordínase en ellos el corazón al cerebro. Hasta cuando tratan de enternecerlos, se nota el disimulado esfuerzo de una idea que quieren hacer triunfar. Gustan de las novelas con tesis, de las narraciones con moraleja y de largas discusiones teológicas. No se ve en sus obras ninguna de esas atenuaciones del pensamiento propias de la Europa del final del siglo XIX. Son combatientes tenaces en pro de una idea; tienen errores que combatir, verdades que proclamar, convicciones incommovibles de las cuales quieren hacer prosélitos. Su buena fe ha llegado más de una vez hasta una exaltación que han pagado con el encarcelamiento y con el destierro. «Siempre tengo á Juan Crisóstomo á mi cabecera,» decía aún ayer el más popular de nuestros novelistas. Precisamente, lo que pudiera vituperárseles á todos ellos es un aire de hablar *ex cathedra*, un tono de predicador en boga que no sería muy del gusto de un público francés y que convendría aún más á los ingleses, habi-

tuados á las controversias bíblicas, á los discursos acerca de la temperancia. Nuestros escritores siguen siendo *aristócratas*, á despecho de todo, en su actitud para con el pueblo. Ningún genio «miserable» ha salido de las entrañas de este pueblo; ningún Rousseau, ningún Nekrassor nos han movido á lástima, poniendo al descubierto un alma fea y grandiosa. El pueblo turco, desde el momento en que dormita en él el instinto guerrero, es un pueblo pacífico dentro de sus hogares, que vive del comercio en pequeño, de la labranza en pequeño, de modestos goces campestres, y cuyas satisfacciones se ven colmadas ampliamente con blancas y luminosas mezquitas y con hermosos frutos.

---

Ahmed-Midhat-Effendi es el hombre que resume en su persona las tendencias más importantes de la literatura turca. Una cabeza varonil y barbuda, con el pelo cortado al rape y puesta sobre hombros de atleta; una voz que alternativamente se encoleriza y bromea, según los movibles matices de un ingenio universal y las sinceras convicciones de un alma de bronce; una actividad tan grande que en la redacción de su periódico vésele más de una vez dictar en el mismo minuto cartas en francés, en turco, en árabe, escribir su artículo del día, y conversar con sus visitas: tal es en lo físico Ahmed-Midhat-Effendi. Su labor ha sido prodigiosa en número y variedad, con múltiples formas; novelas, dramas, comedias, artículos periodísticos, arengas, diálogos filosóficos, tratados de moral. En estos veinticinco años últimos, Ahmed-Midhat ha tomado parte en todas las cuestiones que han conmovido á Turquía, atrayendo siempre á sus ideas al mayor número de personas. Periodista que todas las mañanas apasiona al público con el artículo de fondo del periódico que todos compran, en varias ocasiones ha sostenido entre dos periódicos polémicas que se

han hecho célebres y cuyos dos seudónimos de firma ocultaban su propia persona ambos. Como viajero, ha descrito al estilo de las *Cartas Persas* sus correrías por Suiza, Francia, países escandinavos y Alemania. Como historiador, de esos mismos viajes trajo documentos con los cuales ha compuesto una *Historia de Europa* en XVI tomos, una *Introducción á la Historia y á la Geografía antiguas* y un *Comentario de la guerra turco-rusa*, que es la obra más imparcial de cuantas acerca de este asunto se han escrito. Como filólogo, ha manejado los antiguos manuscritos mongólicos, los antiguos textos tártaros, persas é indios, para buscar en ellos los vestigios de la lengua turca. Como autor dramático, ha visto muchas de sus obras obtener los honores de la centésima representación: *Atchikbach*, estudio de la devoción fingida en el musulmán; *Djenghi la bailarina*, de la cual ha escrito él mismo la música; el drama de *Los Euzdens* (príncipes de Circasia), en el que influencias atávicas han inspirado al autor, cuya familia es originaria de las montañas georgianas, acentos llenos de nobleza y de valentía. Siendo admirador de Alejandro Dumas hijo, Ahmed-Midhat ha hecho para la escena turca una adaptación de *La Dama de las Camelias*, á la cual dieron una tristeza conmovedora, que ninguno de nosotros ha olvidado, el autor y la misma actriz, una joven asiática que tenía el pecho herido de muerte por la tisis.

Pero á Ahmed-Midhat se le conoce en Turquía, sobre todo, como novelista. Sus novelas no son cuentos ociosos, sino siempre relatos é imágenes que giran en derredor de una idea que propagar, una causa que defender ó una época histórica que popularizar: como en *Stradella* el renacimiento italiano, en *Voltaire á los veinte años* los comienzos del siglo XVIII, en los *Médicos de América* los descubrimientos modernos de la ciencia. Ha estudiado todos los aspectos de la vida social turca: la hospitalidad en *Conak*, las costumbres provincianas en *Suleiman el Musselin* y en *Albaneses y Suliotas*, la prostitución en *¡Diez y siete años apenas!*, las costumbres de Pera (barrio de Estambul que imita á París) en *Carnaval*, etc. Sus novelas



más difundidas son aquéllas cuyos protagonistas le sirven para emitir tesis muy interesantes: en *Hussein* discute la cuestión agraria, en *Hassán* el pasado de la marina musulmana. En su último libro, *Ahmed-Metin y Chizzad Cheltchuki*, figura un joven noble, Ahmed, que se apasiona por las aventuras de Chizzad Cheltchuki, héroe de una novela seleucida, cuyo manuscrito tiene más de ochocientos años de antigüedad. Fleta un *yacht* y va á visitar las costas de Anatolia, el Archipiélago, Grecia y Sicilia, lugares ilustrados todos ellos por las hazañas de Chizzad. Apoyado en las maromas de su *yacht* por la noche, sentado en las ruinas griegas ó en los peñascos próximos al mar, vagando por las calles del ensanche de la Atenas nueva ó en los concurridos puertos de Italia, Ahmed cuenta á su compañera, una joven válaca sentimental, esas hazañas del guerrero Chizzad, en las cuales reviven todas las horas de triunfo del Islám. Esta novela, como la mayoría de las novelas turcas, aparece por entregas y no se ha concluido aún. El público se ha enamorado tanto más de ella, cuanto que ve una alegoría: la del autor mismo paseando á Turquía á través de las civilizaciones de Europa, y recordando de continuo á la primera su glorioso pasado, para que en su duro aprendizaje de los oficios modernos no pierda ni por un instante ese orgullo de raza que en el mismo grado que el trabajo contribuye al porvenir de los pueblos, porque en los autores turcos modernos no hay de ninguna manera preveniciones en favor de Europa. Es absurdo el cargo con que los motejan los turcos á la antigua, de introducir en Oriente ideas incompatibles con nuestros instintos. Ahmed, en particular, nunca ha dejado de señalar con el dedo lo vituperable ó ridículo que halla en esta Europa cuya actividad glorifica á diario. Después de cargar á fondo en su *Mudafaa* contra el cristianismo, en su obra *Schopenhauer* ha condenado el pesimismo europeo y la literatura con él relacionada, literatura de típicos y mujerzuelas, cuyos héroes languidecen de hastío ó se disparan una pistola en la sien derecha, como Werther. Los

héroes de él son robustos, hombres de acción y de inteligencia. Para Ahmed-Midhat, como para los que escriben en Turquía, la salvación está en el Islam; pero combate la inmovilidad y fustiga esas doctrinas de origen indio, lentamente infiltradas en todas las capas del mundo asiático, que quisieran ver al hombre replegarse dentro de sí, en la eterna contemplación de su propio ombligo, ante la inmensidad de Dios. Ahmed-Midhat tiene por esencial que el trabajo asiduo, el recorrer todas las sirtes de la vida, ver todos los aspectos del mundo, estudiar todas las ciencias y todos los pensamientos, es conocer mejor á Dios y ser más meritorio para con El; y que el sostener viva la curiosidad del pueblo, es darse á sí mismo el goce más hermoso de hombre pensador, y servir mejor á la felicidad de las masas que forman la patria.

Estas doctrinas de positivismo ilustrado, que expone en una multitud de tratados de moral, en *Cómo se debe vivir*, en el *Amor al trabajo*, en sus *Cartas filosóficas á Nadji*, elevaron á Ahmed-Midhat á un apostolado intelectual, que ejerce no sólo entre el público general y en los círculos literarios, sino que también en el mundo científico, al cual ha dado sus *Ensayos acerca del sueño*; en la esfera militar á quien ha dado sus obras *Grandes épocas militares* y *Zabut* (el oficial moderno); en el orden económico donde su *Colbert* y su *Ha-Und-Ukad* han producido una corriente de ideas proteccionistas contra el librecambio dominante; y, por último, en el dominio de la pedagogía, por medio de obras acerca de la educación, de la enseñanza, de las abluciones y oraciones.

A pesar de este inmenso trabajo que ocupa más de ciento treinta tomos, Ahmed-Midhat-Effendi, de cincuenta y tres años de edad tan sólo, y dotado de una salud robusta, promete aún larga y brillante carrera. Goza de la confianza del soberano, del respeto de los turcos á la antigua, y de la admiración del mundo musulmán entero, desde la Bukharia hasta las fuentes del Nilo. Sigue siendo inspirador y colaborador del *Terdjumani-Hakikat*, cuya dirección material ha dejado á

otros; y preside con majestad, en medio de los talentos antiguos y de los talentos nacientes que se agrupan en derredor de ese periódico, á los destinos futuros de la literatura turca. Ahmed-Midhat, no es un estilista, y nunca ha publicado versos: ejemplo casi único entre los escritores turcos, que no pueden eximirse de versificar en la obra de apariencia más fútil. Su prosa, como la del siglo XVIII francés, tiene una claridad y una sencillez incomparables.

---

Por el contrario, en Kemal-Bey está cultivada la forma y es restringido el trabajo. Kemal-Bey, muerto algunos años ha en Metelín, de donde era gobernador, se puso en primera fila entre los escritores turcos con su drama *Vatane* (Patria), que es un episodio de la guerra de Crimea. Islam-Bey, joven albanés, se alista como voluntario en el ejército defensor de Silistria. Su prometida, colgándosele de los hombros, le suplica que se quede. Su despedida, que calificamos de «sublime» cuando se puso en escena la obra, produjo una explosión de sollozos y de gritos. «Hasta las mismas mujeres van á la guerra», dice Islam-Bey, entre mil argumentos. En eso está todo el enredo del drama. Déjale partir ella, se viste de soldado, sienta plaza de enfermero, y delante de Silistria, en el campo de batalla, recibe en sus brazos el ensangrentado cuerpo de Islam. La sencillez y la majestad clásicas de esta obra, lo noble de los sentimientos y el amor á la patria que en ella campean, la han hecho ser la obra maestra innegable del teatro turco.

En su novela *Djesmi*, ha descrito Kemal las guerras del Imperio con Persia en el siglo XVI. Con sus hazañas, sus intrigas sangrientas, los amores de Perihana y el Khan de Crimea, las grandes cabalgatas, sus entusiasmos y tristezas, esta novela tiene una vida nacional, toda la vida de la tribu nómada y primitiva del Altas, tribu que acampa, galopa y hace alga-

radas que á veces, en instantes de cansancio, adquiere conciencia de sí misma para quejarse de lo inestable y fugaz de todas las cosas humanas, «de la caridad que empobrece y del valor que da muerte...» Kemal ha estudiado las costumbres turcas modernas en *¡Pobre criatura!*, en *Akif-Bey*, en *Piezas destruidas*, que encierran interesantes fragmentos autobiográficos. Para conocer por completo á Kemal sería preciso hablar de sus poesías y artículos periodísticos más de lo que este breve estudio me permite. Fué un conquistador de almas, un exaltado á marchamartillo. Sus mismas novelas, tan admirables de estilo, forma y movimiento, vense de continuo echadas á perder con insoportables declamaciones políticas, cuya lectura las hace parecer vetustas.

Con exceso de defectos y de buenas cualidades, las obras de Kemal-Bey, incompletas, puesto que no han podido publicarse enteras, enigmáticas y como cubiertas con un crespón, siguen siendo las más sugestivas producciones del ingenio de la Turquía moderna.

---

Ekrem-Bey, al contrario de Kemal, está dotado de una sensibilidad delicadísima. Antiguo profesor en la escuela de Mulkié, comenzó su carrera literaria con un *Tratado de elocuencia y de poesía*. Los tomos de versos que publicó poco después hicieronle ser el poeta favorito de los turcos. Ekrem es un idealista. Pasea su melancolía por entre paisajes lunares, á lo largo de los caminos en otoño, junto á los cementerios de aldea, sitios «que exhalan por sí mismos un encanto inmaterial» y donde describe en todas sus fases la lucha entre la vida y la muerte... «Creí que á lo menos sus amigos llevarían luto por él. He visto al muerto desaparecer irremediabilmente debajo de paletadas de tierra, y á sus amigos continuar en su vida satisfecha: el mundo es impasible. He pensado que

la naturaleza se asociaría á mi dolor por tanta juventud hundida, que la aurora del nuevo día tras de aquella noche sería tétrica. Y he visto al sol, saludado por el canto de las aves, salir, dorar las cumbres de los montes, centellear sobre las aguas corrientes: el mundo es impasible...» Los ensayos filosóficos de Ekrem han tenido un éxito tan grande como sus poesías; pero al público le han gustado menos sus novelas, cuyos personajes son figurillas de porcelana de Sajonia, muy frágiles, preciosísimas en sus menores sentimientos y ademanes. Aun cuando parece detenerse á cada instante en los jardines metafísicos de un Gulistán cerrado, Ekrem no se ha desdeñado de tomar parte en las polémicas literarias de su época, haciéndose notar en ellas por la altiva elegancia de su postura y por la perfecta cortesía de sus afirmaciones.

Ekrem-Bey es adicto á la antigua prosodia, en que las estrofas, y á veces hasta poesías enteras de cuarenta á cincuenta versos, riman en una misma sílaba. La mayor parte de los poetas turcos actuales pertenecen al *Musdevidj*, nueva escuela poética que ha introducido las rimas apareadas y cruzadas; siendo su fundador Nadji, procedente de la clase de los softas (estudiantes de teología con turbante y sotana). Sus primeras poesías eran de carácter religioso y místico. Más tarde, después de leer á Victor Hugo y Lamartine, cambió la forma de sus versos, de estilo y de ideas, convirtiéndose en adorador de lo Bello y de la Sabiduría. En sus tres obras maestras, *El Cordero*, *La Golondrina* y *Las Nubes*, Nadji se revela como un estético muy original, de audaz imaginación. Nadji ha escrito muchas «críticas literarias» en el periódico *Terdjumaní-Hakikat*. Sus novelas tienen por personajes literatos, pasa la acción de ellas en los círculos literarios, y están animadas por discusiones estéticas. La labor histórica de Nadji es también muy cuantiosa. Fué nombrado historiógrafo de los sultanes; y daba la última mano á su magnífica epopeya de la familia de Osmán, cuando en este año último murió prematuramente, á los treinta y cinco años de su edad, llorado por toda Turquía, en bra-

zos de Ahmed-Midhat-Effendi, con la hija del cual habíase casado.

---

Una antología de antiguas poesías seldjúkidas, persas y turcas, titulada *Las Ruinas*, y precedida por un poema-prólogo que comentaba «su exquisita antigüedad», han revelado en Zía-Bajá un gran poeta. En los poemas que publicó después, Zía ha cantado las aspiraciones de «la joven Turquía»; y desde entonces, el hombre político ha muerto en él al poeta. Poniendo su talento al servicio de sus rencores personales, ha emitido principalmente contra Ali-Bajá juicios algunas veces deliciosos de impertinencia, pero más á menudo llenos de odio y de grosería. Preferimos con mucho sus obras ligeras, sus poemas báquicos: «Coperó, escánciame ese vino que va á dilatarme el alma, porque el vino jamás aturde sino á los necios. Coperó, deseo beber en tu taberna, pues tan viejo como es su vino, otro tanto es joven su escanciadora. Coperó, brindo por los poetas profanos: sólo ellos han conocido los misterios de la verdad, etc.»

Entre el prefacio de *Las Ruinas*, ciertas poesías de Nadji y algunas novelas de Ahmed-Midhat y de Kemal, hay el vínculo de un sentimiento común: el sentimiento, ó más bien, la pesadilla del pasado, la necesidad imperiosa de volver á vivir de la existencia vivida por nuestros padres. En breves minutos, el turco siente la nostalgia de los galopes tendidos en la estepa. Tanto como la voz de la sangre, le predispone á esa meditación la naturaleza de nuestro país, de este Oriente donde «los muertos matan á los vivos». Estos muertos nos asedian, nos invaden, pesan sobre nosotros. Sus lápidas sepulcrales están en todas nuestras calles, y sus cipreses y sus lámparas encendidas entre las tinieblas de la noche. Están en esas torres derrumbadas que ponen un toque de melancolía en el cuadro de nues-

tros puertos más activos; en esos vastos espacios de la Anatolia, sembrados de esqueletos de ciudades sepultados á flor de tierra; en esos valles donde permanecen intactos y chocantes los prejuicios, las vestiduras, los ademanes, los grandes ojos rasgados y negros. Las almadias de odres inflados, que nos sirven en el Tigris, tienen su imagen en los obeliscos de la Caldea prehistórica. Cada uno de nosotros puede decirse con el poeta: «Camino como si llevase un muerto sepultado dentro de mí; no uno solo, sino toda la ascendencia de los que fueron mi estirpe. Marcho cual si condujese yo su fúnebre comitiva...» Este sentimiento de la inanidad del tiempo y del espacio, nadie lo ha descrito con tanta y tan reconcentrada emoción como lo ha hecho Abdulhak-Hamid-Bey en *Sahara*. Hamid-Bey se ha mantenido fuera de las escuelas, de las pandillas y de las polémicas. Es un aislado el poeta que vive «dentro de su torre de marfil» y se complace en ideas generales, tristes, pero magníficas. Todo se relaciona en él con un sistema de pesimismo, del cual es *El Sepulcro* (escrito al siguiente día de morir su mujer) un fragmento apasionado, aunque en extremo lacrimoso. Hamid-Bey ocupa desde hace mucho tiempo un cargo diplomático en Londres, cuya flema y cuyas nieblas le son gratas. Es un indolente, un elegante, un taciturno: el soñador hijo del Oriente.

Junto á estos escritores geniales hay que distinguir un grupo de escritores eruditos, á la cabeza de los cuales va Djevdet-Bajá, antiguo softa iniciado en las nuevas ideas por Rechid-Bajá, de quien fué bibliotecario. Después de haber escrito cierto número de obras acerca de la gramática y la sintaxis turcas, la retórica árabe y el código sagrado musulmán, Djevdet ocupóse en la crítica, «ese peine (según su expresión) que alisa los despeluznados cabellos de la literatura». La obra más importante de Djevdet es su *Historia del Imperio otomano*. El estilo de ella es magistral, pero duro, porque el autor no ha abandonado por completo las formas antiguas. Revélase allí, sobre todo, Djevdet como un genio narrador.

No sabe, como un Taine, un Michelet, un Gibbon, reunir y enseñorearse de los hechos con una gran idea científica ó moral, sino que se deja dominar por ellos. En su obra hay que buscar, no la filosofía, sino la crónica de la historia turca; crónica que se recomienda por los documentos de incomparable rareza que Djevdet-Bajá ha tenido en las manos.

En este grupo pueden incluirse también Chemseddin-Sami-Bey y Bechir-Fuad. Chemseddin-Sami, autor del célebre drama *Triunfador ó mártir*, es un trabajador concienzudo, encañecido á los treinta y ocho años de edad, que llena los periódicos de artículos kilométricos, á los cuales su origen albanés y su educación griega comunican un intenso «sabor de la tierra», pero que el público sigue con un interés infatigable.

Sus estudios acerca del romanticismo, su traducción de *Los Miserables*, su diccionario franco-turco, han contribuido mucho á difundir las ideas francesas en Oriente. En esa tarea le ha secundado Ahmed-Vefik-Bajá, de quien se enseña (como una torre de Séneca en una cumbre que domina al Bósforo) la casita con verja de hierro y llena de libros, de donde salieron las traducciones de Molière y del *Telámaco*; secundándole también Alí-Bey, el primero que, en el periódico satírico *Diógenes* ha aficionado á los turcos al ingenio francés, y cuya elegancia de *dandy* y su inagotable humorismo le hacen ser en Constantinopla una especie de Oscar Wilde.

Bechir-Fuad, que en los bancos del colegio de los jesuitas en Beyruth leyó de muy joven las obras de Compté y de Darwin, tuvo al propósito de introducir en Turquía un sistema de materialismo, al cual no pudo dar bases sólidas por sus insuficientes conocimientos en teología musulmana. Lo más interesante que ha dejado es su carta de despedida á Ahmed-Midhat-Effendi, en la cual, anotando minuto por minuto los estragos que en él producía la pérdida cada vez mayor de su sangre, explica las lastimosas causas que le impulsaron á abrirse las venas.

Hay otros escritores renombrados, de quienes todos los días



se ocupa la prensa turca: Murad-Bey, que estudia en especial las cuestiones obreras; Sirri-Bajá, autor de comentarios acerca del Corán; Hadji-Ismael-Effendi, Said-Bey, que ha dedicado sus ensayos de psicología criminalista á la ruindad de espíritu de nuestros jueces; Abú-Zia-Tewfik; Zihni-Effendi; el poeta Feizi; Ahmed-Ihsan-Bey, director de la revista *Servet-i-Funún*; Hamdy-Bey, escritor, arquitecto, pintor, apasionado por la música, arqueólogo que ha descubierto y traído de Fenicia los célebres sarcófagos del Sátrapa, de las Plañideras y de Alejandro, organizador del naciente Museo Imperial, donde afluyen de todas las provincias del Asia dioses mutilados, bajo-relieves y preciosas inscripciones. Por la prodigiosa actividad artística de su alma, que hace recordar la de Vinci, Hamdy-Bey es el más brillante campeón de las ideas estéticas en Turquía.

Debo mencionar aquí un gran número de mujeres autores. La mayoría de ellas colaboran en el periódico *Terdjumaní-Hakikat*. Las mujeres han ilustrado en todos tiempos las letras turcas, pero hasta ahora casi exclusivamente en el género poético. Hoy, que reciben una educación perfeccionada, han cambiado de tono, y con gusto dejan el laúd para tratar cuestiones de pedagogía, de instrucción pública, de emancipación femenina, etc. La defensa de la suerte de la mujer, sus sufrimientos morales en el gineceo, las reformas que deben introducirse en su instrucción primaria, etc.: tales son los motivos de donde toman los asuntos y las tesis de sus novelas. Muchas llegan á ser pedantes. Ahmed-Midhat hace una divertida caricatura de ellas en *Bilgnidj Kiz* (La joven sabia). Pero algunas son muy notables: Fathma Aali Hanum, hija de Djevdet Bajá, novelista; Nigniar Hanum, poetisa; Makbulé-Leman Hanum, autora de ensayos de filosofía y de moral, y la joven Selma Hanum, cuyas primeras novelas y poesías hacen presagiar una carrera de un brillo excepcional.

En resumen, la literatura turca ha hecho progresos muy considerables en el siglo XIX. Ha introducido en Oriente el teatro, la novela, los diarios, las revistas, la crítica; ha crea-

do la opinión pública. Labor tanto más importante, cuanto que ya se comprenderá cuán poderosa es en nuestro país la acción de las tradiciones seculares, de los *adats*. ¿No tenemos aún hoy gentes que piden nada menos que el restablecimiento de los genizaros? Los hombres que representan el movimiento literario turco han manifestado genios diversos, pero en todos ellos el afán dominante es el amor á la nación. Este sentimiento patriótico ha aumentado después de la guerra de 1878, cuando, perdiendo Turquía muchas de sus ilusiones con respecto á Europa, se recogió dentro de sí misma y buscó la salvación en sus propias fuerzas. En política, como en literatura, empezaron á manifestarse ideas panislamistas. Encuéntranse en la última novela de Ahmed-Midhat-Effendi y en el último libro de Hamid-Bey, *Andalucía*, que resucita con colores deslumbradores la civilización musulmana de España. ¿Se acentuará esta última tendencia de los escritores turcos por la acción de la instrucción pública, difundida hoy hasta el fondo de las provincias asiáticas, donde mañana pueden surgir talentos muy originales; ó bien, como pudieran hacerlo presagiar las recientes traducciones de Taine y de Renán, irá la literatura turca á empaparse otra vez en las ideas francesas, para retroceder en seguida hacia el Oriente cual una ola en su resaca? Eso nos lo dirán los escritores de la generación que nace ahora.

GARABED BEY

## LA LITERATURA

### CASTELLANA Y PORTUGUESA

---

#### CONTINUACION

Le instruye ante todo en la elección de su amada («sabe primeramente la mujer escoger») y le describe con toda precisión cómo ha de aparecer ella para excitar el amor (copla 221-425, interesante como modelo de la belleza femenina según el gusto de entonces); después, cuando la haya escogido bien, ha de entrar á su servicio con todo celo y sin fatigarse jamás en ello («Sirvela, non te enojas, sirviendo el amor cresce») mostrándose con ella condescendiente y previsor; mas cuando sea tiempo oportuno, osado y emprendedor (1); pues lo mismo se

---

(1) Aquí hay mucho de rudo, pues á menudo los poetas de la Edad Media junto á una galantería sobrecargada, expresan sin querer su poderosa naturalidad de un modo enteramente ingenuo y desprovisto de todo adorno y ambaje, p. ej.:

«Verguenza non te embargue quando con ella estodieres,  
Perezoso no seas á do buena asina vieres  
Quando la mujer vee al perezoso cobarde,  
Dise luego entre sus dientes: oy este tomará mi darde,  
Con mujer non emperescas, nin te envuelvas en tabardo,  
Del vestido más chico sea tu ardit alardo.»

pierde el favor de las mujeres por timidez que por negligencia; en prueba de lo cual cuenta el ejemplo de los *dos perezosos* que cortejaban á una dueña (copla 431-441) (1). Aunque aquí Sánchez tuvo á bien suprimir algunas estrofas, se saca sin embargo del contexto, que el Amor, prosiguiendo en sus instrucciones, aconseja al poeta ser liberal para con su bella, y á este fin le alaba el poder del dinero (copla 464-489: Ensiemplo de la propiedad que el dinero ha) (2). Una mujer no resiste á los encantos de este dominador del mundo, y aun cuando uno no tenga un ochavo en el bolsillo debe llevarlo en la boca:

Sey franco de palabra, non le digas razón loca,  
Quien no tiene miel en la orza, téngala en la boca.

(Comp. á Ovidio, art. amat. lib. II, v. 275-280.)

Si entiende de canto y *estromentos* musicales, debe á las veces, no demasiado á menudo y en ocasión la más oportuna («á las vegadas poco en honesto lugar»), hacerse oír de su bella

(1) Comp. un chascarrillo semejante: los tres poltrones, en los cuentos para niños de los hermanos Grimm (7 ed. núm. 151), é indicaciones sobre ello en la parte III, páginas 233-235; y las notas de Liebrecht en la Germania (de Pfeiffer) año II, cuaderno 2, pág. 246—y: *La vida y fábulas de Ysopo* (Anvers, en casa de J. Steelsio, S. A. 12.º), fáb. extravag. XIII: Del padre y de los hijos, fol. 82, en que los tres hijos, para encarecer una mentira, cuentan de sí algo semejante á lo que aquí los perezosos.—Las coplas 442-463 son las que Sánchez ha suprimido.

(2) El original de este episodio hállase también entre los franceses del Norte. Véase Legrand, *Fabliaux*, tom. VII, pág. 216: *De Dom Argent*. Las frecuentes imitaciones muestran cuán en boga estuvo este asunto ya en la Edad Media. Comp. Müller, Colección de poemas alemanes, v. d. XII-XIV, *Jahrh.*, tomo I, al final: *Dis ist vom dem Pfennige*;—y «*Ancient Songs and Ballads from the Reign of K. Henry II, to the Revolution, collected by J. Ritson*. London, 1829, 8, tom. I, páginas 134-135: *A Song in Praise of Sir Penny*. En la nota de introducción dice el editor: las alabanzas de este poderoso caballero fueron un tópico favorito entre los poetas ingleses y escoceses.

(«non dexes de trobar», comp. á Ovidio, l. c., v. 281-286). También han sido suprimidas por el editor las estrofas 490-501. En las siguientes continúa Amor dando buenos consejos, inculca á su discípulo el que procure darse buen trato, y, *sobre todo*, que se guarde «de beber mucho vino blanco é tinto». (Comp. Ovidio, lib. I, v. 589-595.) Le muestra las terribles consecuencias que podrían sobrevenirle de no hacer caso de este consejo, y se lo muestra con el ejemplo de un ermitaño á quien condujo el demonio á una violación y un asesinato por medio de la embriaguez (1). Además debe guardar al hablar la debida medida, no ser jugador ni pendenciero, no alabar á otras mujeres en presencia de su bella, sino más bien encomiar su hermosura y sus ventajas y precaverse muy bien de envanecerse de las muestras de sus favores, pues cuanto más callado sea, más conseguirá.

Muchos, por charlatanerías vituperables, han perdido los favores de las mujeres y ocasionado mala fama, no sólo á sí mismos, sino á todos los hombres:

« Por un mur pequeño que poco queso preso  
Disen luego: los mures han comido el queso. »

« Si tú guardar sopieres esto que te castigo—exclama el Amor—cras te dará la puerta quien te hoy cierra el postigo; y la que hoy te desama, te querrá mañana por amigo. » Añade que le diría más si no tuviera mucho que hacer por el mundo:

« Pésales por mi tardanza, á mí pesa del vagar,  
Castígate castigando, é sabrás á otros castigar. »

---

(1) Nuestro poeta ha sacado este relato de dos *Contes devots*, que ha sabido reducir á uno sólo con gran habilidad. Véase Meón: *Nouv. Recueil de fabliaux*, París, 1823. 8. tomo II, pág. 173 de *L'Ermyte qui s'enyora*, y página 362 de *L'Ermite que le Deable conchia du coc et de la geline*.

El poeta añade para advertencia de otros:

«Yo Joan Ruis el sobredicho Arcipreste de Hita,  
Porque mi corazon de trevar non se quita;  
Nunca fallé tal dueña como á vos Amor pinta,  
Nin creo que la falle en toda esta coyta.»

Y continúa diciendo:

Partióse Amor de mí, é dexóme dormir,

Y apenas vino el alba empezó á meditar en las advertencias del Amor, hallando que siempre las había guardado, sin cansarse de servir á las damas.

«Mucho las guardé siempre, nunca me alabé:  
¿Cuál fué la razon negra, porque non recabde?  
Contra mi corazon yo mismo me torné,  
Porfiando le dixé: agora yo te porné  
Con dueña falaguera, é desta ves terné,  
Que si bien non avengo, nunca más averné.  
Mi corazon me dixo: «faslo é recabdarás.»

Decide, pues, confiarse á esta advertencia, expresada con tanta seguridad de su corazón, y buscar con nuevo ánimo una nueva amada:

«Busqué et fallé dueña de qual so deseoso.

.....  
La más noble figura de quantas yo haber pud,  
Viuda rica es mucho, et moza de juventud,  
Et bien acostumbrada, es de Calataud,  
De mí era vesina, mi muerte é mi salud.»

Sigue á esto el relato de esta aventura amorosa (coplas 557-865), una de las partes más prolijas de esta obra, y que, aunque imitación y á menudo paráfrasis literal de una comedia conocida en la Edad Media y atribuida á Ovidio entonces (*Panphilus de documento amoris. Comoedia*), ha sido na-

cionalizada y localizada por nuestro poeta con mucha felicidad (1).

Como esta vez consigue el amante lo que se propone por mediación de la tercera, cree de su deber el poeta hacer inofensivo lo chocante del relato por una aplicación moral, y á este propósito añade una advertencia expresa á las bellas («del castigo que el Arcipreste da á las dueñas»), que, como de costumbre, lo reviste de fábula:

«Dueñas, habed orejas, oid buena lición.  
Entendet bien las fablas é guardatvos del varon,

(1) Ya D. Juan Antonio Pellicer llamó la atención del editor hacia esta imitación, pues ha añadido á su prólogo un extracto del original latino, con algunas notas comparativas acerca del modo como la utilizó nuestro español (páginas xxiii-xxix). No hay que hacer observar otra cosa sino que Pellicer ha tomado equivocadamente la comedia citada en el texto por la misma obra que otro producto de la Edad Media, también atribuido falsamente á Ovidio: *De Vetulá*. Como nuestro Arcipreste ha seguido la marcha del original latino (comp. Grasse: *Lehrb. d. Literargesch.* tomo II, 2. 2. pág. 1.092, y datos acerca del contenido en Schack, obra citada, I, pág. 121), por lo menos en las cosas más principales, me parece superfluo dar noticia circunstanciada del contenido de este relato, que por el frecuente uso del diálogo y la exposición genuinamente dramática, prueba su origen y el talento del poeta. Este poema puede considerarse como el modelo de la famosa novela dramática *La Celestina*, un siglo más joven. Sólo debo decir aquí que los personajes son: doña Venus (aquí esposa del Amor), el poeta bajo el nombre de D. Melón de la Huerta (Pánfilo), la bella doña Endrina (Galatea), y la vieja alcahueta (á quien llama muy expresivamente *Trota-Conventos*); que tampoco aquí deja de intercalar un par de fábulas, á saber: copla 720-777, de la abutarda y de otros pájaros que despreciaron el consejo de las golondrinas (en Faber, l. c., número 438.—V. *Romulus Divionens. et Ulmens*, lib. I, fab. 19: *Aves et Hirundo*), y copla 740-753: Del Lobo que aventó torpemente (cuyo principio falta por lagunas en el manuscrito;—comp. «Vida y fábulas de Isopo, *Extravagant.* fab. x, fol. 75 v.», de donde he podido suplir el título), y que él jamás niega su fuente, sino que, antes por el contrario, estima necesario citarla expresamente para apoyar lo que dice, puesto que termina su relato de este modo (copla 865):

«Doña Endrina é Don Melón en uno casados son,  
Alegranse las compañas en las bodas con razon.  
Si villanía he dicho, haya de vos perdon,  
Que lo feo del estoria dis Panfilo é Nason.

Guardatvos, non vos contescá, como con el Leon,  
Al Asno sin orejas é sin su corazon (1).»

El héroe de esta fábula, de la que deben tomar ejemplo las damas, no está, es cierto, escogido con mucha galantería; pero su enseñanza es, á pesar de eso, muy desinteresada y edificante: el que se guarden «de amor loco» y que su corazón «se lance en amor de Dios limpio». Al final de ella el poeta se disculpa con las mujeres de sus verdades descarnadas, y se previene una vez de toda mala inteligencia por haber acogido el anterior relato:

«Dueña, por te desir esto non te asañes, nin te aires,  
Mis fablas é mis fasañas, ruégote que bien las mires;  
Entiende bien mi estoria de la fija del Endrino,  
Dixela por te dar ensiempro, non porque a mi vino,  
Guardate de falsa vieja, de riso de mal vesino,  
Sola con ome non te fies, nin te llegues al espino.»

No ha agotado todavía su tema, pues inmeditamente después de esta estrofa comienza el relato de una nueva intriga, prosiguiendo así:

«Seyendo yo despues desto sin amor e con cuidado  
Vi una apuesta dueña seer en su estrado, etc...»

Como ya había probado suficientemente los buenos servicios de su *Trota-Conventos* en la precedente aventura, vuelve

(1) Véase *Calila et Dimna...* publ. par Silv. de Sacy. Chap. ix, *Le Singe et la Tortue*, pág. 212-215 del texto árabe; y según la versión griega (Στεφανίτης και Ίχνηλάτης), en Esopo-Coráy, fab. 358, pág. 233-235; Λεων, Ἀλώπηξ και ὄνος. Es característico en el español el modo como lo ha revestido; el asno es un «joglar» que molesta al león con su música ruidosa «su atambor taniendo»; éste se irrita de la desfachatez y atrevimiento del burro, el cual, advertido una vez, huye, y es atraído á su patio por medio de la «Gulhara Juglara», para volver á apoderarse de él y castigarle con la muerte; el burro cae en el lazo, y es muerto por orden del león, que encarga de ello al lobo, el que prepara los asados destinados al gazzate real; el lobo asa el corazón y las orejas del burro, y da al león, irritado por ello, la conocida respuesta.—Comp. Du Méril: *Poésies inéd. du moyen âge*, páginas 135-137.



á acudir á ella como á su refugio. Esta representa desde entonces, en general, el papel principal en todas sus empresas amorosas, que parecen inventadas con preferencia para mostrar los artificios y embelecocos de estas terceras, tan á menudo empleadas en España ya desde entonces, terceras imprescindibles á los amantes, dada la manera retirada de vivir allí las mujeres («que éstas son comienzo para el loco pasaje»), procurando el autor instruir á las inocentes, mediante la *irónica* alabanza de sus artes de seducción y las salidas *satíricas* á cuenta de sus paisanas, que se dejaban seducir con facilidad («en ajena cabeza sea bien castigada»). Esta vez también estaba en buen camino para alcanzar su anhelado fin con ayuda de las artes de la vieja, pues desde que, siguiendo el consejo de Venus, se servía de una mensajera de amor tan ducha, era mucho más afortunado en sus empresas; cuando con una burla indiscreta ofende profundamente el pundonor de la dama Urraca, que así llama á la *Trota-Conventos*. («Yo le dixé como en juego: picaza parladera, etc.») Ella se venga descubriendo el negocio de su corazón y «fué la dueña guardada quanto su madre pudo». Aconseja entonces á cada cual que no haga daño con burlas á estas amigas imprescindibles, y enumera todo un registro de nombres de burla é injuriosos (coplas 898-901, que contienen nada menos que cuarenta y uno de tales títulos honoríficos: es, sin duda alguna, un pasaje notable para la historia de la lengua y las costumbres españolas), que no se pueden darles ni aun en broma so pena de perder su amistad.—¿Qué podía ahora intentar sin la omnipotente?—Tuvo que acomodarse, por lo tanto, á reconciliársela, mediante ruegos y presentes. Al principio se ablanda ella, porque no es inflexible, y le aconseja para lo futuro, diciéndole:

«Nunca digas nombre malo nin de fealdat,  
Llamarme *buen amor*, é faré yo lealtat.»

El poeta añade irónicamente:

«Por amor de la vieja é por desir rason,  
*Buen amor* dixé al libro é á ella toda sazón.»

Pero él tenía que aprender aún de su maestría, mostrada en todo su esplendor:

«Fizo grand maestría et sutil travesura,  
Fisose loca publica andando mi vestidura.»

De esta manera, fingiéndose loca, supo hacer que no dañara al amante el secreto de éste, que denunció por venganza, porque lo considerarían como vana charla de una enajenada; la dama no sigue estando guardada tan estrechamente, y la vieja «fíose corredera de las que venden joyas»; supo de nuevo procurarse entrada en la casa y conquistar á su pupila con sus artes de encantamiento. Pero otra vez se volvió contra él su desgraciada estrella; no debía gozar mucho tiempo esta dicha, pues á los pocos días de placer murió la dama:

«Como es natural cosa el nascer é el morir,  
Hobo por mal pecado la dueña á fallir,  
Murió á pocos dias, non lo puedo desir, etc...»

Llegó á enfermar de dolor; su amiga y medianera le vituperó por ello, diciéndole que es un joven flojo, puesto que no merece la pena de afligirse por una pérdida tan fácil de sustituir; y se expresa en general tan despreciativamente acerca de su propio sexo, que él procura aturdir su dolor y desaliento en cantares burlescos acerca del bello sexo:

«De toda la laseria et de todo este cojijo  
Fis cantares cazurros de quanto mal me dixo;  
Non fuyan dello las dueñas, nin los tengo por lijo,  
Ca nunca los oyó dueña, que dellos mucho non rijo.»

Tenemos que echar de menos el que no hayan llegado hasta nosotros estos cantares cazurros. Según todas las probabilidades, el poeta mismo los ha suprimido para no excitar demasiado el rencor de las damas, á las cuales pide perdón, diciéndoles:

«A vos, dueñas señoras, por vuestra cortesia  
Demando vos perdon, que sabed que non querria  
Haber saña de vos; ca de pesar morria,  
Consentid entre los sesos una tal vavoquia.»

Al romper de la primavera («el mes era de Marzo») se retiró, probablemente para distraerse («á probar la Sierra»), al cercano valle habitado por pastores en paso de Lozoya á Segovia. Nos describe con mucho gracejo la tragicómica aventura que en este viaje, (que tan malo le fué por lo dura que todavía era la estación y por los caminos montañosos aún más duros y que le extraviaban á menudo), le ocurrió con unas «serranas» intratables, que contestaron á su galantería de un modo grosero. Pero él, como genuino poeta, que halla motivo de canto en el dolor y el placer, encuentra en esto materia para una especie de *eglogas* (cánticas de Serrana), que afortunadamente agradaron al copista y las reprodujo en su mayor parte, por lo cual le deben agradecer los españoles el que les haya conservado *los más antiguos cantares auténticos en tono popular*, por lo menos que yo sepa (1). Después de haber pasado felizmente todas estas peripecias de viaje, decide antes de su regreso hacer su

---

(1) Sánchez, copiando con toda escrupulosidad los estropeados manuscritos, ha reproducido hasta sus faltas; así es que por la rima suficientemente marcada y el artificio regular de las estrofas, pueden reducirse fácilmente á su forma originaria, que es en lo que consiste su principal valor para la historia de la métrica española, á causa de su forma característica. En ellas tenemos, según creo, el más antiguo modelo que haya llegado hasta nosotros de aquellas «Cánticas Serranas» mencionadas ya por el marqués de Santillana en su famosa carta (Sánchez, l. c., tomo I, páginas LVIII-LIX). Los tres primeros de estos poemas están en estrofas de siete y nueve versos octosílabos, con el acento sobre la segunda, tercera ó penúltima sílaba; el orden de la rima es en las estrofas de siete versos de la primera: *ab ab cc b*; la de la estrofa de nueve versos de la segunda con un *estribillo* de dos versos, *ab ab ab, abc*, en que el último verso en todas las estrofas está unido mediante la misma rima con el último del estribillo y la última palabra de cada estrofa es á la vez la primera de la siguiente (*coplas capfnidas*; por lo que dice el poeta mismo de estas poesías construidas más artísticamente: Non es mucho fermoso, creo que sin comunal); las estrofas de siete versos de la tercera tienen colocada la rima de este modo: *ab ab ab b*. (Este poema es singularmente atractivo por su ingenua descripción de la vida pastoril y de los juegos del país de los serranos.)—La última aventura en este valle le sucedió en el paso de Tablada, en el que le guiaba, una rolliza y gigantesca serrana, á la que describe

expedición á Santa María del Vado, un santuario cerca de esta tierra:

«Fui tener y vigilia, como es acostumbrado,  
A honra de la Virgen, ofrecile este ditado.»

Esta alabanza (ditado: dit) en homenaje de la Madre de Dios, está compuesta en cuartetos de versos de doce sílabas, con la siguiente colocación de la rima: *a aab, ccc b*, etc., con rimas de cesura intercaladas y una *cabeza* de dos versos (*bb*). Para honrar aún más su memoria («yo en tu memoria algo quiero faser») inserta otros dos poemas más, en los que canta la Pasión de Cristo, y que son semejantes á los anteriores en cuanto al artificio métrico y á la ordenación de la rima, con la sola diferencia de que el segundo de los mismos tiene en casi todo él versos de catorce sílabas.

muy cómicamente como una maravilla de fealdad y un monstruo (Yeguarisa trefuda, talla de mal ceñiglo etc...):

«De quanto que me dixo et de su mala talla  
Fise bien tres cantigas, mas non pud bien pintalla,  
Las dos son *chansonetas*, la otra, de *trotalla*;  
De la que te non pagares, veyla, é rie, é calla.»

Pero en vez de estas dos «chansonetas» y de la «cantiga de trotalla» (canción callejera?) sigue inmediatamente la cuarta «Cantiga de Serrana», que no contiene nada más que las otras, sino que tiene el mismo asunto de las tres anteriores. Esta la ha distribuido muy bien Sánchez; consta de una *cabeza* de cuatro versos unidos por la misma rima y quintillas de versos de seis sílabas, con el acento en la primera, segunda ó anteúltima sílaba, los cuatro primeros de los cuales están rimados en pareados, y el último en todas las estrofas va unido por la misma rima á los cuatro versos de la cabeza. Las cinco primeras estrofas de esta Cantiga las citó Ortiz de Zúñiga (*Anales de Sevilla*, pág. 815, a 1253), apoyándose en la autoridad de Argote de Molina, como muestra de los poemas de un «cantor de romances», *Domingo Abad de los Romances*, que debió de haber vivido bajo Fernando el Santo (impreso también en la traducción de Velázquez por Dieze, pág. 146), pero Sánchez prueba suficientemente (páginas 166-167) que esta atribución procede de un error de Argote, y que esta poesía, que en el Arcipreste consta de veintiuna estrofas, á causa del lenguaje mucho más reciente y formado, no puede ser atribuida, por lo menos en la forma en que ha llegado hasta nosotros, á ningún poeta del siglo XIII. Aunque tengo por

A la aproximación del «santo tiempo» (la Cuaresma) se vuelve, finalmente, á casa («por folgar algun rato»); faltábanle sólo siete días para el Miércoles de Ceniza («dende á siete dias era Quaresma»). Se sienta á la mesa con su buen amigo, *Don Jueves Lardero*, y le entrega dos escritos, como mensajero de pies veloces. El uno es una «carta de creencia» de *Doña Quaresma* para todos sus servidores, y, sobre todo, los arciprestes y clérigos, en que les manda («so pena de sentencia») que desafíen á *Don Carnal* (aquí el tiempo de comer carne en general), que ya casi un año ha devastado impunemente sus tierras, y le anuncien que dentro de siete ú ocho días irá con todo su ejército á pelear contra él. Este escrito debe ser promulgado en toda la tierra para que no puedan disculparse los vasallos y dependientes de su enemigo («su gente»), diciendo que no se les había avisado. («Dada en Castro de Ordiales, en

---

muy verosímil la influencia de la poesía popular sobre esta, especialmente en lo que toca á la forma métrica (puesto que están como ya he indicado, compuestas según el arte de los cantares populares posteriores y evidentemente auténticos, en la conocida y usadísima versificación de estos, es á saber en «versos de redondilla mayor y menor»), sin embargo, apenas puede considerarse como simplemente casual la coincidencia de los mismos, sobre todo respecto al contenido, con las bucólicas tan gustadas entonces y aún antes de los franceses del Norte y del Sur (las «*Pastoretas*» de los trovadores y las «*Pastourelles*» de los troveros. Véase Diez: «*Die Poesie der Troubadours*», pág. 114, y W. Wackernagel «*Altfranzos. Lieder und Leiche*, Basel, 1846, 8, pág. 183), y tanto más ha de creerse esto, cuanto que he probado repetidas veces el exacto conocimiento que de los poemas de éstos tenía el Arcipreste. Creo, por lo tanto, que los modelos extraños pudieron haber sido la más próxima ocasión de fijar la atención en lo indígena y aprovecharse de ello, y de haber promovido su cultivo artístico, ya en nuestro poeta y aún mucho más entre los posteriores á él. ¡Cuán estrecho no era entonces en general el lazo entre la poesía popular y la artística, sobre todo en la lírica que empezaba á desarrollarse! ¡Y cuánto no se diferencian estos todavía poco cultivados productos de la naturaleza, de los lamentos pastoriles, refinados y dulzones compuestos en los siglos XVI y XVII según los modelos italianos! (a).

(a) Conocidos ya los cancioneros galaico-portugueses, es imposible negar que en ellos, y no en la lírica provenzal ni en la francesa, ha de buscarse el modelo inmediato de las *cánticas de Serrana* del Arcipreste.—(M. M. y P.).

Burgos rescebida.») El otro escrito es la carta de desafío de *Doña Quaresma á Don Carnal* con toda las formas del derecho:

«... abierta é sellada,  
Una concha muy grande de la carta colgada»,

que le envía por medio de su heraldo, *Ayuno*. El Arcipreste y su huésped se turban mucho con esta noticia, y el último decide en seguida romper una lanza con la mal aconsejada dueña; pero el Arcipreste se pone bajo las órdenes de su señora y envía por su parte una carta abjuratoria á *Don Carnal* por *Viernes*:

«Que venga apercebido el martes á la lid.»

En esto se lanzan ambos partidos á la lucha (aquí describe el poeta con mucho gracejo ambos ejércitos, que constaban de diferentes animales terrestres y acuáticos, que, según sirven de comida de carne ó de vigilia, se alistan bajo una ú otra de las banderas enemigas); *Don Carnal* y los suyos, que se han excedido algo en la comida y la bebida y se han dormido, son sorprendidos á media noche en su campamento y apenas hacen resistencia (descripción cómica de la batalla); *Don Carnal* es vencido y abandonado de todos sus vasallos, hasta *Cecina* y *Tocino*, cogido prisionero con estos dos y conducidos atados ante su triunfante enemiga, la cual ordena que á él se le perdone, pero que se ahorque á sus compañeros:

«Mandó a Don Carnal que guardase el ayuno,  
Et que lo tuviessen encerrado a do non lo vea ninguno  
Si non fuese doliente, o confesor alguno,  
Et quel diesen a comer al manjar uno (1).»

---

(1) La idea fundamental de esta alegoría la ha tomado nuestro poeta, de los franceses del Norte (véase Barbazan: *Fabliaux*, tomo IV, pág. 80: *Bataille de Karesme et de Charnage*. Comp. Du Méril: *De la poésie Scandinave. Prolegomènes*, París, 1839. 8. pág. 317, note 1;—respecto á la aquí citada versión italiana, puedo añadir: *Raccolta di poesie facete, di Giulio Cesare Croce, stampate in Bologna nel sec. XVII*, y en ésta: *La trionfante*

*Don Carnal* llega al caso de necesitar un confesor, y se le acerca un «flaire» para alcanzar su felicidad, convirtiendo á este empedernido pecador. Con esta ocasión, el poeta hace una digresión acerca de la doctrina de la confesión y la penitencia, y aunque, como dice, toca este importantísimo punto con el temor y el respeto debidos á la opinión de hombres más doctos, disculpándose muy modestamente con su poca ciencia:

«Só rudo e sin sciencia, non me oso aventurar,  
Salvo un poquillo que oi desputar.

.....  
Escolar só mucho rudo, nin Maestro nin Doctor,  
Aprendi et sé poco para ser demostrador.»

A pesar de esto no puede dejar de vituperar la pretensión de los *clérigos simples* de querer oír la confesión á *cualquiera* y perdonar en plenario *todos* los pecados. Recuerda los pecados *reservados*, é invoca, mostrando su instrucción teológica, el «Común Decreto», el «Santo Decreto», las Decretales y las más sabias doctrinas del Derecho canónico de aquel tiempo. Pero el precitado fraile, según nos informa el poeta prosiguiendo en su relato, había sido favorecido por el Papa con una más extensa facultad de absolver de los pecados («Era del Papa e dél mucho privado»), y podía absolver aun los tan grandes como eran los de *Don Carnal*; le prescribe como peni-

---

*vittoria della Quaresima contro il Carnevale*); pero con mucho mayor gracejo y espíritu de observación, copiando con gran destreza á cada paso las costumbres, los usos y los hábitos religiosos, y á las veces parodiándolos ingeniosamente, y añadiendo de propia invención, y con ocasión de la lucha, una nueva serie de sucesos y otro resultado diferente. Tales combates alegóricos eran, en general, un asunto favorito de los poetas de la Edad Media (comp., por ejemplo, *La Bataille de Vins* en Barbazan, l. c., tomo I, pág. 152; *Dis ist von dem Herbste vnd von dem Meigen*, en la colección de poemas alemanes de Müller, tomo III, página xxix-xxx, etc. Comp. también la crítica de Huber de la edición de los *Latin poems attrib. to Walter Mapes*, de Th. Wright, crítica inserta en *Jenaer Lit.*, 1842, n.º 233, s. p. 962; y Du Méril: *Poésies lat. ant. au XII s.*, pág. 218), cuyo modelo originario puede muy bien haber sido la *Batracomiomaquia*.

tencia que coma cada día de la semana tan sólo «un manjar señalado», que visite á la vez con diligencia las iglesias y los cementerios, que se dé los viernes la «santa disciplina», que se guarde de todos los pecados y no dé escándalo á nadie. *Don Carnal* se somete humildemente á esta penitencia, por lo cual es absuelto; pero extenuado por sus heridas y postrado en el lecho del dolor, tiene que consumirse solo y abandonado en la cárcel, pues ningún cristiano quiere ya tener nada que ver con él.

Entre tanto, su vencedora, *Doña Quaresma*, entra en su gobierno apenas amanece el Miércoles de Ceniza (miércoles corvillo); pero no se contenta con hacer limpiar, frotar y fregar toda la vajilla y el menaje doméstico para que pierda las huellas de la loca vida anterior, sino que:

«Bien como en este dia para el cuerpo repara,  
Asi en este dia por el alma se para:  
A todos los Christianos llama con buena cara  
Que vayan a la Iglesia con conciencia clara.  
A los que allá van con el su buen talente,  
Con ceniza los cruzan de ramos en la fuente, etc.»

Mientras cuida así de la salud de las almas de los fieles, animando á éstos á la penitencia y á las obras de piedad, se ha ido reponiendo poco á poco *Don Carnal* de sus heridas y dolores, pero sigue todavía muy extenuado. El Domingo de Ramos le invita Don Ayuno á que le acompañe á misa, acepta esta invitación muy de grado, pues espera que le dé ocasión de darse á la huida. Efectivamente, se escapa al salir de la iglesia:

«... fuese a la Juderia,  
Rescebieronlo muy bien en su carneria,  
Pascua de pan cenceño estos los venia.»

El lunes siguiente, muy temprano, le ayuda á que complete su fuga el «Rabi Acelin»; pone en seguida en alarma á toda la comarca, recorriéndola con increíble celeridad; reúne de nuevo en torno de sí á todos sus partidarios, y animado con esto, se atreve á provocar á su enemigo á la renovación de la lucha,



enviándole por medio de su fiel vasallo, *Don Almuerso*, una carta de desafío, en que le fija para la ruptura de hostilidades el Domingo de Pascua. («De hoy en quatro dias, que será el domingo.») No descuida, entre tanto, hacer que corran entre todos sus vasallos, cristianos, moros y judíos, cartas, circulares y gratulatorias («salud con muchas carnes siempre de nos á vos»), en que les anuncia la ruptura de hostilidades y les ruega que se reunan, encargándoles que abjuren de su común enemiga por medio de *Doña Merienda*. Ve coronada su empresa con el éxito que más pudiera anhelar, porque todos abandonan entonces con placer á su temida enemiga, que se arrepiente demasiado tarde de su imprevisión, y que, como todas las mujeres, débil é irresoluta en el momento del peligro, da por perdida su propia causa (1). Decide, por lo tanto, para no recibir daño alguno, evitar la lucha con el vencido enemigo, y con los peces, sus mejores aliados, que no pueden unírsele en primavera, ir en peregrinación á Jerusalén. El viernes de indulgencias se viste de peregrina (coplas 1.179-1.181: descripción exacta del traje que entonces usaban los peregrinos), y así, habiéndose hecho desconocida, se escurre de sus enemigos, que la espían, en la noche del Sábado Santo:

«El Sabado a la noche salté por las paredes.»

Así abandonó el campo la enemiga misma y nadie impidió á *Don Carnal* volver á subir con nuevo brillo á su trono abandonado. El poeta describe ahora la recepción espléndida y la entrada de éste y de su igualmente poderoso co-soberano:

«Vigilia era de Pascua, Abril cerca pasado,  
El Sol era salido, por el mundo rayado,  
Fue por toda la tierra gran roido sonado  
De dos Emperadores, que al mundo han llegado:  
Estos Emperadores Amor et Carnal eran.»

Todos les salen al encuentro para recibirlos placentera-

(1) Aquí empieza á ser más completo el extracto de Velázquez.

mente, al *Emperador Carnal* sobre todo, los carniceros, triperas, pastores y rabadanes. Aparece en un precioso carro, armado y rodeado de perros de caza, trayendo sogas para vacas, pesos, pesas, tajones y garabatos, grandes tablas y mesas, gamellas y artesas para las triperas, matando, degollando y desollando reses, y dándolas á cuantos venían, castellanos é ingleses, y cobrando cuanto había perdido en los meses pasados.

Pero aún con más fiesta y alegría es recibido *Don Amor* por todos los vivientes, que entonan cantos de júbilo y alabanza con todos los instrumentos posibles (en la copla 1.202-1.208 se citan todos los conocidos entonces) (1). Hasta los religiosos regulares y las monjas le llevan en procesión, y todo el mundo le rinde pleito homenaje. Elévase entonces entre la muchedumbre de sus adoradores una querrela sobre quién ha de participar del honor de albergar al querido soberano. (El poeta aprovecha esta querrela para salidas satíricas sobre los diferentes estados por las mutuas acusaciones de los que se pelean por alcanzar ese honor: monjes, religiosos, seculares, caballeros, escuderos y monjas; tema favorito de los poetas de la Edad Media.) Amor, sin embargo, aunque promete á todos su gracia, no quiere decidirse, sabiamente, por ningún partido. Entonces se le acerca el poeta; como discípulo, antiguo servidor y fiel vasallo de Don Amor, le suplica el distinguido favor de que vaya á su casa. Amor accede también á este ruego, y después de despedir á la mayor parte de su séquito («Pero que en mi casa fincaron los instrumentos»), se aloja efectivamente en casa de aquél. Mas como para el resto de la servidumbre es demasiado pequeña la casa del poeta, hace plantar el Amor su magnífica tienda en la proximidad de aquélla, y manda que le vayan conduciendo todos los amantes cada cual á su vez. (Coplas 1.240-1.274: descripción del adorno interior y de las pinturas de esta tien-

(1) Compárese con este pasaje: Roquefort, *De l'Etat de la poésie française*, páginas 106-131.

da, que representan los doce meses) (1). Cuando el Amor, después de una corta siesta, se encuentra á solas con el poeta («los más de su mesnada con *Don Carnal* fasian su morada»), se atreve éste («como era su criado») á preguntarle dónde ha pasado el tiempo durante el cual no se habían visto.—*Don Amor* le cuenta á éste que «en la invernada» había estado en Sevilla y Andalucía, siendo en todas partes muy bien acogido; durante la Cuaresma se fué á Toledo, pero halló á todos ocupados con la oración y ejercicios de penitencia, no siendo, por lo tanto, bien recibido de nadie, y, finalmente, había sido echado por la puerta de Visagra. Aun en los conventos, donde mendigaba una colocación, fué tratado sin misericordia. Huyó entonces á *Castro Ordiales*, donde fué bien recibido, y pasó la Cuaresma. Pero ahora, que había vuelto *Don Carnal* á recobrar su dominio, había pasado para él el tiempo de perturbación; se iba, ante todo, á Alcalá, á morar allí en la feria, y de allí á recorrer todo el país («dando á muchos materia»). A la mañana siguiente abandona efectivamente el Amor al poeta:

«Dexóme con coydado, pero con alegría,  
Este mi Señor siempre tal costumbre habia (2)».

Como nuestro poeta ve todos los corazones llenos de dulce júbilo y de placeres de boda con la vuelta de la primavera y del Amor:

«Dia de Quasimodo Iglesias et Altares,  
Vi llenos de alegrías, de bodas e cantares,  
Todos habian grand fiesta, fasien grandes yantares,  
Andan de boda en boda Clerigos e Iuglares»,

(1) Este pasaje es tan semejante á la descripción de la tienda de Alejandro en el *Poema de Alejandro* (comp., sobre todo, las coplas 2.390-2.402), que casi se creería que nuestro poeta ha copiado aquí á su compatriota, si tales descripciones de pinturas alegóricas no fueran comunes, en general, á todos los poetas de la Edad Media.

(2) ¿A quién no le ocurren aquí las tan hermosas como verdaderas palabras de Goethe:

«Glück ohne Ruh  
Liebe bist du.  
Felicidad sin calma, tú eres amor?»

se despierta de nuevo en su corazón el antiguo anhelo, se le hace insoportable su triste soledad; vuelve, pues, á recurrir á la diestra *Trota-Conventos* para que le ayude á buscar algún objeto que llene el vacío de su corazón («que me catase alguna tal garrida»). Ella está también muy propicia á ello, y le dice que conoce una viuda rica, joven y hermosa, con la cual intentará buscarle felicidad. El poeta provee á la vieja, como siempre, de sus tesoros, de los que parece tenía siempre provisión, es decir, de algunas canciones compuestas por él mismo («Cantigas que vos aquí trobé»), para que se las dé á la dama. Pero también su desdichada estrella había vuelto con la primavera y con el amor.

«Asaz fiso mi vieja quanto ella faser pudo,  
Mas non pudo trabar, atar, nin dar nudo,  
Tornó a mi muy triste, e con corazon agudo;  
Dis: do non te quieren mucho, non vayas a menudo.»

No le va mucho mejor con otra dama, á la que ve en la iglesia el día de la fiesta de San Marcos, y de la que al punto se enamora. Esta vez la mensajera de amor, Urraca, toma á su cuenta el exponerle sus pretensiones y «desires»; pero lo toma contra su voluntad, y no sin fundamento; pues si bien al principio no se mostraba completamente esquiva la bella, cambió en seguida su sentido, y prefirió la mano y la sortija nupcial de otro al corazón y las canciones del poeta, de quien se ríe por esto la vieja:

«..... ella dixo: a dolo;  
Vino a mi reyendo, dis: homillome Don Polo:  
Fe aquí buen amor qual buen amiga buscolo.»

Pero procura hacer buena la inoportuna burla por medio de un sano consejo, pintándole las ventajas de que escoja por amada á una *monja*. (La descripción, aquí intercalada, de la vida que entonces llevaban las monjas claustradas contiene rasgos muy notables para la historia de las costumbres.) El la con-

testa que no puede entrar en el convento, porque no conoce ningún portillo («¿yo entrar cómo puedo do non se tal portillo?»). Pero ¿qué son tales dificultades para una zurcidora de voluntades tan perita como *Trota-conventos*? Ha espiado ya su terreno:

«Ella dis: yo lo andaré un pequeño ratillo,  
 Quien fase la canasta, fará el canastillo.  
 Fuese á una monja, que había servida.»

Vuelta de su cometido, le cuenta con diplomática exactitud toda la marcha del asunto: que *Doña Garoza* (así se llama la monja) al principio no quiso oír nada de sus proposiciones, pues:

«Aquesta buena dueña había seso bien sano,  
 Era de buena vida, non de fecho liviano»;

que habia necesitado todo su arte y toda su resolución para debilitar, usando las mismas armas, las contestaciones de la monja, que sabía apoyarlas con *fábulas* y *relatos* (1), y oponer

(1) Según su costumbre, entreteje aquí el poeta en la conversación entre la monja y la vieja algunas fábulas, á saber: coplas 1.322-1.328: Enxiemplo del Ortolano é de la Culebra (v. Esopo-Coráy, fáb. 170: Γεωργός και Όφις y *Romulus Ulm. et Divionens.*, lib. I, fáb. 10: *Homo et Colubra*. Comp. Liebrecht, obra citada, pág. 484, y en la «Germania» de Pfeiffer, II, 2, página 249);—coplas 1.331-1.340: del Galgo é del Señor (v. Phaedrus, lib. V, fábula 10 y *Romulus*, lib. II, fáb. 7: *Venator et Canis*);—Coplas 1.344-1.358: del Mur de Monferrado et del Mur de Guadalaxara (v. Esopo-Coráy, fábula, 301: Μῦς ἀρουραῖος και Μῦς ἀστικός.—Horat. Satyr, II, 6, v. 80 sq. Impreso en Faber, l. c. II, núm. 448);—Coplas 1.361-1.365: del gallo que falló el Zafir en el muladar (v. Phaedrus, lib. III, fáb. 12: *Pullus ad Margaritam*. Lo que dice aquí el gallo, hace decir el poeta español á la margarita);—Coplas 1.375-1.38 : del Asno é del Blanchete (en Faber, l. c. II, núm. 439—v. Esopo-Coráy, fáb. 212, pág. 371: ὄνος και Κυνίδιον. En el español es una ama la que quiere acariciar al asno, á quien no le dan palos hasta matarle, y es el poeta mismo quien dice la moraleja);—Coplas 1.386-1.395: de la Raposa que come las gallinas en la aldea, (en Faber, l. c., II, núm. 441—v. Liebrecht, obra citada, pág. 502.—La misma fábula, con algunas alteraciones de detalle y con otra aplicación se halla en el *Conde Lucanor* del

la constancia á las palabras injuriosas y aun á las amenazas claras; y que finalmente, con mucho trabajo, después de repetidas intencionadas y de encarecimientos de sus buenos propósitos, y después de una exacta descripción de la persona y pintura del caracter del tan encarecidamente recomendado (1), de

infante D. Juan Manuel, cap. 43: De lo que contesció á una raposa que se fizo muerta);—Coplas 1.399-1.408: del Leon e del Mur (en Faber, II, número 440.—Esopo-Coráy, fáb. 217: Λέων και Μῦς);—Coplas 1.411-1.416: de la Raposa et del Cuervo (en Faber, II, núm. 443—v. Esopo-Coráy, fáb. 204: Κόραξ και Ἀλώπηξ;—comp. Liebrecht, obra citada, pág. 502);—Coplas 1.419-1.424: de las Liebres (en Faber, II, núm. 446—v. Esopo-Coráy, fáb. 57: Λαγωὶ και Βάτραχοι. En el español falta la prótesis de la liebre, en que dice que va á arrojarse al agua desesperada por su suerte miserable; les aterra tanto el ruido de esta, que procuran huir en todas direcciones y ocultarse, presas de ciega angustia. En vano llama la atención de una de las suyas acerca del infundado temor de las ranas, para mostrarles un ejemplo; ellas huyen);—y coplas 1.428-1.453: Enxiemplo del ladrón que fiso carta al Diablo de su anima. (Una de las muchas historias del diablo de que están llenos los escritos ascéticos de la Edad Media, v. Liebrecht, ya citado, página 503. También aquí se ha servido el infante D. Juan Manuel de la misma fuente que nuestro Arcipreste; pues cuenta la misma historia con ligeras variantes en su *Conde Lucanor*, cap. 49: De lo que contesció al ome bueno, que fué fecho rico, e despues pobre con el diablo.—Alguna semejanza con esta tiene una historieta que se halla en el «*Schimpf und Ernst*». («Burla y veras») de Pauli, bajo el título de «del diablo y el mal espíritu», según la edición de Francfort, del año 1594, hoja 232 v: El diablo y un ladrón hacen un pacto.)

(1) Coplas 1.459-1.463: De las figuras del Arcipreste. Como este pasaje parece contener una descripción propia y humorística del poeta, creo muy apropiado ponerla aquí á la vez como semblanza y muestra de este hombre distinguido y de su notable obra:

«Señora, dis la vieja: yo l'veo a menudo,  
 El cuerpo ha bien largo, miembros grandes, trefudo,  
 La cabeza non chica, belloso, pescozudo,  
 El cuello non muy luengo, cabel prieto, orejudo.  
 Las cejas apartadas, prietas como carbon,  
 El su andar enfiesto bien como de pavon,  
 Su paso sosegado, é de buena rason,  
 La su naris es luenga, esto le descompon.  
 Las encias bermejas, et la fabla tumbal,  
 La boca non pequeña, labios al comunal,  
 Mas gordos que delgados, bermejios como coral,

cuya verdad ella debía salir garante, sólo había podido conseguir de ella el que consintiera en verle y hablarle:

«La dueña dixo: vieja, guardeme Dios de tus mañas,  
Ve, dil que venga cras ante buenas compañías,  
Fablar me ha buena fabla, non burlas nin picañas,  
E dil, que non me diga de aquestas tus fazañas.»

Esto es lo que le anuncia como consolador resultado de su embajada, y él puede considerar qué es lo que ha decirle á la dueña al día siguiente («non le digades chufas de pitoflero»). Decide él entonces probar ante todo su favor por medio de una carta y esperar la contestación. Esta es favorable:

«Troxome buena respuesta de la ferosa rima,  
Guardas teme la monja mas que la mi esgrima,  
Pero de buena fabla vino la buena cima.»

También tiene el mejor éxito la cita que sigue á esto.

«Recibiome la dueña por su buen servidor,  
Siempre Pfui mandado e leal amador,  
Mucho de bien me fiso con Dios en limpio amor,  
En quanto ella fue viva, Dios fue mi guiador.»

Así es como halló en esta monja lo que tanto tiempo había buscado en vano, «limpio amor», una inclinación fundada en estimación mutua; no la embriaguez del apetito sensible, que pasa pronto, sino el ennoblecimiento propio mutuo por una conducta agradable á Dios y por casta abstención.

---

Las espaldas bien grandes, las muñecas atal:  
Los ojos ha pequeños, es un poquillo bazo,  
Los pechos delanteros, bien trefudo el brazo,  
Bien complidas las piernas, del pie chico pedazo,  
Señora, del non vi mas, por su amor vos abrazo.  
Es ligero, valiente, bien mancebo de dias,  
Sabe los instrumentos e todas juglerias,  
Doñeador alegre para las zapatas mias,  
Tal omen como este non es en todas crias.»

«Para tales amores son las religiosas,  
Para rogar a Dios con obras piedosas,  
Que para amor del mundo mucho son peligrosas,  
Et son las escuseras, peresosas, mentirosas.»

Desgraciadamente, muy pronto turbó la muerte estas nobles relaciones, pues á los dos meses murió la monja, y en vez de los tiernos cuidados («hobe menos cuydados») llena un profundo dolor al más que solitario, y añade el poeta tan ingenua como patéticamente:

«Con el mucho quebranto fis aquesta endecha,  
Con pesar e tristesa non fue tan sutil fecha,  
Emiendela todo omen, e quien buen amor pecha,  
Que yerro et mal fecho emienda non desecha (1).»

Para acallar este dolor se lanza de nuevo al camino extraviado del amor loco, donde, como es justo, no le va mejor que antes. A su ruego de que le procure un objeto de distracción, su siempre servicial medianera se vuelve esta vez á una *mora*; pero ésta no quiere oír nada de tales proposiciones:

«Ella fis buen sero, yo fis mucho cantar (2).»

(1) Por desgracia, los manuscritos no nos han conservado esta *endecha*, que, como ejemplo el más antiguo de este género de poesía, hubiera sido muy notable aun en el respecto métrico.

(2) Las coplas 1.482-1.486, que contienen la conversación entre la vieja y la mora, tienen manifiestamente otro ritmo, que las restantes estrofas alejandrinas, aunque Sánchez las haya impreso como tales, y es digno de notarse que cada hemistiquio ó medio verso cierra el pensamiento. Si se las divide según esto, se llega á redondillas, las más octosílabas, por ejemplo:

«Ya amiga, ya amiga,  
Quanto ha que non vos vi?  
Non es quien ver vos pueda;  
Como sodes ansi?  
Saludaros amor nuevo;  
Dixo la mora: ysnedri, etc.»

¿No recuerda esto la forma de los romances?



Con ocasión de esto, hace el poeta una pequeña digresión para decirnos qué instrumentos servían para acompañamiento de los cantos arábigos («en quales instrumentos non convienen los cantares de arábigo»), de donde sabemos que compuso muchas canciones de baile y callejeras para cantantes judías y moras, canciones de mendicidad para ciegos, estudiantes vagabundos y otros cantores errantes por el estilo, y un gran número de canciones burlescas; en una palabra, que fué un poeta popular en sentido estricto. Me permito, pues, otra pequeña interrupción en mi extracto, para insertar aquí este pasaje clásico para la historia de los cantares populares españoles:

«Despues fise muchas cantigas de danza e troteras  
 Para Judias, et Moras, e para entendederas,  
 Para en instrumentos de comunales maneras,  
 El cantar que non sabes, oílo a cantaderas.  
 Cantares fis algunos de los que disen los ciegos (1),  
 Et para escolares que andan nocherniegos (2);  
 E para muchos otros por puertas andariegos,  
 Cazorros et de bulras, non cabrían en dies priegos.»

(1) Felizmente nos han transmitido los manuscritos un par de modelos de esta especie. Dos de tales cantares de ciegos se hallaban al final del «Códice de Gayoso» los cuales también Sánchez (páginas 284-288) ha puesto como apéndice á su edición. Pero los hizo imprimir junto á los dos también citados cantares del escolar errante, siguiendo exactamente y sin crítica alguna el manuscrito, cuando, aun fuera del contenido, debieron haber llamado su atención el ritmo diferente y la colocación de la rima alterada de un modo bastante claro; aunque esta vez fué instruído hasta tal punto á lo menos por los dos últimos de estos poemas que halló bien divididos en el manuscrito de Salamanca, que no los consideró, como ya he hech notará menudo, como estrofas de alejandrinos largos, pues aun aquí estaban escritos juntos en el manuscrito, como él mismo dice, dos versos en una línea. La primera de estas canciones (empieza pág. 284: «Varones buenos honrados...»), y acaba, pág. 286: «Da paraíso á sus almas»); está en estrofas de seis versos con rima alternada; la segunda tiene al principio y al fin unas estrofas de cinco versos, la primera de las cuales (con la rima: *aaa bb*) servía según toda probabilidad de estribillo, en cuyo lugar la última (con la rima *aa bbb*) se cantaba como estrofa final. Las restantes son de seis versos con rima en pareados; ambas constan de versos octosílabos.

(2) Las coplas 1.624-1.634 contienen dos de tales canciones mendicantes

Continuando con nuestro poeta en el relato de sus aventuras, debo decir que aún no se había agotado su desdicha, pues le faltaba recibir el golpe más rudo:

«Et yo con pesar grande non puedo desir gota,  
Porque *Trota-conventos* ya non anda, nin trota.»

Esta medianera de los asuntos de su corazón, que tan útil le fué siempre, le fué arrebatada por la muerte, y más de un portillo, que ella sabía abrir para él, le quedó cerrado entonces. Esto le da ocasión para hacer consideraciones sobre lo caduco de todo lo terreno y sobre los devastadores efectos de la muerte, y para maldecir á este enemigo capital del género humano (no le faltan aquí salidas satíricas sobre los herederos que se ríen del muerto y las viudas hipócritas). No perdonó la muerte ni

---

de escolares de viaje. («De como los Escolares demandan por Dios».) Ambas han sido impresas, como ya se ha dicho, según el «Códice de Gayoso», páginas 283-284; sólo que tiene aquí cada una una estrofa menos, pues en todas estas canciones casi no son las estrofas otra cosa que variaciones del mismo pensamiento, de modo que se puede quitar una cualquiera á voluntad ó añadirla sin que se altere el sentido; por el contrario faltan en el manuscrito de Salamanca los dos versos que forman el estribillo de la segunda canción, con que aquí, pág. 284, comienza esta:

«Señores, vos dat á nos  
Escolares pobres dos» ;

y las anteriores á la copla 1.629 están intercaladas. También aquí ha impreso Sánchez las dos como si fueran una sola, de lo cual debía haberle apartado la rima del último verso de cada estrofa, que cambia desde la copla 1.629, rima por la que están unidos entre sí y con los dos versos del estribillo. (En general ha incurrido en este respecto en faltas, algunas de las cuales no admiten disculpa; pues llega casi á lo cómico la observación que antepone (pág. 283) á estas cuatro canciones, que, como se ha dicho, imprimió como una sola según el «Códice de Gayoso». Dice: «Cántica de los Escolares, de que el poeta hizo mención copla 1.483, y quedó empezada en la 1.624. Pónese aquí entera, sacada del Códice de Gayoso, etc.» ¡Cuán de desear sería una edición no mutilada y crítica de las obras del Arcipreste, aun cuando debemos estar reconocidos al noble celo del animoso Sánchez! Estas dos canciones mendicantes están en cuartetos octosílabos con la rima: *aaa b*, y un estribillo de dos versos pareados (rimados en *b*).

á Cristo hecho hombre; por lo cual fueron ella y el poder del infierno vencidos para siempre por el hijo de Dios:

«Tu l' mataste una hora, él por siempre te mató.»

Sobre esto reposa la esperanza de los hombres, á quienes Cristo, mediante su muerte temporal, ha desligado de los lazos de ésta y hecho de nuevo participantes de la vida eterna.

Cierra el poeta estas consideraciones con un panegírico y un epitafio á Doña Urraca, su difunta amiga, panegírico y epitafio que suenan, sin embargo, como una ironía. Y para aprovechar un suceso tan temeroso, y sacar de él cuando menos doctrinas saludables á sus prójimos, aconseja á estos contra un enemigo tan seguro y que casi siempre nos coge desprevenidos, como es la muerte, estar siempre preparados, y esto con las armas de las buenas obras, que pueden protegernos mejor que nada contra los tres seductores principales, mundo, demonio y carne, y contra sus retoños, los siete pecados capitales. (Este tema está desarrollado en una alegoría ascético-mística, en que nos presenta á los siete Sacramentos como compañeros de armas luchando contra los siete pecados capitales.)

Sin embargo, siente él mismo ya que se está ocupando en algo más que en una obra poética, que ha subordinado la lira al púlpito, y procura indemnizarlo con un verdadero salto lírico, puesto que se introduce inmediatamente en el siguiente poema de un modo muy ingenuo:

«Quiero vos abreviar la predicacion,  
Que siempre me pagué de pequeño sermon,  
E de dueña pequeña et de breve rason  
Ca poco et bien dicho afincase al corazon.»

El poeta hace muy bien en esto, en declarar expresamente la marcha de sus ideas, pues de otro modo, ¿quién hubiera podido hallar, si él no lo hubiese motivado, el paso de tan serias consideraciones á la poesía agradabilísima y maliciosa que coloca en seguida y que no contiene ni más ni menos que una

alabanza de las mujeres pequeñas («de las propiedades que las dueñas chicas han») tratada en comparaciones bonitas y llenas de sentido? La cierra con esta maliciosa sentencia:

«Del mal tomar lo menos diselo el sábidor,  
Porende de las mugeres la mejor es la menor.»

A quien lleva en la boca con tanto calor la alabanza de las mujeres, á este, á pesar de todos los pensamientos de la muerte, no se le ha despegado el amor del corazón. Y así sucedía con nuestro poeta; pues apenas vuelve el fatal Marzo («Salida de Febrero, entrada de Marzo»), y con los seductores aires de primavera, el anhelo amoroso, debía, como es natural, buscar el modo de llenar el vacío de su corazón. La que tan fielmente le ayudaba, estaba ya muerta; ¿qué había pues de hacer más que escoger otro mensajero de amor, y cómo podía hallar más útil sujeto que el notable joven Hurón, que reunía en sí las *catorce* virtudes cardinales (1)? Movióle también á ello otra razón importante:

«Que mas val con mal asno el omen contender  
Que solo e cargado fas a cuestras traer.»

El joven habla con mucha modestia de sus talentos:

«El sabia leer tarde, poco, e por mal cabo,  
Dixo: dadme un cantar, et veredes que recabdo:  
E, Señor, vos veredes, maguer que non me alabo,  
Que si lo comienzo, que le daré buen cabo.»

(1) Creo un deber de conciencia hacer que mis lectores conozcan la característica pintura de este distinguido joven. Hable el poeta mismo:

«Tomé por mandadero un rapas trainel,  
Huron habia por nombre, apostado doncel,  
Si non por quatorce cosas nunca vi mejor que el.  
Era mintroso, bebdo, ladron e mesturero,  
Tafur, peleador, goloso, refertero,  
Reñidor, et adevino, susio et agorero,  
Nescio, perezoso, tal es mi escudero.  
Dos dias en la selmana grand ayunador,  
Quando non tenia que comer, ayunaba el pecador.»

Un mensajero tan diestro debía ejecutar su comisión excediendo en ella á todas las esperanzas:

«Ibaselos (los cantares) disiendo por todo el mercado,  
Dixol' Doña Fulana: tirate alla, pecado,  
Quel a mi non te envia, nin quiero tu mandado.»

Con esta broma cierra el poeta el relato de su aventura amorosa, determinando con suficiencia su carácter por una burla irónica. Cree, sin embargo, necesario prevenir una vez más de toda falsa inteligencia de su obra á los sobrado celosos y á los lectores de malas entendederas, con el sentimiento de que un hombre de su estado no está seguro con semejante obra de los vituperadores maliciosos y de pocos alcances, que quieren meter por fuerza dentro de los cuatro jalones de la vida ordinaria el libre juego de la fantasía y no pueden comprender al poeta fuera de su posición en el mundo civil.

FERNANDO WOLF.

*(Se continuará.)*

# CRÓNICA LITERARIA

---

## LA ÚLTIMA NOVELA DE PEREDA

**M**IENTRAS en los periódicos y en las Cortes se discute si han vuelto aquellos tiempos, trágicos á ratos y á ratos divertidos, del reinado de doña Isabel II, y se hacen cálculos y profecías sobre si se aprobarán los presupuestos antes de las elecciones municipales, el apartar la atención de estas cuestiones para fijarla en el campo de las letras ofrece un atractivo semejante al que se encuentra en un paseo solitario, cuando se deja atrás el bullicio y el movimiento de la concurrencia numerosa que acude los días de fiesta á los lugares más frecuentados de los jardines públicos.

Parece como que se entra en un mundo diferente al pasar de la política, tan agitada hoy, á la literatura, que más presenta ahora el aspecto de silenciosa somnolencia de un cementerio, que la rumorosa agitación de la colmena. Es tan reducido el público que tienen entre nosotros las letras, que bien puede decirse que son, entre las manifestaciones de la actividad nacional, una de las que menos trascienden á la masa general del país, á la cual llega sólo por esa lenta infiltración de las ideas, que, partiendo de las clases cultas, llegan después de accidentada odisea psicológica y de transformaciones numerosas que á veces las desfiguran, hasta los elementos menos ilustrados de la sociedad.

El periódico y el teatro son las dos únicas manifestaciones literarias que tienen público relativamente numeroso. En el primero, la parte de literatura que contiene entra como cosa accesoria, como una añadidura de la información ó de la polémica. Fuera de las personas del oficio y de una minoría de lectores dotados de gusto y de cultura, casi nadie repara en si está ó no bien escrito un periódico. Los más buscan en los papeles públicos, como se decía antaño, noticias que les pongan al corriente de lo que ocurre, y apreciaciones que les dispensen del enojoso trabajo de formarse una opinión propia, cuando no el saborete de escándalo de los ataques y las burlas á personajes elevados, cuyo descrédito ó cuyo ridículo al menos, suele complacernos por cierta propensión, muy general entre nosotros, á abatir todo lo que está alto y á menguar lo que es ó parece grande. En esto somos muy atenienses. Sentimos el ostracismo, y después de haber encumbrado á nuestros Aristídes y Temístocles los mandaríamos con el mayor gusto á paseo.

En el teatro, la parte plástica que entra por los ojos y el carácter de diversión que tienen las representaciones atrae mucho más al público que el valor literario de las obras, y eso que en punto á actores y á *mise en scène* andamos medianamente, salvadas las honrosas excepciones de rúbrica. El éxito que alcanzan producciones ínfimas lo demuestra. Pero el libro que carece de estos atractivos y que no tiene tampoco por lo común el interés de actualidad de la prensa periódica, no puede competir en lo tocante á difusión con estos géneros, si bien su público, por lo mismo que es menos numeroso, es más selecto. Aquellos de nuestros literatos que no sienten vocación para la dramática ó el periodismo, tienen que resignarse de antemano á ser poco leídos.

Esto, aparte de otras causas, explica que haya escasa actividad en el campo de las letras. La literatura necesita ambiente, público, crítica, periódicos que discutan y popularicen las obras... En condiciones tan poco propicias como las que

ofrece nuestro país, es doblemente meritorio lo que hacen los escritores que continúan dignamente la tradición literaria española.

Uno de ellos, y de los primeros sin disputa, es D. José M. de Pereda, á cuya novela *Peñas arriba* corresponde, á mi entender, el primer puesto entre los libros recientemente publicados. Produce esta obra la misma impresión de sinceridad, de belleza sana, sentida y expresada con espontaneidad y franqueza que tanto realza las obras anteriores del insigne escritor santanderino. Así como la hermosura natural aventaja y vence á la que es producto de artificios de tocador y de cosméticos y recursos de perfumería; esta naturalidad encantadora de los libros del Sr. Pereda está á muchos codos de altura sobre los efectismos, maduramente calculados, de las obras literarias, que cual plantas de estufa, deben más á combinaciones artificiales que al calor vivificante de la realidad.

De ahí que el autor de *Peñas arriba* exprese admirablemente en ésta y otras de sus obras dos sentimientos de los más nobles y hermosos cuando son sinceros, el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento religioso. Jamás se hallará en sus páginas nada que traiga á la memoria los idilios pastoriles de país de abanico, ni la religiosidad de *doublé* que se inspira en fines profanos ó considera á Dios como un convencionalismo de buen tono.

Ambos sentimientos han inspirado páginas muy bellas de la última novela del Sr. Pereda, y se unen en afortunado consorcio estético en escenas tan admirables como aquella en que contemplando Marcelo con el cura D. Sabas el magnífico panorama que se extiende ante sus ojos, brota de los labios del último la alabanza á Dios, autor de aquellas maravillas, creadas para alegrar el corazón de los hombres y llenarle de gratitud hacia el Creador. No exagera, en verdad, el protagonista de la novela, cuando dice que en tal ocasión y en tal paraje resultaban sublimes las palabras del sacerdote: *Excelsus super omnes gentes, Dominus et super coelus gloria ejus.*



Tiene *Peñas arriba* su poco de tesis, y no nueva ciertamente, puesto que es la eterna disputa entre las ventajas de la vida de la ciudad, y las de la vida del campo, entre la agitación febril y los placeres de los grandes centros de población, y la existencia sencilla, reposada y monótona de la aldea. Pero aparte de que no hay tema viejo para el arte, si se consigue hallar formas nuevas, el Sr. Pereda ha dado actualidad á esta controversia, ventilada en todos los géneros literarios, desde los más modestos á los más elevados, desde la fábula del ratón campesino y el ratón cortesano hasta las más graves disquisiciones, asociándola con el masoneado problema del *Mal del siglo*, y la no menos manoseada *Cuestión social*, de tal modo presentes hoy en todos los espíritus algo cultos, que no sólo en las controversias sociológicas y morales, sino en la misma literatura amena, reflejo al fin de las ideas reinantes, se imponen como temas casi necesarios.

Creo que á nadie que conozca la tendencia general de las obras del Sr. Pereda le pueda caber duda de la solución á que se inclina. El médico Neluco (Manuel), uno de los personajes de la novela, expone sobre este particular ideas que, en mi opinión, no deben de hallarse muy distantes de las del ilustre novelista. El mal que padece la sociedad moderna consiste en una especie de atonía moral, en una creciente indiferencia hacia los antiguos ideales, que se deja sentir principalmente en las grandes poblaciones. Esta especie de parálisis de los sentimientos y las ideas que han formado en otras épocas el eje de la vida no ha invadido aún por completo las aldeas, á las cuales llega sólo como un eco remoto el tumulto de la vida cortesana. Estos pequeños centros de población, en que la solidaridad es más estrecha y más íntimo el trato entre sus pobladores, son los que pueden oponer una barrera á la enfermedad social del día. El remedio ha de partir de la periferia al centro.

Para probarlo, nos pinta el Sr. Pereda en *Peñas arriba* una aldea idílica, un pueblo verdaderamente patriarcal, gobernado

de padres á hijos por una dinastía de protectores generosos, á quienes vendría de molde, en su acepción primitiva, el título de *basileus* que daban los griegos á sus reyes. Los Ruiz de Bejos de la novela son verdaderamente *pastores del pueblo*, en aquel rincón de la montaña, por supuesto, sin cetro ni jurisdicción, ni siquiera vara de alcaldes, ni otra autoridad que la moral debida á sus beneficios y á la posición preeminente que ocupan entre sus convecinos. El cuadro es hermoso, pero Tablanca no existe en el mapa de la España del caciquismo que todos conocemos, ó si acaso tiene realidad es á título de excepción rarísima. El mismo novelista lo reconoce al presentarnos en torno de la feliz aldea, tan sabiamente regida por el patriarca D. Celso, otras en que anda muy de capa caída el patriarcado.

El argumento de *Peñas Arriba* es muy sencillo; puede resumirse en pocas palabras. D. Celso, el citado patriarca de Tablanca, tiene en Madrid un sobrino rico y joven, cortado por el ordinario patrón de las gentes que solemos llamar distinguidas, por la misma razón que se llama rabones á los animales que carecen de rabo. La característica de su distinción consiste, en efecto, en no distinguirse en nada, ni en vicios ni en virtudes, sino en seguir, por el contrario, escrupulosamente la norma de conducta impuesta por la costumbre y por la moda á esta clase privilegiada de mortales á quienes la observancia de las mismas reglas consuetudinarias, mucho más poderosas que todos los códigos escritos, da cierto parecido, que se extiende, desde el color de las corbatas y el corte de los trajes, á lo más íntimo de la parte psicológica.

El primero de estos personajes se ha cuidado muy poco de su deudo, hasta que, viéndose achacoso y próximo á su fin, siente la imperiosa llamada de la voz de la sangre; y con la secreta esperanza de que su sobrino le suceda en el papel de protector y cabeza de la aldea, le llama con insistencia á su lado. Accede el joven de mala gana, sin otro propósito que el de complacer á su pariente y cambiar por una temporada de horizontes. Pero

aunque Tablanca le desagrade soberanamente al principio, poco á poco van modificándose sus impresiones, hasta que, por último, abandona definitivamente la capital para establecerse en la casa solariega de sus antepasados, y acepta, con la herencia de D. Celso, el papel de continuador de su obra.

Es lástima, desde el punto de vista de la poesía, aunque no lo es desde el punto de vista de la verdad, que este milagro no lo realicen los espléndidos panoramas á cuya contemplación convidan al forastero las gentes de la aldea, ni el trato con los honrados campesinos que viven agrupados en torno á la *casona* de los Ruiz de Bejos, ni lo apacible que se desliza en Tablanca la existencia, ni siquiera el cansancio del tráfago mundano. La causa de la transformación que se opera en Marcelo es muy distinta, es el eterno *Deus ex machina* de la mayor parte de las novelas y de las comedias: el amor, que hace todos los días mayores prodigios. La vida patriarcal de la aldea vence en su contienda con la vida cortesana, de la misma suerte que triunfa la igualdad democrática sobre la distinción de clases cuando un *clubman* elegantísimo, aristocrático hasta la punta de las uñas y convencido de que pertenece á una raza superior, se casa con su criada.

Y así como los nobles que se casan con doncellas de servir suelen arrepentirse con el tiempo, aunque sus esposas sean virtuosas y buenas, es casi seguro que el héroe de *Peñas Arriba* se vuelve á Madrid el día menos pensado, so pretexto de enseñar á su mujer un poco del mundo, dejando abierta de nuevo la discusión entre los partidarios de la ciudad y los del campo.

Mas todo esto no impide que la novela del Sr. Pereda sea un hermoso libro. Un crítico de tanta autoridad como el señor Menéndez y Pelayo, la conceptúa una de las mejores del autor de *Sotileza*. Sobre todo la parte descriptiva de la novela es admirable; la escena del viático, la de la expedición en busca del aldeano perdido entre la nieve, y la de la cacería de los osos, son cuadros magistrales de sobrio y enérgico color y

---

gran fuerza dramática. El paisaje tiene gran importancia en esta novela. Como su acción es tan sencilla, el interés que despierta el escenario en que los personajes se mueven, supera en ocasiones al que provocan éstos. Como *factura* artística, las figuras secundarias me parecen superiores á la del protagonista, mas esto no arguye impropiedad, ni significa que no sea real el carácter de Marcelo, sino que se presta poco, para un escritor tan natural y tan sincero como el Sr. Pereda, ese tipo mediocre, equilibrado, incoloro, producto de una civilización que tiende á la uniformidad y á los términos medios, el cual personaje tiene de suyo escasa personalidad, y no es más que uno de tantos ejemplares fundidos en el molde social del momento.

---

De otro libro muy interesante, debido á la pluma de un escritor joven y de gran porvenir (*Moros y Cristianos*, por don Rodrigo Soriano), quisiera hablar también á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA. Mas, por no prolongar demasiado este artículo, lo aplazaré para otra Crónica.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

## OBRAS NUEVAS

---

- Aduanas (Dirección General de).  
— Estadística general del comercio exterior de España con sus provincias de Ultramar y potencias extranjeras en 1893. En fol. xxxi-941 páginas: 6 pesetas.
- Acuerdo adoptado entre España y Francia para la represión del contrabando en ambos países, por la Dirección general de Aduanas. En 8.º, 19 páginas. No se ha puesto á la venta.
- Agusti (V.)—Modelos de literatura castellana, en prosa y verso. En 4.º, 517 páginas. Encartonado: 3,50 pesetas.
- Albaladejo (E.)—Indicador de correos. Año IV. En 12.º, 16 hoj. 116 páginas y anuncios: 1 peseta.
- Alfaro y Navarro (E.)—Colección de trozos escogidos de las autores clásicos latinos. En 4.º, vii-313 páginas. Tela: 6 pesetas.
- Arenal (C.)—Obras completas. Tomo IV. La mujer del porvenir y La mujer de su casa. En 8.º, 290 páginas: 2,50 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo XXVI. Cuadernos 1.º y 2.º Enero y Febrero de 1895. En 4.º, 96 páginas. Cada cuaderno: 1,25 pesetas.
- Cabello de Carbonera (M.)—El Conde León Tolstoy, por Mercedes Cabello de Carbonera. Lima. Imprenta de El Diario Judicial. s. a. (1894). En 8.º, 73 páginas: 1 peseta.
- Descubrimiento del río de las Amazonas, según la relación hasta ahora inédita de Fr. Gaspar de Carvajal, con otros documentos referentes á Francisco de Orellana y sus compañeros. En 4.º, ccxxxix-279 páginas: 25 pesetas. Tirada de 200 ejemplares numerados.
- Casa Valencia (C. de).—Estudios históricos. (La embajada de Jorge Juan á Marruecos en 1767.—La guerra de España con las repúblicas del Perú y de Chile en 1866.—Un diario de Fernando VII de 1823.) En 8.º, 249 páginas: 2,50 pesetas.
- Castro (L.)—La producción y el cultivo del trigo en Portugal. Conferencia dada en la Real Sociedad Central de Agricultura Portuguesa. En 12.º, 93 páginas: 1 peseta.
- Castro y Valero (J. de).—Tratado de derecho veterinario. (1.ª parte). En 4.º xiv-238 páginas: 5 pesetas.

- Circulo de Bellas Artes. La Paleta. Carnaval de 1895. En fol. 36 páginas á dos columnas con 71 dibujos: 2 pesetas.
- Coba Gómez (J. de la).—Gran victoria; ópera en un acto. En 8.º, 8 páginas: 1 peseta.
- La Trampitana: ópera en un acto. En 8.º, 8 páginas: 1 peseta.
- Colección de documentos inéditos para la historia de España, por el Marqués de la Fuensanta del Valle, de la Academia de la Historia y de la de Ciencias morales y políticas. Tomo CXI. En 4.º, 3 hoj. prels. 520 páginas: 12 pesetas.
- Colección de escritores castellanos. Tomo 107. Obras completas de Fernán Caballero. La Gaviota. En 8.º, 509 páginas: 5 pesetas.
- Colorado (V.) y Villegas (F. F.)—Día de prueba: drama en tres actos, original y en verso. En 8.º, 80 páginas: 2 pesetas.
- Díaz Valdés (L.)—El poder y la debilidad del Estado. En 4.º, 16 páginas: 0,50 pesetas.
- Echegaray (J.)—Mancha que limpia; drama trágico en cuatro actos, y en prosa. En 8.º, 94 páginas: 2 pesetas.
- Faura (F.) y Algué (J.)—La meteorología en la Exposición Colombina de Chicago. En 4.º mayor, 110 páginas con grabados intercalados en el texto.
- Fernández-Cuesta y Porta (N.)—Autopsia judicial. Compendio médico-legal necróptico. En 4.º, 543 páginas y 3 hojas de índice: 15 pesetas.
- Ferreiroa (U.)—El primer perseguidor de los cristianos (escenas del primer siglo del cristianismo). En 4.º, 301 páginas: 4 pesetas.
- Ferrer Aledo (J.)—Análisis gramatical. En 8.º, 180 páginas: 2 pesetas.
- Galtes (P.)—Diccionario etnográfico-antropológico. En 8.º menor, 541 páginas. Tela: 5 pesetas.
- Gallardo y de Font (J.)—Opúsculo acerca del mejoramiento de la clase obrera en Toledo. En 8.º mayor, 26 páginas: 1 peseta.
- García Llañsó (A.)—Armas y armaduras; prólogo de D. Francisco Barado; ilustrado con 161 dibujos de D. José Passos. En 4.º mayor, XI-307 páginas. En tela: 10 pesetas.
- García M. (M.)—Infalible: sistema para jugar á la ruleta y al 30 y 40. En 4.º, 55 páginas: 10.
- García Martínez (B.) y Fernández Esteban (R.)—El auxiliar del Cuerpo pericial de contabilidad del Estado. En 4.º, 215 páginas: 5 pesetas.
- García y Mansilla (S.)—Beneficencia provincial de Madrid. Sobre la oftalmía granulosa de los asilos. En 4.º, 70 páginas: 2 pesetas.
- Gómez Arias (F.)—Colección de problemas, teoremas, proposiciones, enunciados y datos, destinados á estudios de aplicación de las enseñanzas de geografía y física en la Escuela especial y provincial de náutica de Barcelona. En 4.º
- González Alvarez (B.) y Ribera Sans (J.)—Discursos leídos en la Real Academia de Medicina. En 4.º, 66 páginas.—Tema: Higiene del niño abandonado durante su primera infancia.
- Guallart Elias (E.)—Pantógrafo-planímetro. En 8.º, 8 páginas: 0,50 pesetas.
- Hernández Villaescusa (M.)—Jurar

- en vano; novela. En 8.º, 200 páginas: 2 pesetas.
- Ibar-Kam. — La cocina práctica. Tratado y recetas de comidas de vigilia y colaciones. En 8.º, 285 páginas: 3 pesetas.
- Juan y Ponsoda (S. de.)—Elementos de agricultura. Nociones teórico-prácticas. En 4.º, 192 páginas y dos hojas de índice: 2,50 pesetas.
- Labrador de la Fuente (E.)—Leciones de legislación, de administración y contabilidad de la Hacienda pública. En 4.º, VIII-254 páginas: 8 pesetas.
- Laffitte de Obineta (V.) — Manual práctico de los abonos naturales y minerales. En 8.º, 128 páginas: 1 peseta.
- Lara y Pedrajas (A. de)—La Gaceta anual; extracto de las disposiciones publicadas en 1894. En 8.º, 255 páginas: 2,50 pesetas.
- Larra y Cerezo.—Anuario médico-farmacéutico. En 8.º, 192 páginas. En tela: 2,50 pesetas.
- Lois (R.)—Fabas e castañas. Libro de versos en gallego y castellano. En 4.º, 114 páginas: 2,50 pesetas.
- Llorente y Sánchez (M.)—Memoria acerca del estado del Instituto provincial de segunda enseñanza de Guipúzcoa. En 8.º, 84 páginas.
- Marín Perujo (A.)—Criterio etiológico-patogenético ó las grandes causas en las enfermedades del aparato digestivo. En 8.º mayor, 20 páginas: 1 peseta.
- Martelo-Paumán (E.)—Liricas gallegas. En 8.º, 144 páginas: 2 pesetas.
- Martínez Vigil (R.)—La bula de cruzada. Sermón pastoral. En 4.º, 27 páginas. No se ha puesto á la venta.
- Masambeti.—Doctrina cristiana explicada é historia sagrada. En 4.º, II-222 páginas: 2,50 pesetas.
- Medina (J. T.)—El primer periódico publicado en Filipinas y sus orígenes. En 8.º, 31 páginas: 5 pesetas. Tirada de 50 ejemplares numerados.
- Mitre (B.)—Lenguas americanas, estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del P. Luis de Valdivia, sobre el Araucano y el Alléntiak, con un vocabulario razonado del Alléntiak, por Bartolomé Mitre, miembro correspondiente de la Academia Española. La Plata. Talleres de publicaciones del Museo, 1894. En 8.º, 153 páginas. Tirada de 200 ejemplares.
- Olozábal (T. de).—D. Jaime en España. Crónica del viaje de S. A. R. dedicado á S. M. (Q. D. G.) En 8.º, 215 páginas: 2 pesetas.
- Otero Acevedo (M.)—Lombroso y el espiritismo. (Apuntes para la psicología del porvenir.) En 4.º, 236 páginas: 1,50 pesetas.
- Palacios (L.)—Anuario marítimo legislativo para 1894. En 4.º, 341 páginas: 2,50.
- Peña y Goñi (A.)—Cuatro cosas. En 12.º, 203 páginas: 2 pesetas.—Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos. Vol. 7.º
- Peñas (P.)—Manual del obrero. Cartilla de dibujo geométrico industrial. En 8.º mayor, 100 páginas. Atlas 8.º apaisado de 16 láminas: 2 pesetas.
- Pérez Placer (H.)—Contos da terríña. En 8.º, 238 páginas: 3 pesetas.—Biblioteca gallega. Tomo 38.
- Pérez Zúñiga (J.)—Cosquillas (ver-

- so y prosa.) En 8.º, 229 páginas: 3 pesetas.
- Pidal (M. de) y Menéndez y Pelayo (M.)—Discursos leídos ante la Real Academia Española. En 4.º mayor, 86 páginas: 2 pesetas.— Tema: Del drama histórico.
- Pimentel (M.)—Reglamento para la provisión de escuelas públicas de primera enseñanza. En 12.º, 143 páginas: 1,50 pesetas.
- Planas y Casals (J. M.)—La jurisprudencia en sus relaciones con la legislación civil. Discurso. En 4.º, 43 páginas.
- Guía general de la provincia de Pontevedra. En 4.º, 205 páginas 2,50 pesetas.
- Ramos (R.)—De las sucesiones. Tratado teórico práctico según el Código civil. En 4.º, 209 páginas: 4 pesetas.
- Redonet y López Dóriga (L.)—Mis primeros ensayos. En 8.º, 119 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Rivas Moreno (F.)—El Crédito agrícola y el ahorro. En 4.º, xv-144 páginas: 2 pesetas.

---



---

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>El Ultimo vals</i> (conclusión), por José Alcalá Galiano.....	5
<i>En torno al casticismo</i> , por Miguel de Unamuno.....	27
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	59
<i>Goya</i> (continuación), por Zeferino Araujo Sánchez.....	74
<i>La Vinicultura</i> , por el Dr. V. Vera y López.....	115
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	131
<i>La Prensa internacional</i> , por Garabed-Bey.....	154
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo.....	171
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	198
<i>Obras nuevas</i> .....	205

---